

Carlos Silva

# Cincuenta años de guerra

Testimonio



Derechos reservados 2015

©Carlos Silva

Prohibida su reproducción por cualquier  
medio sin autorización del autor

Inscripción Registro Intelectual: 239303

ISBN: 978-956-362-117-4

Editado por: [www.escritores.cl](http://www.escritores.cl)

Impreso en Chile / Printed in Chile

## Agradecimientos

Quiero comenzar este libro agradeciendo profundamente a todos y cada una de las personas que hicieron posible que yo pudiera llegar hasta el lugar que me encuentro.

También doy infinitas gracias por haber tenido en esta vida el tremendo privilegio de estar muy cerca de las cuatro personas más hermosas que existen: mis hijos.

De todo corazón, mis más sinceros agradecimientos, a quien corresponda.



## A modo de prólogo

El autor es un aventurero y protagonista, en este caso de su propia historia. Nos cuenta con su individual relato, casi conversando, las aventuras y desdichas que le tocó vivir para llegar a ser el hombre que conoceremos en esta obra. Debíó sortear grandes obstáculos, no debe ser fácil para un niño tener que lidiar con tantas situaciones adversas, tampoco para un joven verse envuelto en tales y tan trágicas situaciones. Muchos viven sin sobresaltos, sorteando las dificultades de la vida siempre apoyados por otros, la familia, parientes, amigos, pero no todos tiene la misma suerte, a algunos el camino se les hace muy difícil y no tienen con quien contar, o tal vez se acude a los no más indicados.

Las novelas nos han contado desde siempre, grandes, apasionantes y tristes historias de pequeños y jóvenes aventureros, que en su gran mayoría son fruto de la imaginación de sus autores, este no es el caso, Carlos nos cuenta la hazaña de vivir en primera persona, en un lenguaje tal vez poco ortodoxo, sin una refinada prosa, pero me parece oírlo en su relato mientras leo, tal vez porque le conozco y desde hace muchos años. De igual forma es admirable que tenga la valentía de contar lo vivido, cosas que muchos tratarían de callar o a lo menos de maquillar, para no tener que reconocer sus orígenes.

Escribir un libro, por poco presuntuoso que éste sea, requiere de osadía, poder tomar las ideas, y a través de la pluma traducirlas en palabras y contarlas al lector para hacerle partícipe de la narración y entretenerlo. El autor es osado, tenaz, tal vez un poco pretencioso, como el mismo se define, y por supuesto aventurero de eso no hay duda alguna, lo pensó y lo hizo y he aquí el relato de la gesta de su vida, el currículum que le encaminó a ser quien es hoy, "Carlos Silva".

Ronald Gordillo B.



## Introducción

Ya planté un árbol en Antofagasta hace algunos años, y cuando estuve de visita en esta ciudad hace un par de meses, lo pude ver desde lejos y está muy grande, así que ahora ya no le puedo hacer el quite a escribir mi libro, otra vez estoy acorralado en mi propio desafío, entonces lo único que me queda es poner el pecho a las balas y comenzar a meterle mano al asunto.

En alguna parte del trayecto me puse como propósito escribir una historia antes de los cincuenta años y ahora solo me quedan un par de meses para hacerlo, o sea, ¡nuevamente dejando las cosas para el último! ¡No puedo ser tan weón! Habiendo dispuesto de cuarenta y nueve años y algo más para realizarlo, no lo hice, y ahora no puedo decir que no tuve el tiempo suficiente para escribirlo.

Sin embargo y dentro de mi ser, sabía que no era tan así, o sea, necesitaba vivir todo esto para llegar a la conclusión de que “No vamos para ningún lado”, que en realidad todo está acá mismo, en este preciso instante.

Lo primero, es que no se deje engañar por el título, puede sonar algo nefasto, pero no lo es, en realidad no es nada que lo vaya a dejar deprimido o más chato que la última lenteja del paquete, por el contrario, la idea es compartir con usted, que después de tantas malas, malas, malas, buenas, malas, buenas, buenas, malas, buenas, malas, y me refiero a mis vivencias, en la realidad no fueron tan así como yo las creí, pensé o percibí. Ahora creo que era todo una “mentira”, que más bien, la palabra precisa sería que “nada fue real”.

Al decir que nada fue real, no me estoy refiriendo a que las cosas no las haya vivido, tampoco quiero decir que no las haya sufrido, tan solo quiero decir que, si ahora estoy tranquilo escribiendo estas páginas cómodamente sentado en mi casa, significa entonces que no fueron tan terrible como yo las pensé

y sentí en aquel instante que las tuve que masticar, lo mismo pienso y digo cuando fueron episodios de alegrías los que disfruté.

Volviendo al punto y como decía mi amigo personal Paulo Coelho en su libro *El Manual del Guerrero de la Luz*, “Todas las cicatrices que ahora tengo, me han traído hasta acá”, o también la frase célebre de mi otro gran amigo y escritor Argentino Jorge Bucay que dijo; “Para llegar hasta acá, usé todo lo que sabía y todo lo tenía”, soportan el tiempo que me tomé para comenzar a narrar mi historia y de esta forma paso explicar del por qué lo estoy realizando a esta altura del partido, o sea, derechamente “me estoy justificando”.

Quiero empezar a sincerarme desde ahora mismo, Paulo y Jorge ni siquiera saben que existo, pero de esto se trata el libro, de puras mentiras que parecen verdad, o de verdades que parecen mentiras. Con esto me refiero a que esta historia es solo una interpretación de lo sucedido, es mi interpretación y no necesariamente representa la verdad. Creo que las interpretaciones del pasado las procesamos siempre condicionadas a la formación que recibimos y a las vivencias experimentadas desde que éramos niños, en otras palabras, son las cadenas que arrastramos.

Con lo anterior, estoy diciendo que nos vendieron la pescada desde que nacimos y que después, comenzamos a vender también nosotros a nuestros hijos, a eso es lo que le llamo la domesticación a la que hemos sido sometidos en nuestro caminar y que finalmente, nos han hecho perder toda nuestra inocencia.

Por lo tanto, en este relato, intentaré escribir mi “verdad” o mi “mentira” o lo que interpreto como verdad, eso significa que trataré de contar las historias en el contexto que realmente sentí vivirlas, es decir, en situaciones normales y cotidianas y en otras de formas muy extrañas, por decirlo de una manera muy siútica.

Por ejemplo, desde una cena con el mejor champagne en el Palacio Márquez de Fontalba en Madrid en honor a mi graduación de “Master en Gestión de Producción y Calidad” hasta las tremendas peleas en noches frías de invierno en la población la Victoria entre dos bandas, que precisamente no eran bandas de músicos (si no sabe nada de la población La Victoria, busque en Google.cl).



De esta forma, me siento seguro que podrán comprender que el lenguaje a utilizar es muy diverso, es decir desde “señoras y señores”, “estimados todos” hasta por ejemplo; “¿Qué pasa con vo’, longi aweonao?”.

Por lo que la historia quiere transmitir, sepan disculpar los distinguidos lectores todas las palabras soeces acá utilizadas, y con esta disculpa, ahora ustedes se darán cuenta de inmediato que soy una persona mucho más refinada y educadita, pero si no les cuento las cosas como fueron, seguiré otra vez con la weaita de la mentira y será un cuento de nunca acabar, como un círculo vicioso.

Pese al título del libro, las historias que les contaré no deben tener una interpretación de derrota ni de victoria, en realidad es solo para demostrar que al final la vida no es nada de eso, no es una derrota, no es una victoria, no es tristeza, no es alegría, no es miseria, no es abundancia, solamente “ES”, no tiene catalogación, no tiene etiqueta, no es ni mala ni buena.

He aprendido que la esencia de la vida está en ella misma, por eso digo que no vamos a ningún lado, porque la vida está aquí, ahora mismo, en este preciso instante, no está en el pasado que ya no existe y tampoco está en el futuro que tampoco existe, solo tenemos este instante, y creo que esta es la pura y santa verdad, aun entendiendo eso, muchas veces me doy cuenta que no estoy presente en el presente, y cuando eso sucede me pregunto, ¿entonces, dónde estoy?

La respuesta que se me viene a la mente en este instante, es que estoy en el pasado o en el futuro que no existen, por esa razón es que yo digo que vivimos en la no verdad, que en otras palabras es la mentira.

Toda esta conclusión son finalmente mis cicatrices, las que hoy me impulsan a escribir un libro después de darme cuenta que por todo lo que he luchado, por todo lo que he gozado, por todo lo que he sufrido, no tienen absolutamente ningún valor como un resultado, si no, como un proceso, porque eso es la vida, eso es vivir, no es lo que va a resultar ni lo que vas a obtener, porque aprovecho de decírtelo ahora, en realidad no te espera la cima de nada, te paso el dato, “Solo te espera la tranquila y apacible paz del valle”. Y después de eso ya no hay más nada, confía en mí.

El libro habla de mis cuarenta y diez años vividos y como ha ido evolucionando mi forma de ver y sentir las cosas de esta vida. Casi en la totalidad de este tiempo luché por ganarle a la life o lo que me había tocado de ella, reconozco que muchas veces renegando, otras tantas, con un inmenso dolor, pero en general, con un gran sentido de victoria o triunfo.

Sin embargo, al pasar de los años me di cuenta que no había ganado nada ni le había ganado a nadie, y que ese caminar incansable e interminable de “guerrero”, solo terminaría hasta que me metiera en mis propios zapatos e intentar de una vez por todas ser solamente el que soy, ni más, ni menos.

Incluso hasta me sentía orgulloso de declararme un “luchador incansable”, un guerrero de la luz, una persona que salió de la fosa, de la esquina del barrio, de los porros de marihuana y de la mediocridad.

Debo declarar públicamente, que si no fuera por la ayuda de muchos maestros que he tenido en estos últimos tiempos a través de sus libros o sabios consejos, no hubiese podido entender nada de lo que les voy compartir a través de los siguientes relatos, aunque mis maestros nunca supieron que yo fui su discípulo, esto me confirma el famoso dicho que dice que nadie sabe para quién trabaja.

También reconozco que gran parte de mi vida fue muy malo para la lectura, con suerte y muy a lo lejos ojeaba un “Condorito”. En los últimos años, por la necesidad de entender, de encontrar algo y de refugiarse, me hicieron practicar en forma constante la lectura, es ahí donde he podido aprender de grandes personas a través de sus libros, claro que también hubo algunos chanturris a los cuales pude leer un poco de sus obras, y algo (no mucho) dejaron en mi mente y mi corazón. Es importante destacar además que grandes personas se han cruzado en mi camino y me han entregado de una forma muy generosa un montón de enseñanzas, aunque muchas veces fueron a patadas en la cabeza. Sin importar nada, a todos y cada uno de ellos les digo: “Gracias Totales”.

Una vez que cuente la historia hasta las cincuenta vueltas, más o menos y en general, iré desarrollando algunos temas importantes con más profundidad y podrán ver cómo ha ido evolucionando a través de los años mi forma de pensar y de sentir sobre un mismo aspecto.

Esto no es necesariamente una inconsecuencia, aunque muchas veces si las he tenido, más bien considero que ha sido una contradicción, y que gracias a ellas, puedo sentir que estoy vivo y que soy libre.

Cincuenta años de guerra no tiene nada que ver con las “Cincuenta sombras de Grey”, así que por favor, no se pasen películas sobre cuentos extraños y eróticos, no hablaré de latigazos en el culo, ni amarradas de catres de cuatro perillas o de lindos y seductores jueguitos de velas bien formaditos, tampoco el vuelo del cóndor, ni menos de la María Antonieta. Más bien, Cincuenta años de Guerra habla sobre mi historia, aunque en realidad debo aprovechar la instancia para reconocer públicamente y en forma muy honesta que no recuerdo nada desde el momento que nací hasta los cuatro o cinco años más o menos. También sería injusto considerar el famoso e inevitable periodo que fue la edad del pavo, donde era más weón que el bototo izquierdo, y siendo muy sincero, era realmente lo opuesto a un guerrero. Entonces, sacando cuentas, ya no son los cincuenta que dije. Para arreglar este entuerto y poder avanzar vamos a acordar entre nosotros que son solo cuarenta años, pero como ya no me devolveré al principio para arreglar nada, mantendremos los Cincuenta Años como dice el título.

“Cincuenta años no es nada”, parece la letra de un tango, pero es mi verdad, y si ahora me pongo a pensar, siento que solo ayer tenía dieciocho abriles, pero NO, hoy cargo con medio siglo auestas y definitivamente no lo puedo creer.

Por otro lado pienso; mi mente es ágil y de verdad que me siento joven, también me visto a la moda, incluso mis hijos me agarran para el weveo con la ropa que uso, ellos dicen que tiene mucho blin blin (no sé muy bien qué significa, pero me lo puedo imaginar), también me dicen: “Papá Fashion”, aunque eso en realidad a mí me da lo mismo, ya que soy un absoluto convencido de que no importan los años cronológicos que tengas, creo que lo verdaderamente importante son los años que tú sientes que tienes.

Pero, ¡esta es otra mentira de mierda!, la verdad es que ya tengo Cincuenta años ¡qué horror!, ¡no lo puedo creer!, por supuesto que la mente es joven, pero el cuerpo es el que ya no

responde, sin darme ni cuenta se adelgazaron mis musculosas y atléticas piernas, también me crecieron las cejas como la de un burro, estoy más pelado que una lengua de vaca, me duele la espalda cuando me agacho y me paro, me estoy despertando más temprano que las gallinas y debo reconocer que me pasan otras cosas que la verdad, me dan vergüenza mencionarlas. En realidad, ni weón las voy a escribir, ya que después no va faltar el pelotudo que me grite en la calle haciéndose el simpático, “Vo que te sacay los calzoncillos con frenadas de neumático”, ¿están de acuerdo conmigo?

Pero bueno, ya está, este no es el tema que nos convoca, aunque igual debo reconocer que mientras escribía estas líneas, me iba cayendo la teja del medio siglo, ¿y qué más puedo decir? o ¿qué puedo hacer frente a esta atrocidad? En realidad no puedo hacer nada, creo que lo mejor es que siga escribiendo antes que me deprima y deje el proyecto tirado.

Sin importar los cincuenta, estoy realmente feliz de compartir con ustedes “Mi historia”.

El autor

## Cómo empezó todo

Mi papá se llamaba Carlos y el nombre de mi mamá fue Cecilia, ellos se casaron en el año 1959 y tuvieron cuatro hermosos niños: Valentín, mi hermano mayor, quien era el vicio con patas, se enganchaba con todo lo que se le cruzará y, además, era el que le sacaba la mierda a todos. Lo seguía Florencia, la más desordenada de los hermanos y la más buena para los chistes. La tercera es Marcela, a quien le decíamos la “loca”, y quien era sin duda la más pesada de los cuatro, su gracia era ser la regalona de mi papá, así que teníamos que tener cuidado con ella. Y finalmente estaba yo, el Carloncho, el más chico y el más simpático de los cuatro.

Éramos una familia de pocos recursos, vivíamos en una casa arrendada en la comuna de la Granja, zona que se ubica en el sector sur de Santiago, En esos años el lugar era bastante campestre y muy bonito según mis recuerdos, las casas de aquel lugar, pese a ser modestas, tenían un terreno amplio con muchos árboles frutales. En realidad, debo reconocer que no nos faltaba el money para la comida, la salud, la educación y la ropa, pero tampoco teníamos dinero para lo que no fuera lo estrictamente necesario o básico.

Nosotros los hermanos, teníamos casi un año de diferencia, es decir, éramos cuatro al hilo. Ahora pienso que tuvo que ser bastante difícil ser madre de cuatro, más encima si los cabros weones eran más peleadores que la mierda, como obviamente lo éramos nosotros. Incluso las viejas del barrio nos decían “Los cuatro angelitos”, en honor a las santas cagadas que nos mandábamos.

Mi mamá era la encargada de la casa a tiempo completo y mi papá era el que salía a trabajar para traer la guita. De profesión era mecánico fresador y trabajaba para una industria metalúrgica en Santiago. En realidad yo no entendía nada de lo que esto significaba, pero lo recuerdo muy bien, porque eso

tenía que poner en las encuesta del colegio cuando preguntaban en qué trabajaba mi papá.

Solo entendía que fresador estaba relacionado con fresas, pero las de las frutas y lo asociaba a que el viejo recolectaba fresas en algún campo o algo parecido. Lo que no me cuadraba era lo de mecánico, pero tampoco me quebraba la cabeza por entender. Con el tiempo y bien grandecito vine a comprender el verdadero significado de la actividad que ejercía el viejo (si el lector tampoco entiende que es mecánico fresador, ya sabe; "google.cl).

Hasta como los diez años no tengo muchos recuerdos de mi papá, y no me refiero a su figura física, más bien estoy hablando de una relación con él. Mi taita salía cada día muy temprano a trabajar y siempre regresaba tarde, por lo menos cuando yo ya estaba en el sobre o durmiendo.

El hombre tenía un drama, se caía al frasco todos los días a la salida del trabajo y por eso llegaba tarde y más doblado que un churro, el fin de semana solo lo veíamos "derecho" en la mañana porque después del mediodía quedaba igual de doblado.

Recuerdo que mi mamá era grande y corpulenta, muy bonita pero nada dócil, tenía su carácter la mujer y nosotros le teníamos mucho respeto. Ella se crió únicamente con hombres y en un barrio tipo campo, el lugar se llama Colina que para esos entonces era una zona agrícola casi en su totalidad. La crianza de mi mami dio como resultado que era buena para la pelota, el trompo, los volantines, los combos, y lo más destacado era que tenía una puntería privilegiada cuando tiraba piedras, literalmente se podía decir que donde ponía el ojo ponía la piedra.

Vivíamos en una casa con un largo patio y con muchos árboles frutales que nos servía de gran utilidad cuando nos mandábamos alguna cagada. Salíamos de forma inmediata corriendo para el fondo del patio buscando un refugio, pero ¿saben qué?, en realidad no era de mucha utilidad, porque mientras corríamos, lo que ella te tirara, te llegaba en la cabeza o en la espalda de cualquier manera, la puntería de esta mujer estaba garantizada. Ella tenía una frase con magia pura que nos dejaba literalmente paralizados, me refiero a que cuando algo hacíamos mal y nos salía persiguiendo mientras nosotros corríamos, nos gritaba...

párate o “te va a salir peor” y bastaba con que pronunciara esa frase toda cagona, para que nosotros como por arte de magia, nos detuviéramos de inmediato dispuestos a recibir lo que te nos correspondía estoicamente. Preferíamos eso en vez de agregar algo al castigo que fuera mucho peor. Debo mencionarles que nunca pude imaginar lo que podría haber sido..., “lo mucho peor”, si al final, igual te sacaba la cresta y media, es decir, mi mami no se guardaba nada para más tarde. Sin embargo, no hay que desmerecer su frase, que sin duda tenía “magia” pura. En algunos pasajes de mi vida como papá, intenté aplicar esta misma técnica con mis hijos cuando he estado enojado y como resultado se me han cagado de la risa en la cara. No lo puedo creer, los cabros de ahora tienen cero respeto frente a la autoridad, en mis tiempos de niño así no era la cosa, cada mamá tenía un chicote colgado detrás de alguna puerta para poner orden y disciplina en el hogar, y a mi mamá no le faltaba este juguetito que recibió de regalo de manos de una “vecinita amiga”.

Mi Madre, sin duda, cubría el rol del papá que pese a tener problemas de alcoholismo, no hacía ningún tipo de escándalo, en realidad no metía ni bulla, pasaba casi desapercibido. Recuerdo que ella era además muy cariñosa, y adicionalmente yo gozaba del sereno privilegio de ser el menor y el más regalón de la mamá. De esta manera contaba con algunos beneficios que me ayudaban a protegerme de los ataques de mis otros hermanos.

Tengo muy lindos recuerdos de ella, y cómo no tenerlos si me cuidaba más que a monedita de oro. Jugábamos mucho con ella, se armaban unas buenas pichangas con otros niños y mi mami jugaba a la pelota con nosotros, era buena para el hachazo. Luego, cuando caía la tarde jugábamos a la escondida y terminábamos la jornada junto a un montón de cabros y mi mami sentados mirando el cielo estrellado, cosa que a ella le encantaba mucho.

Todo caminaba relativamente “normal” hasta la edad de ocho años aproximadamente. Cuando mi mamá tenía treinta y tres años se le declaró un cáncer al útero que la tuvo postrada en una cama por dos eternos años, hasta consumir el último aliento de su vida.

Si ustedes me preguntan qué pienso ahora de eso, podría decir que en esa época yo no tenía conciencia de su partida, pero luego, al pasar de los años, tampoco tuve conciencia de la falta que ella me había hecho, posteriormente y en otra época, solo pensaba al revés, es decir en toda la falta que ella me había hecho, sin embargo, en la actualidad únicamente pienso en el sufrimiento que ella tuvo que haber experimentado en toda su agonía, más allá del cáncer, más allá del saber que se estaba muriendo y de su aceptación a la muerte, me estoy refiriendo al sufrimiento de la separación, del saber que estaba dejando a sus cuatro hijos pequeños a la deriva en un mar incierto, navegando en un barco con un capitán casi ausente por el alcohol, situación que se tuvo que haber prolongado día tras día hasta el momento de su partida. Creo que eso tuvo que ser lo más desgarrador de su sufrimiento.

Con ocho años de edad comencé a experimentar la pérdida física, yo me alcanzaba a dar cuenta de aquello, pero no tenía conciencia de lo que significaba o cómo debía enfrentarlo. Recuerdo que mi papá llegaba en las tardes como de costumbre bajo los efectos del alcohol y nos juntaba a los cuatro hermanos en el comedor, y pienso que con el afán de prepararnos para la partida de mi mamá, nos decía, “va quedando poca mamá”, esa era su forma de “prepararnos”. Pero yo no entendía nada y por el contrario, me enojaba con él por lo que decía, luego de eso me iba donde mi mamá que estaba en cama y me acostaba junto a ella para decirle la barbaridad que había escuchado de parte de mi papá. Creo que yo hacía esto con el afán de que ella lo desmintiera y mi mamá al darse cuenta de esto, era precisamente lo que hacía, “no le haga caso, eso no es verdad” me decía para tranquilizarme, cosa que por mi inocencia conseguía de inmediato.

Pero la realidad se hizo presente y se llevó a mi vieja, tuve la fortuna de poder despedirme de ella junto a mi hermana Marcela quienes estábamos presente cuando mi mamá dejó de existir.

De ahí para adelante, las cosas inevitablemente cambiaron mucho en mi vida, hubo una separación natural de la familia por la falta de la mamá y en este caso, tres cuartos del papá.



Todos en la casa comenzamos a experimentar una nueva forma de vivir, cosas triviales como la comida, el aseo, el lavado, el planchado, el estudio, el cocer, la disciplina, o cualquier otra cosa propia de la estructura de mi hogar pasaron a ser decisiones personales, las que no siempre fueron las más acertadas, por lo menos me refiero a mi caso.

Me costó mucho trabajo aceptar que no la volvería a ver nunca más y creo que este es uno de los temas más difíciles de tratar para mí. Me he dado cuenta a través de los años que la pérdida de mi madre ha sido una de las cosas que más dolor me ha provocado, aunque por muchos años fui inconsciente de las consecuencias que esto me provocó. Siempre quise desviar mi mente intentando refugiarme en otras cosas y en otras personas.

Por toda esta experiencia vivida, la soledad para mi tiene una estrecha relación con la pérdida física, porque en realidad lo estoy asociando siempre al abandono por el motivo que sea, por la muerte, porque te dejaron de querer, o porque ya no sirves para aquel trabajo. Ahora me puedo dar cuenta que esto es sin duda alguna, la cicatriz más grande o la herida más profunda que traigo.

A los meses de la muerte de mi mamá nos cambiamos de barrio, nos fuimos a una población donde mi abuelo materno tenía una casa de dos pisos. Yo no tengo muchos recuerdos de mi abuelo y de los pocos que tengo no son buenos, para mí él era un señor extraño, había muerto algunos años antes que mi mamá, y en acuerdo entre mi papá y los hermanos de mi mamá, se decidió que nos fuéramos a vivir nosotros a esa casa. Para mí era un cambio radical en comparación a la casa que vivíamos, esto era espectacular, era como vivir en el barrio alto y además tenía escaleras, así que yo estaba más feliz que chanco en el barro por este acontecimiento. Como podrán darse cuenta, hartito weón era a mis cortos diez años.

Un año más tarde, todo se volvió a revolucionar en mi círculo, aún no asimilaba la partida de mi mamá, el cambio de casa, de colegio y de amigos cuando a mi papá le pasó la cuenta el exceso de alcohol. Era de esperarse, pero no para mí. Al viejo se le habían generado varias úlceras al duodeno que le provocaron una "hemorragia digestiva alta", según indicaban los partes médicos y por esta razón la vida de mi papá estaba

en riesgo vital, por lo menos era lo que alcanzaba a entender a mis cortos once años, también de esta manera, estaba escrito en la tabla que cuelgan en los extremos de las camas de hospital y que yo pude leer cuando lo fui a visitar.

La situación era más crítica de la que pensaba, la segunda noche que mi papá estaba hospitalizado lo declararon en estado de coma, así mismo como suena “en estado de coma”, o sea, en otras palabras me estaban diciendo que le faltaba el punto para el final. Esa misma noche, de forma improvisada se organizó una reunión familiar en nuestra casa, llegaron las hermanas de mi papá, todas en auto y bien vestidas acompañadas de sus respectivos maridos, yo a ellas les tenía mucho respeto, pensaba que ellas eran cuicas o ricachonas.

Mi papá provenía de una buena familia, era el único hombre de cinco hijos. Mi abuelo, un señor con una facha muy distinguida, siempre quiso que su hijo o sea mi taita fuera ingeniero mecánico, ya que por lo que entiendo mi abuelo que también se llamaba Carlos, era un distinguido ingeniero de ferrocarriles del estado.

Por lo que cuentan y alcancé a averiguar con mis tías, mi papá comenzó con malas juntas que lo llevaron a descarriarse del buen camino, lo que muy pronto le hizo tomar la decisión de dejar su casa a los diecisiete años y meterse de lleno al mundo laboral, sin estudios, con dramas de alcohol y con cierta desilusión de su padre.

Volviendo a la reunión, yo siempre fui un tipo con mucha iniciativa, así que para hacerme el simpático y buen anfitrión con mis tías, les ofrecí a todas una taza de té y ellas me dijeron amablemente que no me preocupara, que se encontraban bien. A reglón seguido entré a cagarla de lleno, haciéndome el canchero les dije que no fueran tan “despreciables”, tratando de decirles que no me despreciaran la atención. Las tres al mismo tiempo me pusieron una cara de culo impresionante, pero guardaron silencio a mis palabras, yo por supuesto me hice el reverendo weón y me corrí para otro lado como si nada hubiese pasado.

A los pocos minutos de llegadas, nos pidieron que nos reuniéramos todos en el comedor, nosotros como olfateando

la situación, nos pusimos a llorar y después de haber cesado algo el escándalo que teníamos, uno de los tíos se envalentonó y dijo con voz segura pero evidenciando cierta congoja, “Pucha cabros, que le vamos a hacer, el pelado no se cuidó y ahora esto le pasó la cuenta (“esto” significaba el copete), bueno, venimos del hospital y el doctor dice que el papá no pasa de esta noche, entonces le pedimos a un cura conocido que le diera la extremaunción. Además de eso, hablamos con la asistente social de la empresa donde él trabajaba para activar todo lo de su funeral. Por mi lado trataba de entender y asimilar lo que estaban diciendo, pero se me hacía muy difícil, estaban hablando de sepelio, iglesia, ataúd y otras cosas que por sí solas las comprendía, pero ahora estaban relacionadas con lo único que me quedaba, o sea mi viejo. El tío terminó diciendo, también les comentamos que las niñas se van a la casa de la tía Carmen y la tía Yolanda mientras vemos que más sigue para adelante.

Nosotros, y me refiero a los cuatro hermanos, nos abrazamos como nunca lo habíamos hecho antes y llorando en forma desconsolada solo atinamos a despedirnos.

De esta forma se fueron mis tíos, mis tías y mis hermanas, en la casa únicamente quedamos mi hermano Valentín de dieciséis años y yo, el Carloncho, con el once en la espalda, sin embargo esta pareja duró poco, mi hermano a esa edad ya andaba en otros menesteres, el adolescente era bueno pa'l pito y tenía todas sus yuntas en la misma línea, así que a la media hora me dijo ¡voy y vuelvo! y me quedé más solo que Toribio el náufrago.

Mi primera sensación fue cagarme de miedo, la casa grande, yo solo, mi papá casi muerto, sentía ruidos y más encima me cayó la ficha que ahora todo sería peor, es decir, de pasar de haber perdido a mi mamá, pasaría de una patada en el pecho a la condición de huérfano, y más encima sin mis hermanas. Todo esto era muy fuerte para mí, y para más encima las viejas de mierda ni siquiera me invitaron a ir con ellas, me sentía doblemente para el culo con ese desprecio. Ahora que lo pienso, el no llevarme fue probablemente por la fama de desordenado que tenía, era muy peleador en el colegio y también con mis hermanos.

La cosa es que no fui de mucho esperar, en realidad no podía seguir esperando más, tenía mucha hambre, pero principalmente era el miedo que sentía por entrar a la casa y permanecer en ella, o sea, tuve que estar un buen rato esperando en el ante jardín. Recuerdo que en ese instante me transformé en un católico acérrimo, encontré en el cajón de un mueble un nuevo testamento que me puse a leer de inmediato. Eran pasajes bíblicos al azar y luego comencé a hacer oraciones a Dios que repetía una y otra vez, pero el miedo y el hambre me vencieron y me hicieron tomar una decisión.

¡Voy a ir a buscar a mi hermano donde los amigotes y me lo traigo! Empecé camino a mi objetivo, cuando llegué a la esquina donde estaba la reunión con los más altos jerarcas del pito, desde algunos metros y con voz tímida llamé a mi hermano, Valentín, dije, con voz suave y humilde, pero al parecer no me escuchó, Valentín, repetí varias veces y más fuerte hasta que él por fin advirtió mi presencia.

En ese instante, él se da vuelta y al mirarme, me doy cuenta a los once años y por primera vez en mi vida, la tremenda cara de weón que te deja un pito de marihuana, en realidad este gil, estaba literalmente estúpido.

¿Qué querí?, me preguntó medio riéndose el saco pelotas, en ese instante, ya teniendo el control de la situación, le respondí con un tono fuerte, -vamos para la casa, tengo mucha hambre y además tengo miedo y por si tú no sabes yo estoy a cargo tuyo, así que si me pasa algo va ser tu culpa”, y antes que terminara de completar mi oración, él me dijo; “espérame un poco”, yo le respondí sobre la misma; “no me espero nada”, y en ese instante me lo llevé de una bola para la casa.

Mi papá no murió esa noche, recuerdo que al otro día que era un domingo, nos juntamos en la casa de una tía con mis hermanas para almorzar todos juntos. Después de eso, con una de mis hermanas, Florencia, fuimos al almacén de la esquina donde vivía mi tía, el objetivo era llamar por teléfono al hospital para preguntar por mi papá. Cuando hicimos la llamada nos respondió una señora de escuetas palabras diciendo que él se encontraba “menos que regular”. Mi hermana le preguntó a la dama cuál era el significado de eso y la respuesta de ella fue; “Su papá está mejor que ayer, pero todavía está grave”.

Imagínense la tremenda alegría que sentí al escuchar esta frase toda cagona, que en esencia realmente no dice nada, pero que tuvo un tremendo significado para mí en ese instante.

Ahora era más católico y creyente que nunca, llevaba conmigo el nuevo testamento todo el tiempo alojado en la pretina de mi pantalón y de esta forma le predicaba a quien se me cruzaba en el camino, hasta el compadre que vendía la leche fue víctima de mi conversión.

Estaba tan seguro de que mi papá se iba a recuperar y que yo no pasaría a la categoría de huérfano, que se me ocurrió una idea genial como para darle la bienvenida a “Lázaro” (Si no sabe quién Lázaro, ya sabe dónde buscar), la iniciativa fue arreglar el ante jardín, y cuando digo arreglarlo, me refiero a picar la tierra, sacar las piedras, plantar pasto, flores, árboles y cualquier cosa que aportara en el proyecto.

Y así es como puse manos a la obra, empecé el lunes muy temprano en la mañana y por la tarde, después de un largo y agotador día de trabajo, había avanzado en picar toda la tierra del ante jardín, es decir más o menos veinticinco metros cuadrados, no era menor la cantidad. Tenía una rumba grande de tierra amontonada lista para ser harneada, que luego sería esparcida en todo el jardín, pero la verdad es que quedé más cansado que la cresta, no tenía costumbre de hacer este tipo de trabajo y se me hicieron ampollas en las manos por el uso de la pala, la picota y el chuzo, pero, pensé en ese instante, al otro día recobraría fuerzas para continuar, aunque tengo que reconocer que tenía mucha paja de seguir con el proyecto.

Por otro lado entendía muy bien que era por una excelente causa que me recontra motivaba, “darle la bienvenida a mi papá cuando saliera del hospital”. Nótese la tremenda fe que ya tenía a esa altura del partido, ya estaba convencido que el viejo no marcharía para el más allá.

Sin embargo me quedé corto con la fe, ya que al otro día, es decir el martes tipo once de la mañana golpean la puerta de la casa, estábamos solos con el Valentín, así que el más weón tenía que abrir la puerta, o sea yo. Cuando la abro, me encuentro con tremenda sorpresa, era mi papá, no lo podía creer.

Lo iba a abrazar y justo antes de eso, el casi finado me dice muy enojado “¿qué chucha pasó en el jardín?” pensé poco y respondí rápido, “era una sorpresa para cuando usted llegara”

a lo que él respondió no menos caliente “¿y por qué mierda te poni hacer wevadas sin autorización?” entonces no hablé pero pensé, ¿a quién mierda le tenía que pedir autorización si yo ya era casi huérfano?, pero igual me lancé hacia él y lo abracé con toda mi fuerza, obviamente en el abrazo se me cayeron los lagrimones porque estaba muy contento de que él estuviera de vuelta.

Cada vez que pienso en esta situación siempre llego a la conclusión que después de perder a mi mamá a los diez años, hice de la figura paterna mi plaza fuerte, mi refugio. En ese instante, aquel niño, volcó toda su confianza, todos sus miedos, todos sus afectos y todas su esperanzas en su viejo, sin siquiera cuestionar nada. Me atrevería entonces a decir que en esa época, en términos de impacto y consecuencia, el episodio anteriormente relatado, fue más relevante que la muerte de mi mamá.

Mi papá vivió muchos años más, pero siempre entre Tongoy y los Vilos. En épocas muy bien de salud y otras de re caídas al hospital y con escándalo, Creo que le hicieron la extremaunción tres veces más hasta que todos se cansaron, las tías decidieron parar la chacota, total el hombre ya estaba re contra bendecido. Yo, la verdad es que no recuerdo cuántas veces lo vi fallecer, o sea, lo vi literalmente morir, tampoco las veces que lloré su muerte, aunque fácil fueron sobre veinte, pero el putamadre regresaba a casa a los pocos días después de estar muy grave, esta situación ya parecía un weveo, pasó a ser una situación graciosa, creo que en este caso se daba perfecto el dicho, “yerba mala nunca muere”.

Como anécdota, les cuento que mi papá tuvo un pijama por muchos años, esta prenda se la regalé yo y le duró un montón de tiempo, porque la usaba solamente cuando caía al hospital. Junto a mis hermanos, le decíamos a este pijama “El Manto Sagrado”, según nosotros y en forma de chiste decíamos que esto era lo que lo salvaba del traje de madera y cuando lo weviabamos, le decíamos que le íbamos a esconder el pijama para la próxima visita a la urgencia.

El viejo después de su primera experiencia en el hospital, estuvo ocho años sin beber alcohol, más bien dicho, estuvo chantado, porque si no lo hacía se moriría de inmediato. El hombre se comenzó a cuidar mucho, todas las noches se tomaba

un jarro entero con agua de llantén (yerba medicinal, google. cl) y en el día hacia lo mismo, pero con leche. Todos estábamos convencidos de que él se cuidaba solo por nosotros, que no quería dejarnos solos tan chicos, aunque nunca lo verbalizó, era muy evidente.

Estuvo varios meses con licencia laboral, así que lo jubilaron de su trabajo en forma anticipada, y durante todo el tiempo de reposo médico se dedicó a ser ama de casa. Era muy graciosa la situación, él nunca había hecho ni una paila de huevos revueltos, pero hay que reconocer que harto empeño le hizo a la cocina y sus comidas finalmente quedaban bastante bien. Lo divertido era verlo cocinar, cortar la cebolla, la carne, el tomate y el choclo para preparar su especialidad “El Tomaticán”, parecía gallina con tacos altos de lo desajustado que se veía haciendo ese trabajo en la cocina.

Lo que no fue gracioso, fue a lo que yo le llamo “El encuentro”, ahí, en esa época, recién nos vinimos a conocer con mi papá. Yo, pese a mi corta edad, era un rebelde de mierda, contestatario e irreverente frente a la autoridad, la verdad es que no sé si nací torcido o me fui torciendo en ese poco andar, durante mis últimos años de colegio. Las peleas eran pan de cada día, no tengo registro en mi mente la cantidad de veces que me agarré a coscachos, pero créanme, fueron vaaaaaaarias veces. Por otro lado, mi papá dejó de ser aquel hombre poco bullicioso, que prácticamente ni se sentía, el viejo se pegó la media vuelta de carnero, ahora yo lo veía diferente, autoritario, agresivo e irritable. Cuando pienso en esto, creo que aquello se debía en gran parte a la abstinencia alcohólica que estaba experimentando, y como guinda para la torta, además era un weón pa’ dentro, es decir poco expresivo por lo menos en el círculo familiar, lo que dificultaba un poco más las cosas entre nosotros. Como podrán imaginarse, el tema no fue fácil, creo que los dos nos caíamos mal, por lo menos en eso coincidíamos perfecto.

El deterioro de nuestra relación fue progresiva en la medida que pasaba el tiempo, fue muy difícil para él contenerme y disciplinarme, y para mí fue difícil soportarlo hasta el punto de no hablarlo más durante un largo periodo de tiempo.

Yo era un niño muy inquieto, quería trabajar y ganar plata para mis cosas, tenía habilidades manuales, me gustaba mucho

desarmar y armar cosas solo para saber qué había adentro. Muchas veces me quedé con un montón de piezas en la mano por no poder volver a armarlas, pero para mí todo eso estaba bien, ya conocía el dicho “dejando la cagada se aprende”. Estas inquietudes de las que hablo, finalmente marcarían mi rumbo laboral.

Mi primer trabajo fue en la botillería del “rucio”, así le llamaban al dueño del depósito, pero él nunca pasaba ahí, el negocio era atendido por su esposa, la Ivonne, y ella fue quien nos dio trabajo a mí y a mi yunta de infancia, el recordado Leo.

Con el Leo, llegamos a ser como verdaderos hermanos, había muchas cosas que nos identificaban, él vivía con su mamá y uno de sus hermanos mayores. La señora Mimí quedó viuda cuando mi compadre tenía un año de edad, la verdad que no tengo muy claro el por qué, pero la mamá del Leo vivía bajo los efectos de las pastillas anti depresivas y cuando no estaba dopada, salía durante todo el día. Por otro lado estaba su hermano mayor, el legendario loco Américo, conocido en toda la población precisamente porque era loco, bueno para la drogas y el trago. Para el Leo todo esto era insufrible como niño, por lo tanto, dada la condición de ambos tuvimos que compartir muchas cosas juntos, algunas muy difíciles y dolorosas, pero otros sin duda, las mejores de mi niñez y adolescencia.

Continuando con el relato del laburo en la botillería, el trabajo duró solamente ese verano, sin embargo este episodio fue muy importante para mí, porque es ahí donde conocí a la señora Lidia, clienta habitual del negocio y que, además, vivía en uno de los departamentos del mismo edificio donde estaba ubicado el expendio de bebidas alcohólicas. La destaco a ella, porque después de un tiempo de haberla conocido, tomé la decisión de adoptarla como mi madre y ella hizo lo mismo al adoptarme como su hijo. Este es sin duda alguna, un cariño especial que muy pocas veces se da en la vida. Por lejos ella y don Mario, su marido, han sido una tremenda bendición para mí. Esto es y ha sido algo increíble y mágico, puedo sentir en toda mi piel y corazón que soy su hijo verdadero y los hijos de ellos son mis hermanos chicos y mis hijos son sus nietos y ellos son sus abuelos. Todo esto va más allá de la sangre y los



genes, está fuertemente arraigado en nuestros sentimientos, y más que eso, está alojado en la esencia más pura e incorruptible de nuestro ser.

Cuando me detengo a analizar esta situación, ni siquiera yo lo puedo comprender en su totalidad, y concluyo que esto se debe al solo hecho de que ellos tienen una grandeza de corazón que definitivamente yo no tengo.

Ella, para empezar, me acogió en su casa cuando yo todavía no cumplía los doce, literalmente le abrió las puertas a un niño desconocido de la calle. En ese entonces su hijo mayor tenía cinco años, por lo tanto ni siquiera fue porque éramos amigos él y yo, por el contrario, la diferencia de edad era muy marcada en esa etapa, sin embargo esta diferencia de edad hacia que yo la pudiera ayudar cuidando a sus hijos cuando ella tenía que salir, me refiero al Mario de cinco y al Gonzalo, de un año en ese entonces.

Comenzamos a experimentar una estrecha relación cuando yo tenía trece o catorce, ellos salieron de vacaciones de verano y me dejaron a cargo del departamento donde vivían, más encima, con un montón de dinero guardado en un cajón. Esta plata era para comprar un vehículo a su regreso de las vacaciones y prácticamente lo comprarían al contado, por lo tanto la cantidad de plata no era menor. Con este gesto ellos demostraban que confiaban ciegamente en mí, eso yo lo valoraba de una manera tremenda, y por esa razón nunca les fallé, pese a que por otros lados andaba metido en negocios turbios.

Además, ella siempre fue mi cable a tierra y mi soporte en muchos aspectos de la vida, cosa que de alguna manera me condicionaba a mantener un rumbo, o por lo menos, impedía que me fuera a perder para siempre en la oscuridad cuando yo tomaba la dirección equivocada.

Ahora con casi cincuenta años ellos siguen siendo mis amados padres, y también sé que ellos me quieren mucho y se sienten tremendamente orgullosos de mí y de alguna u otra manera me lo dejan saber y sentir, aun cuando yo me desaparezca por un tiempo, siempre me reciben de la forma más cálida y cariñosa. Al final de cuentas, ellos conocen y entienden muy bien que soy un caminante de esta vida.

¿Cómo y por qué sucedió todo esto? Para intentar explicarlo, lo haré a través de una historia que algún día pude leer y que representa fielmente la idea que quiero expresar.

Es una historia sobre la Madre Teresa de Calcuta. El relato decía que una vez, mientras una señora inglesa, miembro de un comité organizador para una visita de Lady Diana a la India, vio a la Madre Teresa bañando un leproso, luego de esto, la distinguida señora le hizo saber a la Madre Teresa que ella no podría bañar a un leproso ni por un millón de dólares. La Madre Teresa le respondió casi de inmediato diciéndole que ella tampoco lo podría bañar por un millón de dólares, terminó su oración diciendo que, bañar a un leproso no se hace por dinero, se hace solo por amor.

La analogía de este relato estriba en que yo no podría hacer lo mismo con otro joven de once años como ellos hicieron conmigo, por mucho que me lo imagine, por mucho que me haya sucedido a mí. Siendo muy sincero pienso que en el cuento que les acabo de relatar está la respuesta: la señora Lidia y don Mario rebosan de un inmenso amor, me refiero a que tienen un tremendo corazón que mucho de nosotros definitivamente no tenemos.

## La feria

Terminando ese verano pasó algo diferente, nosotros teníamos un casero dueño de un almacén de abarrotes en la feria que se instalaba todos los sábados a dos calles de nuestra casa, y por alguna razón que desconozco, este señor le debía plata a mi papá, a él le gustaba jugar a las carreras de caballos y perdió todo, como la garantía por la deuda era un cheque, entonces este caballero le ofreció a mi viejo el negocio de la feria a cambio de saldar la deuda, la cosa es que a mi taita, ya jubilado y como león enjaulado por estar sin hacer nada o estar oficiando únicamente de nana, obviamente que todo esto le cayó como anillo al dedo.

De esta manera fue que en las últimas semanas que quedaban de vacaciones en aquel verano, comenzamos una nueva y entretenida labor, trabajar en la feria con un almacén ¿qué mejor para ganarse unas lukitas?

La entretención y alegría duró solamente algunos días, el trabajo era re contra pesado y quedábamos muy extenuados al final de la jornada. Teníamos que levantarnos muy temprano y terminar muy tarde. El lunes era el único día libre, pero libre entre comillas, porque ese día, lo ocupábamos en preparar todo para la semana, debíamos empaquetar en bolsas de un kilo el azúcar, la harina, los fideos que comprábamos a granel y en sacos de cincuenta kilos. Además de eso, se debía re abastecer o reponer los cajones de las estanterías con los distintos productos que se vendían durante la semana.

El drama para mí, y de seguro también para mis hermanas, fue cuando comenzamos la época de colegio, porque había que seguir trabajando de manera obligada, el único que se salvó de esto fue mi hermano mayor que partió a Arica a estudiar Ingeniería Mecánica a la universidad del Norte. Valentín era el orgullo de mi papá y por qué no decirlo, era también su

obsesión, me refiero a que mi papá lo único que quería era que mi hermano se titulara de ingeniero mecánico. Creo que faltó poco para que el viejo diera la prueba de aptitud por mi hermano. Obsesivamente se esforzaba para que Valentín fuera lo que él no pudo ser.

Pero bueno, éramos los que éramos y había que aperrar, el primer año de feria comencé a estudiar en la mañana y mis dos hermanas en la tarde, así que ellas acompañaban a mi papá durante la mañana y yo saliendo del colegio tenía que irme directo a la feria para terminar la jornada junto con el viejo. Cada día llegamos a la casa alrededor de las seis de la tarde más cansados que la cresta.

Y así, lo que fue una diversión de algunos días de verano, se transformó en una obligación que condicionaba la comida y la cama, es decir, así era de cabrón el calladito que no metía ni bulla, y como ya les había dicho, yo era parado en la hilacha, o sea rebelde, así que a veces tomaba la opción de irme de la casa en vez de trabajar, pero esta actitud no me duraba por mucho tiempo, las mamás de mis amigos me acogían solo por unos días. Sin embargo, debo reconocer que por muy como las bolas que fuera mi taita, el trabajo y la relación familiar, en la realidad, no había nada mejor que mi casa, fuera como fuera, y tenía que volver con la cola entre las piernas, haciéndome el weón y poniéndome a trabajar calladito no más.

Estuve esclavizado en la feria hasta los diecinueve años de edad, cuando finalmente tomé la decisión de dejarla por algo mejor. Entre medio pasaron muchas cosas que dieron un valioso y enriquecedor aprendizaje para mi vida. Luego se podrán dar cuenta que esta es una forma muy siútica de decir que literalmente me tocó vivir experiencias que fueron como las reverendas weas.

Entrar al mundo de la feria, fue como entrar a un mundo totalmente desconocido para mí, era como otra dimensión, y créanme que no le estoy poniendo más manteca de lo que fue.

Primero que todo, la forma de relacionarse era súper diferente, principalmente en el vocabulario. No es que yo

fuera un tipo refinado, pero venía de una crianza donde decir un garabato era “gravísimo”, como si fuera una infracción de tránsito. Recuerdo que cuando estaba mi mamá viva, si alguno de nosotros decía por ejemplo; “weón”, te daban una cachetada en las babas que te las dejaba pegadas en la pared y además con el hocico tremendamente hinchado que luego uno parecía trompetista cubano. De verdad, en la feria había que partir por hablar distinto para que no te pasaran a llevar tan fácil.

El frío era otra cosa que me impactaba mucho, armar el negocio en invierno con las estructuras metálicas congeladas es algo que mis manitos nunca podrán olvidar. Luego de eso venía el proceso de atender a los clientes, justo debajo de la cuneta en la calle, precisamente por donde corre toda el agua cuando llueve. Los pies se entumecían y también me recontra dolían al caminar, daba un paso y se me salía una mueca de dolor, otro paso, otra mueca, pero la gente creía que caminaba cagado de la risa, ellos no sabían que era por el tremendo dolor que sentía en mis patitas al caminar.

La feria libre era itinerante, de los seis días de la semana que teníamos que trabajar, lo hacíamos en tres lugares diferentes, es decir, dos días para cada lugar. Dos de ellos eran muy cerca de mi casa y los otros cuatro nada más ni nada menos que en la famosa población la Victoria, conocida en esos tiempos como la población más brava, por donde la quisieras mirar, me refiero a temas de droga, a delincuencia, a grupos políticos subversivos y en todo lo que se pueda imaginar, era una población tremendamente peluda.

Había algo que me encantaba de la feria, y era el famoso “desayuno”, había un carrito que era de propiedad de la señora Juana, ella vendía completos, sopaipillas, churrascos, y en su carta menú también contaba con los nunca bien ponderados pero no menos sabrosos “Sanguches de Potito” (google again), estas asquerosidades eran más sabrosas aún, si el emparedado estaba hecho con sopaipa de la casa, acompañado con un trozo de longa de origen desconocido, todo desparramado sobre el culin bien caliente, obviamente que un poco de ají en salsa era el ingrediente extraordinario para este tradicional alimento, esta mezcolanza le daba el toque gourmet perfecto, incluso la chorreada del juego por tus brazos era el complemento exacto

para finalmente concluir que esto era “la cosa más rica para tu paladar”. Una vez armado el puesto de mi papá y en el intervalo de que llegara la gente a comprar, yo me iba a donde la señora Juana para mandarme el tonto desayuno, que en ese instante, para mí era lo más importante. Ni siquiera el estropajo asqueroso que usaba para limpiar, ni las moscas o las uñas negras de la señora Juana impedirían que me mandara feroz bocadillo junto a un intenso Nescafé.

## Población La Victoria

A este ritual que realizaba cada mañana en la feria, se sumaban diferentes locatarios. Además de ellos, lo hacía también un grupo de cuatro o cinco jóvenes desconocidos, quienes vestían de forma muy diferente, usaban mocasines bien lustrados, calcetas blancas a lo Michel Jackson, blue jean wranglers muy ajustados estilo pitillos, poleras blancas con cuello en “V” y una chaqueta de vestir azul marino. Estos weones que eran muy raros usaban anillos grandes y gargantillas de oro, pero lo que más me llamaba la atención era su corte de pelo, creo que definitivamente tenían un acuerdo para usar chasquillas con un corte estilo bacínica. Estos compadres hablaban solo entre ellos y en otro idioma, en realidad usaban como un dialecto donde yo no cachaba ni las comas que pronunciaban, más tarde vine a comprender que hablaban en propio su idioma, es decir, el famoso coa, que era y todavía lo es, el lenguaje oficial de los delincuentes.

Para ese entonces, en paralelo asistía al liceo Manuel Barros Borgoño, mis recuerdos no son muchos o talvez no quiero que sean muchos, pasé siempre rasguñando de curso, en forma seguida me echaban de las salas de clases por desordenado y conversador,. Las veces que me quedaba callado era porque me había quedado dormido. Algunos profesores me dejaban dormir, no sé si por lástima, dado que ellos sabían que tenía que trabajar o para que lisa y llanamente nos les weviara más durante la clase. Para el caso no importaba, tenía tantas anotaciones negativas y amenazas de expulsión que tuve que solicitar un recurso de protección en la Vicaría de la Solidaridad por las amenazas reiteradas de expulsión en mi contra. Siempre he creído que no me echaron porque les daba pena. Lo más importante es que terminé mi cuarto medio, aunque fue a duras penas, pero finalmente cumplí.

De mis escuetos recuerdos de compañeros de liceo está mi compipa Nahid quien fuera mi yunta incluso hasta algunos años después del colegio, también estaba el famoso Miguel Cáster, aunque este weón no me tenía mucha paciencia y eso nos alejaba un poco, además de ellos dos, uno que otro por aquí y por allá y pare de contar de recuerdos, aunque este comentario de no querer recordar en la actualidad le desagrada a Miguel, porque para él, la época del liceo fue un hermoso proceso. Yo respeto eso, sin embargo debo reconocer que para mí no lo fue.

En realidad con Miguel nunca llegamos a ser buenos amigos en el Liceo, pero por las casualidades de la vida, nos vinimos a reencontrar hace algunos años atrás ya bastante crecidos, o más bien dicho, más viejos. Hace un par de años atrás, nos la dimos de Peregrinos e hicimos juntos el camino de Santiago de Compostela en España, donde finalmente caminamos más 380 kilómetros y compartiendo más de veinte días de viaje. Ahora siento que somos grandes amigos. Debo decir que Miguel es un tipo muy difícil de no querer, para mi gusto él está descrito en una canción de Víctor Manuel, el tema lleva como título "Soy un corazón tendido al sol", además de gustarme mucho, específicamente en una parte de la canción dice ; "sé quiénes son amigos de verdad, sé bien dónde están, nunca piden nada y siempre dan". Así es el famoso Miguel Ángel, un tremendo ser humano que rebosa de una generosidad difícil de creer, él me ha demostrado muchas veces y con muchos ejemplos que hay más felicidad en dar que en recibir.

Volviendo a la feria. Ya habían pasado un par de años desde el inicio, yo tenía como quince años, pero me veía algo más grande y fornido producto del desarrollo muscular que me había provocado el esfuerzo físico propio del trabajo: cargar sacos de harina de cincuenta kilos, también de azúcar. Cargar los cajones llenos con mercadería todos los días, algo de músculos me sacaron.

Pero bueno, la cosa es que fui conociendo gente y entendiendo mucho más la dinámica interna de la población La Victoria, por ejemplo, aquel grupo que veía durante los desayunos, era la banda de los chasquillas, nombre que a ellos no les gustaba para nada.



Yo sabía esto porque tuve la oportunidad de conocer al indio Juan también en el desayuno. El Indio era el líder de otra banda llamada “La Banda de los Cuchillas Largas”, de verdad ese era el nombre y además era la banda más temida de la Población. Tenía un plantel con más años de experiencia y más causas delictuales en el cuerpo que cualquier otra banda del rubro.

Recuerdo que yo le caía bien al indio Juan, él se dirigía a mí diciéndome “crespo” (yo en ese entonces era de pelo con rulos).

El Indio Juan un par de veces me dijo: “Crespo, vos me caí bien”, pero sí llego a saber que te estay juntando con los chasquillas, te voy a tener que pitear igual no más”, (pitear es matar en la jerga) yo sabía que me lo estaba diciendo medio en broma, pero del otro medio no tenía ninguna certeza.

El primer amigo más cercano que tuve en La Victoria fue el “Pera Loca”, que en el registro de nacimiento figuraba como Eduardo Peralta, pero que nadie, ni siquiera su esposa, lo llamaba por su nombre de pila, ella también le decía “Pera”.

El Pera, como le decíamos los que le teníamos más confianza, me enseñó a hablar la coa, era realmente como aprender otro idioma, para mí era muy entretenido todo esto, incluso todavía recuerdo palabras de la COA, como por ejemplo:

Tocomocho: El auto

Boticario: Reloj

Catimbas: Zapatos

Quisca : Corta plumas

Chola: Corta pluma negra que se abría apretando un botón

Máquina o Fierro: Revólver o pistola

Yuta: Policía

Botón: Carabinero

Estar marchando: Estar preso

Y como frase, me recuerdo una en particular que me causaba mucha gracia; “Chaucha la moñua tonijua” que en castellano quería decir; “cuidado, viene la policía compadre” la traducción de chaucha era cuidado, la moñua interpretaba el carro policial por las dos balizas que representan como dos moños que se

hacen las mujeres en el pelo, y tonijua es Juanito al revés que era como decirte, compadrito.

El Pera loca, aparte de ser ladrón, era muy bueno para la marihuana, y como yo no lo hacía nada de mal, entonces congeniamos rapidito fumando porros juntos como que si el mundo se fuera a acabar al otro día, En esos tiempos aprovechábamos de cagarnos de la risa, ya que sin yerba en la mente, el Pera era más serio que paco de guardia. En realidad el muchacho no era de buen carácter, más bien era harto mal genio y peleador el muñeco.

Él me introdujo de lleno al mundo de la población La Victoria, sin embargo nunca me instó a cometer algún ilícito. Igual yo sabía que eso era solo cosa de tiempo, cada día conocía más personas del rubro y también estaba compartiendo mucho con ellos. Estaba absolutamente consciente que ligerito me estaría mandando mi primer cagazo, dicho y hecho, y así no más pasó, pero no se me adelanten, luego les cuento los detalles.

Algunos años posteriores, el Pera loca, quien había sido mi buen amigo, se murió, me dijeron que se había suicidado. En algún momento comenzó a ser víctima de la pasta base, más conocida en esos tiempos como "la angustia". Los más cercanos a él me comentaron que esto fue lo que sucedió, ya que cuando murió yo ya me encontraba lejos de aquel círculo.

La pasta base fue un tema importante en esa época, se suicidaron muchos amigos y conocidos, algunos de ellos se ahorcaban, pero hubo otros más originales que se tiraron a las ruedas de un tren que pasaba cerca de donde vivíamos. El Conejo, el Cabezón, el Marco, y otros varios cayeron por el veneno de la maldita pasta base.

Retomando la historia y tal como les decía, comencé a tener nuevas amistades, en realidad eran aquellos jóvenes que vestían diferentes en esos desayunos matinales que les relaté anteriormente, o sea, la banda de los chasquillas, nombre que no les gustaba nadita, y les vuelvo a mencionar esto, porque a causa de ese "nombre", se murieron por lo menos dos que yo conocí y con escándalo.

Antes de continuar con los relatos y sobre todo en esta parte de mi vida, se me hace absolutamente necesario cambiar los

nombres de los protagonistas con el afán de proteger la identidad de las personas, por lo tanto declaro que cualquier similitud de nombre es una mera coincidencia y no necesariamente representa la realidad.

Volviendo al tema, quisiera recordar primero a mi gran amigo de toda la vida, el Polo. El tenía tres o cuatro años más que yo, era muy callado, no era peleador, en realidad era socialmente muy tranquilo, pero era un ladrón de buena cepa y con gran determinación, él no la pensaba dos veces para hacerla.

Yo tenía aproximadamente dieciséis años y el Polo tendría dieciocho o diecinueve y ya “había hecho una condena” por robo con homicidio a los quince años. Cuando salió de prisión, dejó de firmar a los pocos meses y después era buscado por la PDI por varias causas de robo con intimidación y asalto a mano armada y por supuesto, por haber quebrantado la condena inicial.

Mi otro buen amigo, era el flaco Pedro, terriblemente buena onda, hicimos varias caminatas juntos, compartimos varias tardes de tertulias acompañados de unos buenos porros “chilombianos”, así era su nombre, porque era marihuana de semilla colombiana producida en Chile, era tremendamente buena la cochizada esa, bastaba solo una fumada, para quedar con la mente distorsionada y hablando puras wevadas.

El grupo lo constituía, el flaco Pedro, el Polo, el Gochefo, el flaco Pablo, el Marcos, el cabezón Lalo, el Chatarra y varios otros más. El más temido de todos era “El Crespo”, ese era yo, pero la verdad que solo es un chiste, yo solamente era un aprendiz de punga, de pato malo o de “Vío” que bien pronunciado era “Vivo” pero que era la palabra que lo juntaba todo. Sí, yo quería ser el mejor “Vío” que existiera, quería ser el ladrón con más corazón, también quería ser el más choro y respetado en el ambiente. Bueno, debo reconocer que no me alcanzó para eso, aunque al final, creo que algo logré conseguir, no puedo decir que “el más” pero una parte de eso sin duda se logró.

Pese a ser un aprendiz, aunque mis amigos sabían que yo era de otra crianza, todos ellos me acogieron con amistad y sin discriminar, y uso la palabra discriminar porque para ellos cualquier persona que no fuera “Vío”, era “longi” que era diametralmente lo opuesto, es decir, weón, tonto, azopao, agilao, amermelao, y otros términos afines para el caso.

## La Muerte

Al comenzar una convivencia más estrecha con ellos, les cuento que aparte de la yerba y del cagarse de la risa, se vivieron momentos muy difíciles y traumáticos, no obstante que para la segunda vez de ocurrencia ya no era tan terrible como la primera vez, la consigna en la interna era que siempre el primer trago es el que cuesta, los demás que siguen, entran soplados, y créanme, así no más era la cuestión.

El primer finado que me tocó ver, fue en un pool clandestino de unas de las calles en el interior de La Victoria. La dueña era una vieja re cuática a quien llamaban "La Chanfaina", yo no sabía por qué, pero no quería andar preguntando todo como los weones, así que siempre me quedé con la duda hasta el día de hoy. Recuerdo que era un día de semana, tipo once de la mañana, éramos cuatro los jugadores, había una sola mesa en un cuarto demasiado pequeño, estaba construido en el patio interior de la casa, hecha de tablas de pino sin cepillar, el techo estaba construido de la famosa y particular "fonola" y además de todo eso, se encontraba forrada interiormente en cartón de cajas de Confort. Ahora mientras escribo, cierro mis ojos y puedo ver claramente todos estos sutiles detalles. El tema es que estábamos de lo mejor jugando en pareja cuando en forma inesperada aparece un quinto elemento en el match, el famoso "Nancho". No lo conocía mucho, solo sabía que también era un ladrón, pero de otro grupo o banda, o tal vez independiente, es decir caminaba solo. La verdad es que no conocía mucho de él, pero de algo si estaba al tanto, me habían dicho anteriormente que él siempre había tenido diferencias con el Gochefo, quien era mi compañero de juego de pool en ese preciso instante. La cosa fue muy rápida, un par de palabreos para allá y para acá entre ellos. Para ser honesto no entendí muy bien lo que se dijeron, pero el resultado fue que se desafiaron a un combate en ese pequeño cuarto en el que apenas cabíamos la mesa y los jugadores.

Ambos contendores desenvainaron sus cortaplumas, el retador se saca el chaleco y se lo enrolla en el brazo izquierdo como un escudo para detener los cortes de su contendor, el Gochefo, quien fuera para este caso, “el desafiado”, siempre usaba una bufanda blanca en su cuello, a reglón seguido se sacó esta prenda aparentemente para usarla de escudo tal cual lo había hecho su retador con el chaleco, pero no, no fue así, en realidad solo pasaron dos segundos para que la historia terminara, el Gochefo no usó la bufanda para su defensa, la usó para su ataque, porque con ella le propinó un par latigazos en los ojos al otro weón que lo distrajeron por solo fracciones de segundo y en un abrir y cerrar de ojos, ¡Suácate!, la puñalada directo a la cuchara.

El herido con el puñal en su pecho tapaba la única y estrecha salida, los otros cuatro tuvimos que esperar que el finado saliera dando sus últimos pasos de muerte o que cayera en la puerta. Recuerdo que esa espera fue infinita, el herido dio unos pasos hacia la puerta y finalmente cayó cuan largo era obstruyendo la salida, por lo tanto nadie de nosotros pudo salir del cuchitril sin tener que pisar el cuerpo del occiso.

Todo esto me dio muchas vueltas en la cabeza por varios días, sin embargo, a mis “amigos” parecía no importarles demasiado, incluso el propio Gochefo mostraba bastante displicencia para lo terrible que había sido la cosa. Al final era lo que les dije anteriormente, solo “mi primera vez”, porque después vi morir a muchos más y de diferentes maneras, cosa que también lo fui tomando con una progresiva displicencia.

Cuando pienso en esto y en otros acontecimientos, he concluido que la conciencia se me fue embotando poco a poco, es decir, se fueron debilitando mis sentidos valóricos, incluso deseaba que pasaran ciertas cosas para vivirlas de una vez, recuerden lo que les dije, “el primero es el que cuesta”.

Quiero ser honesto al decir que nunca pude superar cada acontecimiento como si nada hubiese pasado, aunque por fuera debía mostrarme impertérrito, aunque igual me afectaba mucho, vi morir muchas personas y de muchas maneras y no puedo dejar de decirles que esto es algo muy difícil de superar.

## El Debut

Tenía cerca de diecisiete años y me tocó debutar, una prueba que ya no podía y no quería eludir, no fue preparada por mis compipas, pero todos sabíamos que el día debía llegar y que yo debía demostrar que tenía los huevos para el negocio.

Un buen sábado por la tarde, todavía con luz del día, estábamos parados en una esquina el Polo y yo, nos encontrábamos a escasas cuatro calles de la comisaría de carabineros de la Población La Victoria. Estábamos fumándonos un pito y conversando amenamente, no recuerdo de qué, cuando de repente llega un tipo y llama al Polo para un costado. Ellos se alejaron de mi unos cuantos metros y hablaron algunos segundos, luego de eso el tipo se retiró rápidamente del lugar y el Polo volvió a donde yo me encontraba esperándolo.

¡Ya compadre Carlos!, me dijo el Polo, se puso wena la cosa, continuó diciéndome, el loco que vino a hablar conmigo, me dijo que había llegado un traficante a dejar mercadería y que venía con el medio turro de guita (o sea venía con mucho dinero). Antes de continuar la historia, les quiero contar que treinta años atrás, los traficantes de drogas eran totalmente diferentes, definitivamente no eran lo mismo que ahora, antiguamente los que se dedicaban al tráfico, era porque no les alcanzaba el “zoronca” (corazón en la jerga) para hacer cosas más peludas, es decir, no se atrevían a “robar”.

El Polo continuó diciéndome que iba a venir rapidito el flaco Pedro para darnos apoyo logístico, así que preparara mi fierro y él haría lo mismo con el suyo, -porque la vamos a hacer aquí mismo y sin movernos del escritorio-, concluyó. Yo, a esa altura del partido ya contaba con un revólver calibre treinta y dos corto y el Polo tenía una flamante treinta y ocho largo, no se puede negar que es tremendo pedazo de arma, unos de los juguetes más bonitos que tenían muchos de los niños que yo conocía en el barrio.

A lo diez minutos de espera, venían dos personas caminando por una vereda, caminaba una detrás de la otra solo distanciadas por algunos metros, el último individuo era el flaco Pedro y el primero era la “víctima”, así que el Polo y yo nos separamos un par de metros para que el cliente pasara entre ambos. Yo tiritaba más que loro en un alambre, los segundos parecían horas, pero tenía que mantenerme inmovible o por lo menos no podía demostrar miedo a mis compañeros. Igual recuerdo que en ese instante se me venía un pensamiento a la cabeza, más bien era una pregunta retórica; ¿qué chucha estoy haciendo metido acá?, obviamente no había respuesta en ese instante y el momento se aproximaba, más bien dicho, el weón era el que se aproximaba.

Nosotros nos estábamos haciendo los lesos y cuando el cliente estaba a un metro de distancia aproximadamente, sacamos las armas y nos fuimos encima del tipo, lo arrinconamos en una pared, yo lo agarré de la solapa con mi mano izquierda y con mi mano derecha le apunté al cuello, acción que lo dejó paralizado en forma inmediata.

El Polo entró en acción y comenzó a hacer el monólogo típico para estos casos, “quédate tranquilo no más culiao, si te moví, te vamos a matar”, la persona obedecía a pies juntos, mientras el Polo lo revisaba por completo hasta que le encontró el fajo de billetes que traía oculto en sus calzoncillos, para ser más preciso, estaba al ladito de las bolas. El flaco Pedro, que venía más atrás del traficante, estaba “prestando ropa”, lo que significa que trataba de cubrir con su cuerpo un poco la escena escandalosa que teníamos. Una vez que el Polo se aseguró que no había un peso más sobre aquel cristiano, lo soltamos y comenzamos a caminar tranquilamente los tres hacia el lado opuesto de la comisaria de carabineros, obviamente, nos íbamos haciendo los reverendos weones, como si nada hubiese pasado para alejarnos del lugar.

Pero, ¡siempre había un “pero” para mala suerte mía!, la cosa no podía haber sido tranquila, limpia o prolija, NO, no fue así, El empresario (la víctima en adelante) salió corriendo hacia los carabineros gritando como perro atropellado, ¡auxilio!, ¡auxilio!, ¡me robaron!, ¡me asaltaron!, ¿pueden creer que este cara de raja, traficante de mierda, destructor de la juventud,

de los niños, de la sociedad y por qué no decirlo también del seno familiar, le fue a pedir auxilio a los carabineros?, si, a los mismos defensores de la ley y como los pacos no sabían a qué se dedicaba este ciudadano, salieron obviamente en su defensa y por su puesto a la caza de nuestras almas. No quedaba otra que correr como enajenados. Mientras hacíamos este ejercicio en forma desesperada, me volvía a la mente aquella pregunta retórica que me había planteado hace algunos minutos atrás, y nuevamente sin respuesta, mis piernas estaban pesadas y poco ágiles. Parecía como que no avanzaba nada a pesar del empeño que le hacía, sentía que corría como en cámara lenta. Nos desplazamos por un montón de calles, izquierda, derecha izquierda, pasajes angostos, cruzamos la línea del tren dos vueltas por aquí, dos vueltas por acá, hasta que finalmente nos pudimos zafar. Todos quedamos más cansados y transpirados que caballo de bandido, no tengo registro de haber corrido tanto en mi vida. Finalmente el esfuerzo valió la pena, nos libramos lo que era el objetivo principal en ese instante.

Una vez seguros, procedimos a hacer la repartija de la plata en tres partes iguales, fueron 80 lucas por nuca, que era un muy buen botín para aquel trabajo y mi primera vez, incluso a pesar de la tremenda maratón que nos pegamos. Una vez concluida esta operación procedimos a separarnos, cada uno se fue a su casa. Mi corazón todavía seguía latiendo a mil y ya habían pasado varias horas del acontecimiento. Lo que ocurrió después fue que hicimos un retiro espiritual y quedamos en volvernos a juntar como en una semana después, una vez que se tranquilizaran las aguas.

Quiero resaltar la teoría de que nada es gratis, pienso que todo se paga acá en esta vida, y me refiero tanto a las cosas buenas como a las malas, no es negocio para otra vida, me refiero a que si pones las manos al fuego "ahora", te quemas "ahora", no dos mil años después. Y este caso no fue la excepción de la regla, meses después, el tipo que fue víctima de aquel asalto que les relaté, cobró su venganza.

Un día muy tranquilo, caminábamos varios contertulios por una de las calles de La Victoria hacia destino "no recuerdo". Entre los caminantes estaba el Polo y el Flaco Pedro caminando



unos metros más delante de un pequeño grupo con el que iba yo caminando y conversando.

De repente, y en forma totalmente inesperada, aparece este individuo (la víctima) vestido con un poncho negro, se detuvo a un par de metros de los dos primeros caminantes y comenzó a increparlos por aquel robo del cual había sido víctima. El flaco Pedro, que era el más choro y aniñado de todos nosotros, en respuesta lo comenzó a palabrear e insultar de forma casi inmediata, total todos sabíamos que el otro era solo un traficante y tal como les había comentado, a ese tipo le daba el ancho solo para traficar droga. Pero todos nos equivocamos rotundamente, ese tal por cual sacó debajo de su poncho una escopeta recortada y apuntando al flaco Pedro disparó casi de forma inmediata. Todo fue demasiado rápido y confuso, nosotros prácticamente no nos percatamos de lo que estaba sucediendo, y el tipo salió corriendo. El flaco Pedro cayó al piso, el Polo sacó su arma y gritándole insultos comenzó a tirar balas en contra del agresor. Nosotros, sin entender lo ocurrido, únicamente atinamos a perseguir unos cuantos metros al traficante, tirando también algunos disparos pero sin éxito, el tipo ya se encontraba lejos de nuestro alcance y detuvimos la persecución para regresar a atender al flaco Pedro que estaba tendido de espaldas al piso con su rostro cubierto totalmente de sangre. El nos hablaba en forma muy calmada y con voz baja, las heridas eran de perdigones o balines, por lo pronto no parecía que estuviera herido de muerte. Como primera apreciación nuestra, hablamos con un vecino que conocíamos y que tenía una camioneta estacionada afuera de su casa, el señor accedió de inmediato y lo subimos al vehículo, le avisamos a su esposa para que lo acompañará al hospital y no fuera solo. Obviamente que nosotros no lo podíamos acompañar, por mucho que hubiésemos querido, creo que todos entendemos los motivos.

Al final el flaco Pedro estuvo alrededor de dos meses hospitalizado y a su regreso todo era muy diferente. El flaco, a los cortos veintitres años de edad, pasó de ser un delincuente avezado a un no vidente de por vida, fue una época muy triste.

## La mía o la del otro

Ya estaba hecho el debut, es decir la primera experiencia, mi primer trago ya había pasado, de ahí para adelante todo fue más fácil para mí, me estoy refiriendo al sentir miedo, tomé más confianza y el sentimiento de culpa prácticamente desapareció. Comencé a participar en otros eventos similares, es decir, robo con intimidación. A esa altura del partido sabía muy bien qué significaba eso, en aquellos tiempos era más barato matar a una persona que robarle intimidándola con un arma, las condenas eran a partir de los ocho años de cárcel que debías cumplir de pelo a pelo, es decir, de inicio a fin y no la podías zafar ni con la ayuda del sumo pontífice.

Estar clasificado en este nivel de delitos generaba el respeto automático del mundo del hampa, me refiero a los lanzas, mecheros, cuenteros, cogoteros, monrreros y de cualquier otra especie dedicada al rubro del delito. Es importante que sepan que no solo existían dos bandas en la población La Victoria, valga la aclaración, ya que anteriormente mencioné únicamente dos, y lo hice por ser las más conocidas en esos tiempos, sepan que habían muchas otras más y también había un montón de giles rateros que se movían de a dos o simplemente solos. Yo a esa altura del partido conocía mucha gente inmersa en este mundo, que también eran seres humanos, y peor cosa que eso no podían ser y como tales, con muchos de ellos yo tenía muy buena onda, aunque con otros sucedía totalmente lo contrario, existían weones que me generaban de entrada una vibración de mala onda. Yo sentía que me tenían mucha mala y también creo que algo de envidia por el círculo al que yo pertenecía. A este círculo cualquier weón no entraba, había que tener ciertas condiciones que no todos tenían, como en todos lados no más. Además, no hay que olvidar que yo era un chico desconocido y de otra crianza, por lo menos mejorcito que la mayoría del ambiente y se me notaba desde lejos, por mucho que yo pelara

los dientes y hablara en la famosa “COA” con la boca media chueca.

Trato de recordar y creo que entonces andaba por los diecisiete años, y por favor no me pidan tanta precisión, pasaron tantas wevadas en tan poco tiempo que es difícil entregarles como un orden exacto de las fechas y edades, estoy haciendo lo que más puedo, así que no me presionen, acuérdense que ya tengo medio siglo y como ya les señalé, hay cosas que no me funcionan como antes.

Volviendo a lo que nos convoca y más o menos a la edad que les indiqué, pasó algo no menos importante que también sabía tenía que suceder tarde o temprano, ¡Tuve que enfrentarme a la muerte!, así mismo como suena, A esta altura yo tenía una clara comprensión que si yo había escogido este camino, también había escogido lidiar con la muerte todos los días por el resto de mi vida.

Recuerdo muy bien una frase que se usaba en el ambiente para cuando se hablaba de alguien conocido que había pasado a mejor vida, se decía: “Murió en su ley”, y con esta frase se cerraba la conversación y por ende los recuerdos y las penas quedaban atrás o por lo menos no se mencionaban en público.

Yo, con diecisiete años había aceptado esta ley para mí, y reflexiono sobre esto porque esta es una demostración del debilitamiento que sufrió mi conciencia, como ya les había manifestado, o sea, a mí ya no me importaba matar para defender mi vida.

“Matar para defender mi vida” ¿pueden imaginarse lo fuerte que es esta declaración?, claro, uno puede decir esto y muchas cosas más con rabia, pero ¿sentirlo sin rabia?, ¿solamente porque es parte de la ley que elegiste? En verdad, como dice mi hija Belén, tienes que estar muy cagado del mate, pero así es como estuve en esa época.

Una mañana de domingo muy temprano, ya habíamos terminado de armar el puesto de la feria con mi papá y mi hermana Marcela, era época de ricos y sabrosos tomates y ají verde, así que para el desayuno, preparábamos un causeo de tomates con trozos de ají y una porción de ajo, esto lo comíamos acompañado con unas deliciosas y crujientes marraquetas que no he vuelto a comer por muchos años.

Por lo tanto, la previa era ir a comprar los ingredientes, los tomates, el ají y el ajo en unos puestos cercanos al nuestro, pero el pan había que ir a comprarlo a la panadería que se encontraba al inicio de la feria, en la calle principal “Avenida la Feria” que paradójicamente era su nombre.

Rumbo a la panadería junto a mi hermana, a una distancia más o menos de cien metros alejados del puesto de mi papá, nos encontramos con un gil que era pato malo y que se encontraba agachado en cuclillas entre medio de dos puestos de la feria. A este compadre yo lo conocía, era lanza, y era uno de los que no tenía buena onda conmigo, pero a mí eso ni me preocupaba, él estaba al acecho para ver a quién podía cagar, seguro que andaría tras la billetera de algún cliente de la feria o en las pérdidas, el monedero de alguna abuelita que pasara paveando por ahí.

Cuando estábamos pasando justo frente a él, mi hermana lo ve, detiene su andar y me dice en voz alta para que el otro también escuchara, ¡este tal por cual siempre que ando sola, me molesta! y ahora vuelve a hablar, pero dirigiéndose al otro energúmeno ¡moléstame ahora que está mi hermano!, el tipo se paró más rápido que corriendo. Yo en ese momento no podía hacerme el gil y la verdad que tampoco quería, pero el solo hecho de que el espécimen se pusiera en vertical, era sinónimo de que teníamos que enfrentarnos, ya nomás po, echémosle para adelante, pensé yo.

Él se mete la mano al bolsillo trasero de su pantalón como indicación de que sacaría su herramienta de tallado, por lo tanto yo hice lo mismo, saqué mi chola (cortaplumas negra que abría en forma automática al apretar un botón), debo reconocer que siempre me gustó la tecnología de punta. Siguiendo con el relato, abrí la hoja de la herramienta y me saqué el chaleco, en esos tiempos famoso y taquillero pingüino rojo con botones para enrollarlo en mi brazo izquierdo, y de esta forma esperaba protegerme de los posibles cortes que podía recibir del otro weón. En el intertanto que hacía todos estos preparativos, me di cuenta que el contrincante no tenía cortaplumas, es decir, en otras palabras, el señor estaba desarmado y más encima, el reverendo weas me invitó a una pelea de tajos.

Obviamente, lo insulté de la forma que se me ocurrió y más encima, le pegué unos chalecos en la cabeza por gil. El tipo

no hizo más escándalo y emprendió la retirada del lugar sin antes cubrir su rostro lleno de vergüenza.

Pero como dijo el famoso poeta “Ricardo Arjona” en una de sus canciones; “Aquí no termina la Historia”. A eso de las cuatro de la tarde cuando estábamos en proceso de desarme del puesto para volver a casa, el tipo regresó a buscarme, pero esta vez mucho mejor preparado para la batalla, ahora traía un sable tipo militar, y eso no era todo, se consiguió otros weones que alcanzaba hasta para armar un equipo de baby fútbol, es decir eran cinco, y todos con tremendos sables, parecían verdaderos ninjas los muchachos.

Unos colegas de la feria me avisaron de lo que se me avecinaba, y yo le conté a mi viejo rápidamente y como pude de lo que estaba por suceder. Creo que no entendió mucho lo que le dije, pero entendió que algún alboroto se avecinaba y muy pronto, seguramente por mi forma de hablar y mis gesticulaciones que no habrán sido de las más calmadas en ese momento. Mi father se encontraba en el ritual de sacar la bomba de aceite de comer que vendíamos desde el tambor donde almacenábamos tal producto, esto se hacía cada día para que el aceite no se desparramara y ensuciara todo en el traslado hacia la casa, por supuesto que en esos instantes, mi taita se cagó en los zapatos casi de forma inmediata, dejó de hacer lo que estaba haciendo y tomó unos fierros de la estructura que conformaban el techo de nuestro negocio, fierros que eran más o menos de unos tres metros de largo y dos centímetros de diámetro.

Yo me fui de hacha a sacar mi juguete, el treinta y dos corto que les habida contado anteriormente y que tenía oculto bajo el asiento de la camioneta. Mi papá al percatarse de esto me instruyó categóricamente; ¡no weón, con esas cosas no!, yo le respondí; ¡pero papá, me van cagar de una!, él me vuelve a decir ¡Te dije que no por la chucha!, ¿acaso no entendí lo que te digo?, lo vi demasiado alterado y nervioso, así que weonamente le hice caso ya que no había tiempo y espacio para el diálogo, y de esta forma, la puse en donde la saqué.

Entre medio de todo esto que les estoy contando, llegaron los cinco tipos, todos con sus respectivos sables, vociferando los insultos más grandes que un ser humano puede decir, lo único que se interponía entre ellos y nosotros, eran los mesones

que usábamos para atender a nuestra clientela y que aún no habíamos retirado. Cuando digo nosotros, éramos mi papá (todo cagado), mi hermana (mujer y llorando) y quien les habla, contra los cinco mosqueteros que querían mandarme rápidamente para el más allá. La cosa se puso más caliente, mi papá y yo con los fierros que les comenté y ellos con los sables, mi hermana lloraba y gritaba en un rincón del puesto, ya nos encontrábamos en los amagues previos entre fierros y sables que iban para allá y para acá, sumado todo a una gran cantidad de insultos bidireccionales que ustedes podrán imaginar. Todo esto se prolongó por algunos minutos, hasta el momento que tomé la decisión de desobedecer la orden de mi señor padre, es decir, rápidamente me di la vuelta y saqué mi revólver que se encontraba debajo del asiento de la camioneta y sin pensar mucho (que generalmente era mi patrón en momentos difíciles), apunté con el arma y pude ver cómo arrancaban y dispersaban los que estaban como espectadores del show, no dejé pasar un segundo más y apreté el gatillo hiriendo al compadre que era el más choro del grupo, que por lo demás yo también lo ubicaba, y él a mí. En ese momento se produjo un silencio ensordecedor y todo el mundo quedó como inmovilizado o paralizado, pero el silencio se rompió en forma abrupta cuando mi hermana, la que había estado llorando de manera histérica hacía algunos escasos segundos, tumbaba al piso a uno de los cinco pelagatos, dejándole caer una tremenda piedra en la cabeza, y cuando digo tremenda, es “tremenda”, fácil de treinta kilos. Estas piedras las usábamos para amarrar los tirantes de la carpa que cubría el negocio y evitar que el viento se las llevara, así que imagínense la roca de buen tamaño y peso.

La cosa es que el pobre mozuelo cayó al suelo cuan largo era totalmente inconsciente, ahora el recuento daba que los heridos aumentaban a dos de los cinco. Yo más envalentonado, les pregunté con voz firme y segura; ¿alguien quiere más? Y en ese preciso instante, un tipo de la familia miranda, es decir, un miembro de los expectores gritó a todo dar; ¡¡los pacos!!, En ese preciso instante dos de los tres Ninjas que quedaban en buen estado tomaron al que se comió la piedra de mi hermana y se lo llevaron a la rastra ya que el muchacho todavía seguía aturdido. El otro que también se encontraba ileso ayudó al herido de bala

que aún podía caminar pero con cierta dificultad. Por mi parte tuve que hacer lo mismo, es decir, dejar el lugar de inmediato para no irme preso cuando llegaran los buenos días buenas tardes, ya que por mucho que alegara que todo fue en defensa propia, tenía posesión ilegal de arma y más encima, robada, así que sorry, pero no me podía quedar por muy víctima que me sintiera en ese momento.

Esperé un rato en un lugar cercano al negocio y volví luego para ayudar a mi papá a terminar el trabajo, los momentos de tensión que se vivieron en ese momento lo afectaron demasiado, estaba literalmente como un estropajo y mi hermana no estaba mejor que él, me preocupé de cargar las cosas que faltaban, me subí al vehículo, tomé el volante aunque no tenía licencia y arranqué rápidamente con destino a casa.

Cuando llegamos a la house, a los minutos del arribo, a mi papá se le reventó la úlcera y empezó con hemorragias digestivas. Mi hermana no hablaba, como esas minas de las películas que quedan mudas cuando ven al demonio, afortunadamente pronto todo volvió a la normalidad, es decir mi hermana recuperó el habla y mi papá solo se mandó cinco días hospitalizado por mi culpa.

El tipo que recibió la bala se recuperó como en dos semanas, ya que el proyectil le dio en la ingle de la pierna izquierda. El que sacó la peor parte fue el que recibió el impacto de la piedra de mi hermana, quien estuvo dos meses hospitalizado y decían que ahora le faltaban algunos palos para el puente.

Para cerrar este episodio, cuando se enteraron de este acontecimiento mis amigos "Los Chasquillas", no quisieron dejar pasar la oportunidad de hacerle una visita a estos muchachos, "Los Ninjas". El objetivo fue para advertirles que a la próxima vez que se metieran con alguien del grupo, los cinco participantes del show serían hombres muertos, fueron así de categóricos, por supuesto esto yo lo supe después, la cosa fue que mis amigos se enteraron ese mismo día y por la noche fueron a poner la advertencia correspondiente.

Esos eran mis amigos, eso para mí era verdadera lealtad, me sentía muy bien por eso y cuando volví a ver a mis compadres, me recibieron muy bien por haberle dado un balazo a uno de esos desgraciados, solo cuestionaron mi puntería, porque para

ellos, era en el corazón o en la cabeza. Me molestaron con bromas algunos días, me traían gatos para que practicara o me ponían latas de cerveza en las murallas para que las derribara como en las películas del oeste, estaba claro que era una manera de molestarme. Muy pronto quedó atrás este episodio y la mala puntería se olvidó. Luego de esto, los famosos ninjas, siempre evitaron encontrarse conmigo, aunque por otro lado yo sabía muy bien que esta era la primera vez que mi vida corría peligro pero también que no era la última.



## El comienzo de una doble vida

Durante esta época comencé a experimentar algo que todos llamamos el “doble estándar”, es decir, mantenía una doble vida en paralelo. En este tiempo me encontraba cursando el cuarto medio, es decir, realizando mi último año de estudios secundarios, y por otro lado, estaba de lleno inmerso en un mundo de delincuentes. La verdad es que me sentía muy incómodo con esta dualidad, por esta razón es que tenía muchas ganas de dejar de hacer lo que no me correspondía y quería dejar el colegio tan pronto como fuera posible.

La verdad es que me llegué a sentir en el colegio como un pollo en corral ajeno, ahí tenía que mantener un comportamiento que ya no era el mío, por lo menos eso era lo que sentía. Veía que estaba rodeado de puros weones giles y mamones, lo mismo me pasaba en mi casa y con los amigos del barrio, la verdad que me creía superior a ellos y si es que tuviera que definirlo de alguna forma, diría que estaba literalmente “engrupido o agrandado”.

Como ya he comentado, no me gusta recordar mucho mi época del colegio, no podría decir exactamente por qué, pero siento que no la pasé bien durante los cuatros años de secundaria, vivía castigado por desordenado y peleador, me dedicaba en las clases a puro molestar a los demás compañeros y a los profesores. Todo esto lo atribuyo a que era una forma de protestar por mi realidad, una suerte de llamar la atención al mundo para que se fijaran en mí.

En primero y segundo medio tuve algunos amigos, pero luego se alejaron porque simplemente no me soportaban, esto lo digo con certeza ya que ahora mantengo una estrecha amistad con Miguel, uno de esos amigos de los primeros años de secundaria y como ya les había contado nos reencontramos hace algunos años y ahora somos grandes amigos. Cuando nos

reunimos a conversar tomando una cerveza, él me ha dicho un par de veces por lo menos; ¡Weón, eras insoportable! Dice que recuerda perfecto que le ponía una especial atención a las clases de matemáticas, ya que si te quedabas con dudas, para adelante era peor, hoy además me cuenta que le daba mucha rabia e impotencia el verme molestar y no prestar atención. Su molestia se acentuaba más aun cuando el profesor en forma de castigo me sacaba a la pizarra para resolver un problema. Yo a pesar de estar en otra, iba y lo resolvía, él pensaba que era injusto y más se frustraba. Esto también es interesante mencionarlo porque también tiene que ver con lo que hoy soy como profesional.

En tercero medio me hice amigo del Nahid, así era el nombre de un compañero con el cual nos juntábamos a fumar hierba, comenzamos hacer muy buenas migas y luego andamos para todos los lados como dos potos en un calzón, pero Nahid dejó el colegio y no siguió en cuarto medio pese a que tenía todo para triunfar, decidió tomar otro derrotero. Él tenía muy buena onda con sus padres, además de una excelente situación económica era muy bueno para el estudio y sacaba siempre buenas notas, sumado a que era muy educadito y ordenado, era lo opuesto a lo que yo era. Sin embargo, las drogas y el alcohol lo engancharon hasta tocar fondo, haciéndolo vivir las miserias y penurias más grandes que un ser humano puede experimentar, incluso hace muy poco supimos de él y la cosa va de mal en peor, creo que la historia de Nahid, es definitivamente para otro libro.

Cuando pasamos a cuarto medio me cambiaron de curso, o sea del "A" me pasaron al "B", con nuevos compañeros y profesores. Esto me dejó nuevamente con una sensación grande de abandono, todo lo tomaba muy personal y hacia muchas suposiciones del por qué pasaban estas situaciones. Esto provocaba que quisiera salir antes de ese lugar, aunque yo me comportaba como que no me importaba y que todo me daba lo mismo, Ahora me puedo dar cuenta que aquel niño estaba enojado con el mundo, muchas veces ni siquiera quise seguir viviendo, hice el intento de quitarme la vida dos veces, primero a los quince y después a los dieciséis tomando un montón de pastillas que solo me hicieron botar espuma por la boca y que me dejaron durmiendo por varios días. Ahora puedo comprender un poco más del

por qué me adentré al mundo del hampa sin miramientos y dificultad alguna, y creo fue porque en realidad a esa altura del partido todo me importaba una reverenda goma.

Fueron momentos difíciles, mi vida “normal” me angustiaba mucho, solo las drogas y las malas juntas me hacían sentir diferente o por lo menos me hacían no sentir y de esta manera, hacer la cosa más llevadera.

En esa época todo para mí era muy complicado y además estaba muy solitario, mi vida era una verdadera guerra interminable, con todos y con todo.

En esos tiempos también ya existía en mi vida la señora Lidia, mi mamá adoptiva a quien también he mencionado antes, sin duda ella fue el único cable a tierra que influyó para enmendar el rumbo, ella y su esposo eran prácticamente las únicas personas que yo escuchaba y hacía caso, nadie más tenía influencia sobre mi persona, además de eso, ella me contuvo lo suficiente para poder regresar a una vida más digna.

Mi relación con mis hermanas y mi papá había cambiado en forma radical, el trato que tenían hacia a mí ya no era el mismo, cesaron los golpes desmesurados que mi papá me propinaba por impotencia a mi rebeldía, ahora todo era distinto, ellos sabían que aquel niño rebelde, irreverente, irrespetuoso o como quisieran llamarlo, ya no era el mismo, ahora se daban cuenta perfectamente que yo era una joven de armas tomar, decidido a cualquier cosa. Por lo tanto, guardaban cierto respeto y distancia conmigo, en realidad y porqué no decirlo, creo que no era respeto, más bien era miedo.

Para ese entonces, ellos ya me habían visto reaccionar muchas veces con diferentes personas y situaciones, me refiero a discusiones callejeras en la feria, donde muchas veces debo reconocer que se me pasó la mano.

Recuerdo claramente una frase que yo utilizaba en forma reiterada medio bromeando; “yo no peleo nunca, porque cuando uno pelea, tiene dos opciones, perder o ganar” y como no quería tener la opción de perder, mi actitud frente a cualquier mínimo amague de diferencias con otra persona, entonces yo sacaba mi arma y le rompía la cabeza a quien fuera, propinándole golpes con la cacha del arma hasta que veía correr sangre y a la persona

finalmente sometida. Lamentablemente debo reconocer que esto no es una exageración, aunque me gustaría que así lo fuera, estoy consciente que he dañado a muchas personas en estos cincuenta años de guerra y que eso no es nada gracioso, que también de víctima me transformé en victimario, y además, sé que no puedo cambiar nada de lo que pasó, pero el dolor que todo esto me provocó hace que hoy sea muy cuidadoso de lastimar a alguien más. Aunque sé que eso no pasará.

Recién había terminado el colegio, ¡finalmente! Ya estaba chato, me recuerdo que quería estudiar licenciatura en inglés, pero no me alcanzó el puntaje ni para llegar a la esquina de la Universidad. De las matemáticas no quería saber nada, más bien las odiaba. Ahora entiendo que esto pudo ser producto de que mi papá era muy bueno para estas ciencias, acompañado de la obsesión y orgullo que sentía él por mi hermano mayor que estaba estudiando Ingeniería Mecánica, y cualquier cosa que le gustara a mi papá, por “default”, a mí me desagradaba, eso pasaba en todo los ámbitos, por ejemplo, a él y a todos mis hermanos le gustaba la Unión Española y a mí el Colo, también él era Pinochetista y yo era un opositor acérrimo, en fin, así era todo y no se me ocurría ni quería hacer algo diferente sobre esto.

Sin embargo ese verano me pasó algo increíble, era un sábado por la mañana, yo estaba trabajando en la feria que estaba a dos cuadras de la casa donde vivíamos, mi papá me mandó a comprar una Coca-Cola de litro y medio, tiene que haber sido un día especial para que mi papá se desprendiera con una bebida, el viejo era demasiado tacaño, aunque siempre se negó a reconocerlo, más bien se defendía diciendo que él era un hombre metódico. Nosotros lo subíamos al columpio y le decíamos “gallina de yeso” porque nunca ponía, pero en fin, el hecho es que me fui a comprar rumbo al almacén por un pasaje llamado Nirvilo y más o menos, por la mitad de este, me doy cuenta que está ella. Lilian era su nombre, ella se encontraba barriendo la vereda de su casa. Cuando la vi me quedé deslumbrado en el instante, nunca había visto barrer la calle como ella lo hacía, y vaya que he visto gente barrer la calles, pero esta chica era muy agraciada y muy bonita por lo

demás, mientras me acercaba iba decidido a hablarle, pero la verdad es que en ese minuto no sabía qué decir, yo, siendo tan locuaz y chamullento, no sabía qué chucha decir, así que me armé de valor y me tiré a capela a la piscina.

Hola, le dije, y así empezamos la conversa. Empecé a hacer algunas preguntas típicas; ¿cómo te llamas?, ¿qué haces? ¿qué edad tienes? y blá, blá, blá, al final de la conversación creo que nos caímos simpáticos y acordamos una cita para otra fecha.

En el día de la cita, no se presentó a la hora indicada. Con los años me di cuenta que esto era algo muy normal en ella, para más cagarla, en esa época no habían celulares, ni WhatsApp, ni correo, con suerte había un teléfono fijo y era el del almacén de Don Nano, por lo tanto no había cómo comunicarse para saber qué le había pasado. Los más teclas podrán concordar conmigo que todo eso le daba más emoción al asunto del pololeo.

Esperé como santo gil más o menos una hora o talvez algo más, ya estaba pensando en la retirada cuando en ese instante, la veo venir de lejos, era de noche, solo veía una silueta, pero sabía que era ella por su particular forma de caminar, como si fuera modelo.

Cuando llegó, nos saludamos y nos fuimos a caminar por ahí cerca, estuvimos hablando sobre nuestras vidas para conocernos mejor, cuando comenzamos el retorno, los besos fueron inevitables y la tomada de mano con mayor razón.

Esa noche me quedé enganchado en forma inmediata, no era para menos, ella era una niña muy dócil, señorita, y muy hermosa, aunque demasiado impuntual hasta el día de hoy. Por mi lado, yo tenía que mostrar que era un caballero y un galán, y eso era una tremenda contradicción a lo que yo estaba experimentando en el otro mundo, por lo menos ese era el conflicto que sentía.

Redondeando la cosa, les puedo decir que comenzamos un pololeo muy intenso, yo le caía muy bien a su mamá que no se hacía dramas de que yo trabajara en la feria, aunque la gente del sector me discriminaba por el hecho de ser trabajador de feria, pero a ellas dos parecía no importarles y eso yo lo podía percibir muy bien.

El padre de Lilian trabajaba en una empresa como guardia permanente, es decir estaba prácticamente viviendo en su trabajo, cuando él se enteró que su hija estaba de polola, comenzó a

frecuentar la casa en forma más seguida. El primer día que lo conocí, estamos sentados en la grada de la puerta de su casa, ella cuando lo vio venir se fue hacia adentro de la casa en forma inmediata para avisarle a su mamá, creo yo, fue como que si hubiese visto al mismo diablo. Cuando el señor papá llegó a la puerta, me paré de inmediato para que pudiera ingresar sin dificultad a su casa y además para aprovechar de saludarlo, sin embargo, el caballero entró tieso, sin ni siquiera mirarme ni menos saludarme.

El resumen de este episodio fue que a él no le agradé para nada, argumentó a su esposa y a Lilian que yo era un feriano y que tenía cara de marihuanero. Aunque los comentarios del caballero me molestaron mucho, no dejé de pensar en mi interior que el hombre era un pitoniso, porque la verdad, no sé cómo chucha supo, si el viejo de mierda ni me miró a la cara como para decir “este weón tiene los ojos más rojos que un conejo”. Para el caso no importaba, la conclusión más relevante en esos momentos fue que le revolvió la cabeza a la mamá de Lilian y ambos padres en común acuerdo nos comenzaron a restringir los encuentros de pololos hasta el punto de llegar a cero después de tres de meses de intenso pololeo.

Pasaron tres días sin que nos fuera permitido vernos, a esa altura del partido yo estaba tremendamente desesperado y no me aguantaba más, la tercera noche, como era un weón con iniciativa, me fui a la esquina del pasaje donde estaba su casa, me comencé a dar vueltas como león enjaulado hasta que se me ocurrió una brillante idea, silbar muy fuerte, porque yo sabía muy bien que ella conocía mi particular silbido dado que yo siempre lo usaba cuando iba a buscar a mi amigo el Leo algunas veces acompañado de ella. Aprovecho de contarles que este particular silbido, tuvo gran trascendencia a través de los años, mis cuatro hijos también lo distinguían perfecto, de esta manera, cuando se nos perdían de mi vista en lugares con mucha gente, yo me ponía a silbar lo más fuerte que podía y ellos llegaban al lugar donde yo estaba, solo por el sonido ¿está buena, o no?

Regresando al momento aquel, ella escuchó el sonido del silbido y procedió a asomarse por la ventana que daba hacia la calle, pudo ver que yo estaba en la esquina del pasaje, entonces me

hizo una seña con la mano derecha, como diciéndome: “espérate un poquito”, al rato salió dándole a su mamá el argumento que iba a comprar algo, no sé qué, al almacén de la vuelta.

Cuando nos encontramos, nos abrazamos y lagrimeamos juntos un poco, era un momento difícil, me acuerdo que estaba levemente lloviendo, yo le dije “vamos juntos de aquí” ¿cómo?, preguntó ella, si, le dije, vámonos a vivir juntos para ser una familia.

Lo único que más recuerdo de ese momento fue una pregunta que ella me hizo “¿me vas a cuidar para toda la vida?”. Yo le respondí con total seguridad, ¡te prometo que así será!, entonces, los dados ya estaban lanzados, partimos los dos pendejos de casi dieciocho años a formar una nueva vida, una vida sin retorno, con una mano adelante y la otra atrás.

El primer destino, fue la casa de mi amigo Nahid que se había casado hace muy poco, la pareja vivía sola con una bebita de seis meses que se llamaba Dafne, fuimos bien acogidos en un principio, pero no era para mucho más de los tres o cuatro meses que vivimos con ellos.

Yo seguía trabajando todos los días en la feria para obtener algo de dinero, y también hacia alguno que otro trabajo no digno para tener algo más de plata, claro que me había alejado casi en su totalidad de mis amigos de La Victoria ya que estaba dedicado por entero a mi nueva vida familiar. El comienzo fue duro, las primeras noches dormíamos literalmente en el suelo, así que lo primero que hice fue comprar una colchoneta para dormir más cómodos,. Ya habían comenzado los fríos y la casa era húmeda, pero ahí nos manteníamos haciendo patria.

A los días del gran escape, el papá de Lilian, Raúl en adelante, me fue a exigir a la feria que le trajera de regreso a su hija, me amenazó y me dijo que tenía un montón de familiares que vendrían a buscarme por lo mismo. La verdad es que no quise ser grosero con él, pero fui firme y le respondí que se olvidará de eso, que ella se iba a quedar conmigo, y que cuando cumpliéramos veintiún años nos casaríamos sin necesidad del consentimiento de ninguna persona, no sé si fui convincente pero el señor no regresó más a la carga.

A los tres meses de estar viviendo fuera de nuestras casas, recibimos la gran noticia de que venía en camino nuestro primer hijo, cómo poder olvidar esa sensación muy especial que se

apoderó de mis sentimientos, distinta a cualquier otra cosa que hubiese vivido anteriormente. Tomé entera conciencia que sería papá, que traeríamos a la vida a un pequeño ser y obvio que eso tenía un tremendo significado para mí y también para Lilian.

En esos tiempos, pasaron cosas muy raras en la casa donde vivíamos y también en el entorno donde nos encontrábamos, yo hoy las identifico como “cosas paranormales” o sea, en realidad y para ser más específicos, nos comenzaron a penar en forma grosera y con esto no exagero. No quiero entrar en los detalles sobre lo que pasó en aquellos días, pero fue muy heavy. A través de los años esto lo defino como cosas que realmente existen y que están relacionadas con las energías que ya les he mencionado anteriormente, pero de que fueron peludas, las fueron, y reconozco que me re cagué de miedo con estas experiencias.

Lo más grave y real fue que Lilian se enfermó de una infección urinaria que la llevó a ser hospitalizada con una Pielonefritis aguda. Cuando la llevé al hospital, me sentía muy acongojado y muy solo por lo demás, el médico me dijo que el bebé corría mucho peligro, así que después que la dejé internada, se me ocurrió la grandiosa idea de ir a la iglesia de san francisco para pedirle ayuda a un cura. Primero, les aclaro que todo esto lo escribo en minúscula porque ni siquiera para mí eso se merece, y segundo, ¿cómo mierda se me ocurrió ir a hablar con un cura?, ahora no sé por qué les dicen curas, si estoy convencido que son la misma enfermedad. El asunto es que este tipo escuchó con real atención mi drama, le conté todo por lo que estaba pasando relacionado con Lilian, nuestra huida y los dramas con la familia, y una vez terminado mi relato en medio de lagrimones, el tipo se puso a gritarme como orate y a retarme por lo que había hecho, no recuerdo las palabras exactas que usó pero, sin duda, me puse más mal de lo que estaba, por lo tanto, tuve que retirarme de inmediato del sagrado lugar, no sin antes por supuesto, entregarle al pastor de las ovejas el tremendo rosario que ya para ese instante le había reservado, que no excluyó ni a su abuelita materna ni paterna. El tipo a lo único que atinó fue hacerse el reverendo weón delante de la gente que andaba por ahí, se dio la media vuelta y volvió a su santo trabajo como si nada, yo salí del lugar y nunca más



entré a una iglesia por mi voluntad, a menos que fuera por un casorio, un funeral o una visita histórica como turista en otro país, aparte de eso, pare de contar.

Un día, después de ir a ver a Lilian al hospital, me fui a la casa donde estábamos viviendo, había un ambiente enrarecido, se notaba que habían peleado los tortolitos y me dijeron que ellos necesitaban su espacio para solucionar sus problemas, así que, como podrán imaginar, más cagado me quedé.

Yo no les mostré drama, así que les dije que no se preocuparan y que ya no volveríamos, solamente dejaría algunas cosas que vendría a buscar en los próximos días.

O sea todo estaba mal, todo cuesta arriba, nos habíamos arrancado de la casa dejando las dos familias enojadas. Lilián estaba hospitalizada, estábamos esperando un bebé y no teníamos donde vivir. En conclusión, todo marchaba sobre ruedas, pero cuadradas.

Yo me sentía en la lona, medio knock out, pero sabía que tenía que pararme, que no me podía quedar en el suelo, y así no más lo hice, me levanté con más fuerza para doblegar la situación. Esto también es importante mencionarlo, porque es una cualidad y debilidad que me han ayudado a través de los años a evolucionar, “saber que tengo el derecho a caer, pero que no me es permitido quedarme en el suelo”, esta frase ha sido muy importante durante todo mi trayecto de vida.

Parece una contradicción decir que es una cualidad y debilidad al mismo tiempo, pero a través de los años lo he podido entender y ver de esta forma. Cuando digo que es una debilidad, en realidad estoy diciendo que he necesitado llegar a la lona para hacer lo que debía haber hecho sin tener que sufrir. Es cierto que mi “Voluntad” me ha dado grandes satisfacciones, pero muchas de esas satisfacciones fueron a costa de grandes dolores en mi corazón, por eso también digo que siendo una cualidad o una debilidad, de todas maneras me ha hecho crecer.

Volviendo al relato, después de visitar la casa donde ya no viviríamos más cuando Lilian saliera del hospital, regresé a la casa de mi papá, que por cierto era muy cerca a la casa de los papás de Lilián. Una vez arribado, dejé algunas cosas y salí a buscar algo como un arriendo, comencé a preguntar en almacenes y personas que veía en la calle si sabían sobre algún “dato”.

Al final del día encontré un lugar que era perfecto para arrendar, era una casa que se ubicaba prácticamente a medio camino entre la casa de mi papá y la casa de los papás de Lilian, en realidad eran dos piezas unidas entre sí, pero era la casa donde vivía un señor mayor que moraba solitario en otra habitación. Él era de apariencia simpática y acordamos de inmediato un trato, lo que me dio una tremenda tranquilidad. Por otro lado yo contaba con algunos ahorros suficientes para pagar el arriendo y el mes de garantía y también contaba con algo más que me permitiría alhajar la casa, obvio que no serían cosas ostentosas, necesitábamos una cama decente, una cuna, una cocina de dos quemadores, pero con horno, una mesa pequeña con dos sillas y hasta un living y una pequeña biblioteca de mimbre.

A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y me fui a comprar todo lo que ya estaba en mi cabeza y que además quería que fuera con despacho inmediato, o sea para ese mismo día en la tarde. Y así no más ocurrió, cuando me desocupé de la compra, me fui al hospital y no encontré a Lilian, la habían dado de alta en la mañana y yo no tenía idea, tampoco sabía dónde ella estaba. No recuerdo qué conclusiones saqué o qué se me pasó por la mente en ese momento, pero a lo único que atiné fue volver a la población e irme directo a la casa de sus padres. Como podrán imaginar la situación era súper difícil, después del “gran escape” o más bien “el gran cagazo”, ¿y si ella no estaba ahí?, ¿qué mierda diría?, se me pasaron miles de pensamientos por la cabeza, pero no tenía otra cosa que enfrentar la situación y me fui directo a la casa.

Golpeo la puerta y aparece su mamá, ella me preguntó amablemente que necesitaba, yo le respondí que quería hablar con Lilián, como mostrándole que yo ya sabía que ella estaba ahí (pero no era cierto). La señora Marta, así se llama su madre, me hizo pasar y me llevó al dormitorio donde estaba Lilian haciendo su convalecencia, nos dejó solos para que pudiéramos conversar, le dije que estaba súper preocupado por no saber de ella y ella me dijo que me esperaba temprano en el hospital y como le habían dado el alta, se tuvo que venir a la casa porque no quería volver al otro lugar y tampoco tenía otra parte donde ir.

Ahora se me ocurre que ella pensó en esos momentos que yo la había abandonado, pero que después de haberle contado lo

de mi amigo Nahid y lo que había conseguido, ella se puso muy alegre, quería verlo en ese instante, pero no era conveniente que se levantara, aun cuando solo fuera a dos cuadras de distancia.

Después de ese episodio yo me fui directo a la “casa nueva”, o más bien dicho, las nuevas piezas, para recibir las cosas que había comprado y me quedé ordenando y armando todo para que estuviera bonito para cuando ella llegara.

Al otro día, muy temprano me fui derecho a visitar a Lilian. Aunque su salud estaba mejor, las caras no eran las mismas a las del día anterior, ni de la mamá ni la de la propia Lilian, mi personalidad inquisitiva apareció en escena para saber de inmediato qué era lo que estaba pasando. El asunto estaba relacionado con el famoso Raúl, como no haberlo imaginado. El caballero, quien había estado la noche anterior en la casa, había decidido arbitrariamente que Lilian se quedara a vivir en su casa, que tuviera el bebé sin ningún problema, y que además sería registrado como su hijo y no como hijo de Lilian.

Imagínense como me puse en ese momento, en aquella época no contaba con ningún tipo de filtro, así que dije tajantemente que no, que eso nunca iba a suceder mientras yo viviera. Dicho esto le pedí a Lilian que se levantara de la cama y con lo puesto me la llevé de un ala a nuestro nuevo hogar, y así no más fue la cosa, ese mismo día estrenamos “la casa nueva”, como dice Tito Fernández.

Nuestro hogar era chiquito, pero muy acogedor, yo seguía trabajando con mi papá y con un “capital” de dinero que tenía guardado, me instalé a vender ropa de bebé en la feria. Una señora amiga de la feria, me arrendaba un lugar a cambio que yo le trasladara el carretón de su mercadería para las diferentes ferias en las que ella trabajaba.

De esta manera me tenía que levantar muy temprano para hacer lo de mi papá y luego de eso, me movilizaba en bicicleta para trasladar el carretón de la señora Carmen y finalmente poner mi ropa de bebé en exhibición para la venta.

La verdad es que no tuve éxito en el negocio y la plata comenzó a faltar para las obligaciones que había asumido en esta nueva etapa, es decir; comida, medicina, arriendo, luz, agua y todo lo demás que ustedes ya saben.

También su guatita ya estaba muy crecida y pronto llegaría nuestra primera hija, a esa altura ya sabíamos que sería niña y

que se llamaría Pía Stephanie, debo aclarar que no tuve ninguna participación en la elección del nombre, lo digo por si existiese algún tipo de reclamo, ya saben que yo por lo menos en esto no soy responsable.

El hecho que necesitaba plata urgente, créanme que le hice empeño y salí a buscar trabajo a diferentes lugares de manera infructuosa, recuerdo que me conseguí un traje con mi amigo Leo, pero más que ejecutivo bancario, parecía cantante de salsa Cubana, en realidad, no tenía ningún tipo de estudio y tampoco experiencia laboral, y de esta forma se hacía muy difícil que alguien se interesara en darme pega, por lo tanto, pensé que la mejor solución era volver a las antiguas andanzas, dado que durante los últimos meses, me había mantenido en franca retirada.

“Robar” fue lo que me solucionó los problemas económicos inmediatos, pero ahora era mucho más cuidadoso, no andaba ventilándome con mis socios, solamente nos juntábamos para planear algo, íbamos, la hacíamos y nos separábamos cada uno con su plata y para sus respectivas casas.

A Lilian le tenía que mentir, no quería que ella supiera cómo conseguía el dinero, le contaba un cuento diciéndole que trabajaba en mis tiempos libres como guardaespaldas de un tipo que me pagaba muy bien, y por su parte ella no hacía más preguntas.

Quiero destacar algo, y que tiene que ver con la honestidad y la consideración, aparte de robar que ya era deshonesto, también lo era con Lilian, por el solo hecho de querer ser considerado con ella, al mismo tiempo no era honesto. Con los años me convencí total y absolutamente que con la persona que más he sido deshonesto y desconsiderado, ha sido conmigo mismo.

Un mes antes que naciera nuestro bebé, nos casamos por el civil con la firma de mi papá y del papá de Lilian, dado que éramos menores de edad para celebrar un matrimonio con la ley vigente en esos años. Es muy gracioso mirar hoy en día las fotos del casamiento en el civil, todos tenían una cara de culo impresionante, hasta los testigos tenían marcado el calzón en la frente, los únicos que sonreíamos eran Lilian y yo.

Llegó el día del nacimiento de nuestra palomita, así le decíamos, era nuestra alegría más grande, pesó tres kilos ochocientos y

midió cuarenta y ocho centímetros, además tenía unos ojos grandotes y una hermosa carita, recuerdo que ella tenía solo algunos meses y sonreía cuando le sacaban fotos. Cuando estaba un poquito más grande y por mucho tiempo fue mi compañera de salidas, iba a todos lados conmigo, en especial al fútbol, ella era mi verdadero gancho y yo era el “papito mío” como me decía.

El “Negocio Sucio” comenzó a entregar mejores dividendos, comencé por comprarme una motocicleta marca Yamaha en duro de cincuenta centímetros cúbicos, después fue una citrola, y a continuación una moto más grande, la Yamaha DT600, también enduro, era tremendo pedazo de máquina que luego cambié por un Fiat 600 que en esos tiempos eran recontra taquilleros.

También nos mudamos de casa, nos fuimos a arrendar una casa entera para nosotros, no era muy lejos de donde estábamos viviendo, las razones fueron, primero porque queríamos tener una casa más grande y segundo porque el viejo de mierda que nos arrendaba nos hacía la vida imposible, ¡con razón estaba más botado que un pucho de cigarro!

Invertimos en renovar nuestros pequeños muebles, yo seguía en la feria ayudando a mi papá y recibiendo algunos morlacos por ese trabajo, pero mis ingresos principales no venían de buena procedencia. Todo caminaba muy tranquilo, hasta que las cosas se empezaron a complicar. Por ese tiempo, mataron a dos de mis amigos en un robo que realizaron, otros dos cayeron presos infraganti en un delito, otros no sé qué pasó, pero al final parecíamos quedar en la calle el Polo y yo, para mí él era el que más importaba ya que fue siempre mi compañero de fechorías.

Un buen día, veníamos en una micro por la avenida la Feria, como siempre lo hacíamos, veníamos los dos cargados con nuestras respectivas armas, a él le tocó bajarse primero, lo hizo en una calle frente a la población La Victoria y nos despedidos diciendo que al día siguiente nos encontrábamos de nuevo, yo continúe viaje para bajarme frente a la población Villa Sur donde se encontraba nuestra nueva casa.

Al otro día no hubo encuentro, el Polo, el día anterior cuando se bajó de la micro y mientras caminaba a su casa se topó de narices con la policía y lamentablemente no tuvo espacio para

reaccionar y librarse de la situación. Así que le hicieron control de identidad por sospecha y al constatar que andaba armado, se lo llevaron detenido por porte ilegal de arma, Lamentablemente por el hecho de andar armado, el caso lo tomó la fiscalía militar, dado que nos encontrábamos en plena dictadura y la posesión ilegal de un arma era un delito no menor.

De vuelta, "Acá no termina la Historia", El Polo se cambió el nombre, puso el de su hermano que estaba limpio, pero no le creyeron nada, y por el exclusivo hecho de andar con un arma, lo pasaron a diferentes ruedas de reconocimiento.

Las ruedas de reconocimiento son hechas para que las personas que han sido víctimas de algún delito puedan identificar a sus victimarios mirando a través de un cristal a diferentes sospechosos para ver si pueden reconocer a su agresor, por supuesto sin que ellos los puedan ver. El resultado fue que tres personas, o sea tres diferentes víctimas de un delito, identificaban al Polo como una de las personas que les había robado a mano armada.

Yo todavía no conocía todos estos detalles, pero sí sabía que el Polo estaba preso. Lo que no sabía era dónde y tampoco si es que tenía visitas o no, estaba total y absolutamente desinformado de todo lo que estaba pasando, sin embargo algo en mi interior intuía que las cosas no andaba bien y ese análisis me involucraba en forma directa, el hecho es que no me sentía tranquilo y estaba muy preocupado por todo lo que estaba pasando.

No sé si al segundo o tercer día de la caída del Polo, llegó a mi casa un tipo que ambos conocíamos, me traía un papel doblado en cuatro partes, era una nota muy breve, que decía textual; ¡Compadre tiene que desaparecer, me están cargando con tres asaltos y me voy a tener que "achavar" por lo menos con uno o si no me van condenar por los tres!

El mensaje provenía del Polo y lo entendí claramente, si él negaba los tres asaltos, no le creerían y lo condenarían por los tres delitos, es decir, tendría que hacer un total de veinticuatro años en la cárcel, pero si el reconocía tan solo uno y negaba los otros dos, la justicia lo condenarían por ocho años, obvio que tenía mucha lógica lo que él quería hacer, el problema era que en los tres delitos el Polo tenía un compañero, y ese era yo, entonces, si reconocía uno de los delitos, no podía dejar de identificar quién había sido su compañero de aquel robo. O sea, en otras palabras, me encontraba con la mierda hasta

el cuello, en ese instante se me vino el mundo encima junto a otros planetas al mismo tiempo, otra vez me encontraba tirado en la lona.

Solo atiné a quedarme encerrado en mi casa y me mantuve algunos días oculto, lo único que hacía era tomar caldo de cabeza y pensar en cómo mierda había llegado a todo esto, reconocía que yo no era así, que no pertenecía a este tipo de vida, pero todo este pobre análisis era demasiado tarde. “El Choro Carlos” literalmente estaba recontra cagado y totalmente arrepentido, estaba muy deprimido y asustado con todo esto, era demasiado para mí, imagínense que tan solo bastaba que sintiera pasar un vehículo fuera de la casa y me cagaba hasta los zapatos, fueron los momentos más complicados que me había tocado vivir a mis ya casi veinte años de edad.

No sé si pasaron cuatro o cinco días, que para mí fueron eternos, cuando de repente una mañana tocan a la puerta de la casa, Lilian atiende ya que yo ni me atrevía a salir del dormitorio. La visita era un amigo de La Victoria que quería hablar conmigo.

Este compadre me comentó que había podido hablar con el Polo en persona, y me mandó a decir que el peligro ya había pasado, que lo iban a condenar por solo un delito y que como compañero de fechoría mencionó al flaco Pablo que lo habían matado por la espalda hace unas escasas semanas en la población Pablo de Roca.

Ustedes, queridos lectores, nunca podrán imaginar cómo me sentí con esa tremenda noticia, increíble, ahora tenía la posibilidad nuevamente de cambiar el rumbo de mi vida de una vez por todas y lo tenía totalmente decidido si lograba librarme de esto. Quiero recordarles que en páginas anteriores definí al Polo como “mi gran amigo”, ¿La razón? Hela aquí.

## Cambio de Rumbo

Este fue el quiebre total, definitivamente sería una salida sin retorno, no quería mirar atrás ni menos volver nunca más a este camino que por alguna razón y en alguna parte de mi ser, sabía que no me pertenecía y que yo no era para esta clase de vida.

No esperé nada más, después de la tremenda noticia que recibí y luego de unos buenos baños para matar los olores que me provocaron el miedo, decidí actuar de inmediato.

No puedo dejar de recordar que miré a mi palomita, como yo le decía a mi hijita Pía, y en forma determinante y categórica me dirigí a ella aunque sabía que no me entendiera ni jota, y le prometí que cuando ella tuviera conciencia, se sentiría orgullosa del padre que le había tocado, ¿qué hacer para lograrlo?, sabía muy bien lo que tenía que hacer, ¡Estudiar! y ser un profesional para tener un trabajo digno, no había otro camino, por lo menos en mi mente.

Como anécdota y para cerrar los que les acabo de escribir, el año dos mil ocho, Pía con veintitrés años de edad se encontraba trabajando conmigo en Antofagasta y un día cuando habíamos llegado del trabajo, nos pusimos a conversar de la pega y de la gente que trabajaba con nosotros y en un momento, no sé por qué, se emocionó y me dijo con lagrimitas en sus grandes ojos “Papito, me siento orgullosa de ser tu hija”, o sea, se cumplió mi promesa.

Continuando con la historia, también ese día hablé con Lilian, le dije toda la verdad y también le conté mis planes de estudiar. Ella dijo que me esperaría hasta que yo terminara, para eso, teníamos que desarticular todo lo que habíamos armado, es decir, ella debía volver a la casa de sus padres con nuestra hija. Por mi parte tenía que volver a la casa de mi papá para poder tener la facilidad de estudiar algo, aunque en ese momento no sabía qué.

La primera etapa no fue nada de fácil, a los papás de Lilián no les pudimos contar la historia completa, a la mamá le hubiese



dado un soponcio ahí mismo, solo les manifesté que me estaba yendo mal en los negocios y que debía estudiar para tener otras oportunidades (quise ser considerado), se me ocurre que en esos momentos ellos debieron pensar que esto se trataba de un mero abandono, aunque no puedo negar que si hubiese estado en su lugar, yo hubiese pensado exactamente lo mismo y con escándalo incluido.

A hablar con mi papá fui solo, este era el hueso más duro de roer, a él le tuve que contar todo la verdad para que dimensionara la tremenda desesperación que yo estaba experimentando (acá quise ser honesto), además el viejo no era ningún pelotudo, todavía me recuerdo la cara que puso, sabía que él sospechaba de que yo andaba en malos pasos, pero, de ahí a que se lo certificaran de primera fuente, era muy distinta la cosa, él siempre decía, “Otra cosa es con guitarra”.

Su reacción me dejó literalmente perplejo, pensé en recibir las putiadas más sublimes que pudieran existir, pero no, no fue así, al contrario de lo esperado el hombre bajó su cabeza y se puso a llorar desconsoladamente como niño chico, nunca lo había visto tan triste al pobre ser humano, créanme que eso realmente me partió el alma pese a lo mal que nos llevábamos, sentía una culpa del porte de un edificio.

Obviamente como todo weón mortal, después que pasas a la categoría de ser padre, cualquier cosa que tenga relación con tus hijos te afecta de sobre manera, entonces ahí es donde decimos; ¡chucha, ahora entiendo a mi viejo!, y eso no tiene gracia, pero así es la vida, uno aprende en el camino, cada cosa en la vida es una enseñanza, de la cuna a la tumba es una escuela, nadie te enseña, aunque en el momento no nos damos ni cuenta que estamos aprendiendo.

Ok, ya estaba todo arreglado, incluso mi papá me recibió con mi familia incluida, así que no fue necesario seguir insistiendo en la casa de los padres de Lilián.

Devolví la casa arrendada, regalé prácticamente todo lo que había comprado con plata de mala procedencia, es decir eliminé casi todo, solamente nos quedamos con una cama de plaza y media, la cuna, un velador y una cómoda, también me quedaba el Fiat 600 y como cien mil pesos en efectivo.

A mi papá lamentablemente la tristeza le duró bien poco, al par de días se fue derecho a mi yugular y me dijo en otro "tonito" que buscara algo que estudiar y que debía trabajar en su negocio tiempo completo, que además le entregará el auto, argumentándome que un weón cagado como yo no tenía cómo mantener un vehículo y que también le pasara toda la plata para invertirla en su negocio y que mes a mes me daría el dinero de la mensualidad para lo que yo eligiera estudiar.

Cabe destacar que esa plata solo alcanzaba para un año de estudio y sabía que esto sería otro gran problemón, sobre todo, conociendo lo tacaño que era mi papá, o más bien dicho lo "metódico" que era, como el mismo se autodenominaba en temas financieros.

Mi hermano mayor vino de vacaciones a Santiago, recuerden que él estudiaba en Arica su flamante carrera de Ingeniería Mecánica (esto último suena como envidia, y algo de eso es verdad), no recuerdo si él ya se encontraba en tercero o cuarto de su carrera, y a pesar de que no teníamos buenas relaciones, le pedí que me asesorará en decidir qué cosa podía estudiar.

Fui a Inacap de la sede Ñuñoa, traje varios folletos y las mallas curriculares de cada carrera, él las revisó y eligió; "Técnico Mecánico Industrial" con mención en Máquinas y Herramientas, eso para mí era el tremendo título, que por lo demás, ni siquiera sabía de qué se trataba y que abarcaba tan distinguida carrera, pero el iluminatis de mi hermano miró la malla de las materias involucradas para los cuatro semestres y empezó a decir en voz alta y con cierta soltura de cuerpo tipo canchero; fácil, fácil, fácil, fácil, ...fácil, eso quería decir que para él todas las materias eran chancaca molida, y que además, la carrera tenía mucha relación con lo que él estaba estudiando. Eso me entusiasmo más, entonces recuerdo que le pregunté. ¿Si estudio esto, puedo llegar a ser ayudante de ingeniero? , él respondió, ¡demás que sí!, pero como yo quería las sandías caladas, entonces, a reglón seguido le hice la otra pregunta un poquito más directa ¿y tú me darías trabajo cuando yo me titule? El volvió a responder lo mismo, "demás que sí", como si fueran las únicas palabras que conociera, "fácil" y "de más que sí".

Pero bueno, por alguna parte tenía que comenzar, así que me fui a matricular a lo que mi hermano me había recomendado

sin pensarla mucho pero con absoluta convicción, voluntad y un tremendo espíritu de superación.

Llegué a la casa para contarle a mi papá sobre lo que había hecho, él parecía estar conforme con la carrera aunque a mí eso mucho no me preocupaba, solo había un pequeño problema (como siempre) mi papá me dijo: ¡La plata que tení, solo te alcanza para dos semestre, es decir, un año de estudio!, entonces mi pregunta es: ¿cómo vay a pagar el segundo año? La verdad que para mí era una pregunta esperada, ya sabía que me saldría con esa, por eso me había preparado como un par de respuestas como principales opciones.

Mire papá, le dije con un tono convincente, usted ni se preocupe por eso, tengo dos opciones muy buenas, la primera, es que hay becas deportivas y voy a postular a la selección de fútbol y la segunda opción, es que existe la beca "Presidente de la República" la de su General po' y como voy a estudiar hartito también voy a postular a esa. El viejo pensó poco y habló rápido, "Mira weón" me dijo, "vo', pa' la pelota soy más malo que la caca y para los estudios soy más flojo que un ojo de vidrio", y más encima esa beca se la dan a weones capos y universitarios, así que búscate otra forma de convencerme antes que me ponga nervioso con todo esto, yo no puedo pagarte una carrera estando tu hermano estudiando en Arica (faltó poco para que me dijera "tu hermanito").

En mi mente y con mi convicción sabía que él estaba equivocado, él nunca me vio jugar fútbol, yo era arquero y jugaba bastante bien, además era muy solicitado por diferentes clubes de barrio. Por el lado de los estudios, él nunca me vio estudiar, en realidad en este punto tenía razón, nunca estudiaba por eso nunca me vio, pero por otro lado, él no conocía el tremendo potencial que yo tenía dentro mi ser, ni siquiera yo lo sabía, por lo menos esa era mi convicción y ese el motor que me movía en ese instante.

Ahora solo había que echarle para adelante. Lamentablemente tuve que hacer la última truculencia antes de comenzar mi nueva vida, hablé con un amigo que se dedicaba al robo de bicicletas y le encargué una pistera que me costó cinco mil pesos, al día siguiente apareció con la bici, así que la compré de

inmediato, necesitaba un medio movilización desde la casa al instituto que además estaba bastante alejado, el viaje en bicicleta duraba cincuenta minutos cada tramo, es decir cincuenta de ida y cincuenta de vuelta...

Comencé las clases trabajando con mi papá y asistiendo al Instituto todas los días, los horarios eran desde las siete de la tarde hasta las once y media de la noche, a esto, se le sumaban los tiempos de traslado y el pedaleo, el ritmo me dejaba muy cansado, sin embargo, mi voluntad era mucho más fuerte que todo eso y más.

Me sentaba de los primeros en la sala de clases, no decía ni pío mientras los profesores hablaban, me preocupaba de prestar atención y escribir mis apuntes, o sea "cero weveo". También recuerdo que camino a las salas de clases teníamos que, obligadamente, pasar por los talleres de máquinas y herramientas. Es ahí, en esa época, donde conocí solo desde la puerta del taller, los tornos y las fresas, y solo con eso vine a comprender lo que había sido mi papá en su vida laboral. O sea "mecánico fresador" ¿lo recuerdan?

También me probé en la selección de fútbol y me dejaron en el equipo, de esta manera estaba bien por ambos lados, me encontraba listo para postular a la beca deportiva y por el lado de las notas la estaba rompiendo, me sacaba puros sietes, claro que me descrestaba estudiando todos los fines de semana y poniendo atención a todo los que lo educadores decían.

La primera opción de una beca se me desplomó cuando al tercer partido de competencia inter sedes de Inacap, le pegué un combo al árbitro por un cobro parcial según mi criterio, obviamente quedé expulsado en forma automática del equipo y por muy poco del Instituto, creo que las buenas notas y el buen comportamiento en clases me salvaron de ese desastroso desenlace. Por razones obvias, esto no se lo conté a mi papá, sabía muy bien las consecuencias que esto me traería con él.

Ahora, lo único que me quedaba era puro estudiar, así que más empeño le puse, terminé el primer año, es decir los dos primeros semestres con las mejores notas del curso, ni yo me la creía, promedio siete en matemáticas I y matemáticas II. Eso para mí fue increíble, con el odio que sentía por esta ciencia, pero llegó el momento de hacer la postulación a la beca y me tiré a la piscina.

Le pedí a mi papá que me ayude a conseguir una práctica de verano en la industria metalúrgica donde él había trabajado y que además coincidentemente quedaba a escasas tres calles de donde yo estudiaba.

Debo reconocer que el hombre se movió hartó, con el tiempo supe que a todos los jefes les dejó las bolas hinchadas de tanto molestar, hasta que consiguió que me aceptaran para realizar dos meses de práctica.

Estimados lectores, “quiero compartir con ustedes, la buena noticia que, en enero de mil novecientos ochenta y siete, y a la edad de veintiún años, finalmente dejé de trabajar en las ferias libres”, este era mi primer gran logro obtenido de esta nueva etapa en mi vida y de esta manera terminaban nueve años de esclavitud y también de un duro pero tremendo y valioso aprendizaje.

De ahí en adelante, en lo laboral todo fluyó muy rápido y definitivamente mi vida tomó otro rumbo, exactamente aquel que yo me había trazado. Esto era en definitiva el resultado de la conquista de mi Voluntad”, una extraña pero excelente metamorfosis que estaba experimentando.

Al final fueron más de dos meses en la empresa, y después de eso me hicieron un contrato indefinido. Recuerdo que le ponía mucho empeño a mi laburo, entraba a las siete de la mañana y salía a las tres de la tarde. Por lo tanto tenía que salir a las seis de la mañana desde la casa en bicicleta y de regreso lo hacía cerca de las cuatro de la tarde

En marzo comenzaría mi tercer semestre de la carrera, pensé que habría dramas por los horarios, pero por el contrario, en la empresa me apoyaron casi en forma inmediata. Como habían tres turnos de trabajo durante el día, y yo no podía realizar el turno de la tarde por mis clases, entonces me propusieron realizar en un mes un turno en la mañana, y los dos meses siguientes trabajar en turno de noche, es decir, no realizaba el turno de la tarde para poder asistir a clases sin problemas, además y como les había dicho anteriormente, la sede se encontraba muy cerca de la empresa donde entonces yo estaba trabajando.

En abril de ese año, más o menos a mediados del mes y con turno de noche en el trabajo, llegué a la casa montado siempre en mi fiel compañera la “cogote de yegua”, como yo le decía a mi bicicleta. Mi papá estaba cargando la mercadería para irse a la feria, Lilian se levantaba temprano junto con la Pía que a esas alturas del partido ya se había ganado el corazón de mi papá, transformándose en la regalona absoluta del viejo, era muy extraño verlo baboso por un niño, una faceta que nadie se hubiera imaginado conociéndolo como era. Por cierto, esto es algo que nunca dejaré de agradecerle a mi taita, sin importar cuantos problemas tuvimos los dos, a Lilian la quería mucho y a Pía demasiado.

El hecho es que a mi llegada por la mañana yo me iba derecho al sobre, muy cansado, no tanto del trabajo en sí, más bien de la mezcla entre el trabajo, las trasnochadas, las clases y la pedaleadas ida y vuelta que me mandaba de lunes a sábado.

Aquel día, no recuerdo cuál fue exactamente, me acosté y me entregué a los brazos de Morfeo en forma inmediata, ya estaba quedándome profundamente dormido cuando de repente fui abruptamente interrumpido por mi señor padre, quien dirigiéndose a mí con un tono fuerte y golpeado, y por qué no decirlo, me pegó el tremendo grito didiendo, ¡Oye weón, te llegó un sobre raro por correo!, en ese instante, yo casi inconsciente le respondí medio balbuceado ¡Después lo veo!, mi papá volvió a la carga con artillería más pesada ¡Oye po’ weón, revisa eso, el sobre tiene un timbre de la república, posiblemente todavía te anden buscando! Podrán imaginar en ese instante que Morfeo, cansancio, sueño o cualquier otro efecto físico relacionado desapareció como arte de magia, quiero decir que me paré de la cama más rápido que corriendo y mi papá que se encontraba parado en la puerta de mi habitación me tiró el sobre arriba de la cama para que yo lo pudiera leer.

Lo abrí con tal ansiedad, cual niño abre un regalo del viejo Pascuero, pero con un sentimiento totalmente inverso, en otras palabras, me encontraba cagado de miedo.

Una vez abierto el sobre, saqué una carta entre medio de una tarjetas que dejé para el último, la carta era nada más y nada menos que del mismo General Augusto Pinochet Ugarte, me había ganado la beca Presidente de la República, era como un

sueño, no lo podía, creer. Me puse a leer la carta, esta decía: estimado Carlos por sus buenas notas e intachable conducta en sus estudios, le conferimos a usted la Beca Presidente de la República y otras cosas más que entre lagrimones podía leer, además, hacia una invitación a tres de mis familiares para asistir a la ceremonia de entrega de tal distinción. Mientras yo leía esto lo hacía en silencio y mi cabeza gacha para que no vieran mis lágrimas, mi papá se mantenía impaciente y se daba más vueltas que león enjaulado, hasta que no aguantó más y sacó el habla diciéndome; ¡Ya po', dime lo que dice porque es tarde y me tengo que ir a trabajar, no tengo todo el tiempo del mundo, porque ustedes creen que yo, bla-bla-bla! Como siempre fueron sus discursos lateros, el asunto es que yo le dije, ¿sabe qué?, ¡mejor léala usted!, le pasé la carta y se detuvo en la puerta, yo me devolví a sentar a la cama, esta vez mirándolo atentamente. Él comenzó a realizar su propia lectura y fui notando como poco a poco se le fue desfigurando el rostro, empezó a hacer pequeños y leves pucheros, trataba de dar un paso para adelante luego se devolvía con otro, no me miraba, pero se notaba que estaba emocionado, hasta que finalmente lo acorralé y le dije, ¡ya papá, dígame algo!

Mi viejo en ese preciso instante se quebró, no pudo contra su orgullo, su silencio y su figura de hombre poco expresivo, tartamudeó algunas silabas, yo lo seguía atentamente con la mirada, pero el silencio no se sostenía ni un solo segundo más. Él finalmente expresó muy emocionado: "Qué más puedo decir, me siento orgulloso que mi hijo haya logrado esto". Me paré de la cama, me acerqué donde él estaba y nos dimos un tremendo abrazo con tal sentimiento que única y absolutamente la carne de la propia carne podían lograr, y como por arte de magia, este abrazo cerró todas las heridas abiertas que existían entre nosotros.

De ahí en adelante todo fue diferente con mi papá, creo que nos devolvimos el respeto mutuo, nos perdonados de todo lo mal que nos habíamos hecho, él como papá y yo como hijo. En definitiva para mí este fue un hecho trascendental que con el tiempo puede entender con mayor plenitud sobre la tremenda importancia de reconciliarse con tu padre en vida.

El hecho es que subí de categoría en forma inmediata,

pasé a ser de la oveja negra a categoría de “hijo”, incluso me empezó a tratar de usted. El viejo estaba re orgulloso, además había un componente muy especial, mi papá era el weón más pinochetista que existía, lo tenía incrustado hasta en la médula de sus huesos

Llegó el día del evento en el edificio que para esos tiempos se llamaba “Diego Portales”, mi Taita se gastó lo que no tenía para comprarse el mejor traje, lucía como todo un gentleman. Por supuesto, a la ceremonia también fue Lilian, mi papá y también mi hermana Florencia. Fue una hermosa ceremonia e increíble experiencia que no cualquiera puede contar.

Mi papá llevaba para todos lados el diploma que acreditaba lo que me había ganado. Yo a esa altura del partido estaba un poco más pragmático y más necesitado de plata, así que me caía del cielo todo esto. La beca fue retroactiva, es decir, me devolvieron el dinero que gaste los dos primeros semestres y me pagaron los dos siguientes, es decir, toda la carrera me salió gratis.

En el trabajo también se enteraron de lo acontecido, la ceremonia salió en el noticiero del canal nacional, recibí felicitaciones del Gerente General y también de mis compañeros y jefes directos de quien también, a raíz de esto, me gané cierto respeto.

Los estudios siguieron siendo mí prioridad, además me di cuenta de algo súper potente, llegué a estudiar algo por la recomendación de mi hermano mayor pero sin saber de qué se trataba, y al final descubrí que la mecánica es la pasión de mi vida y no lo vine a saber hasta ese momento, es más, ahora creo que soy de nacionalidad mecánico.

En lo laboral, seguí avanzando y aprendiendo nuevas cosas, en esta etapa de mi vida hay dos personas de gran importancia que apostaron a ese joven inquieto y con ganas de triunfar.

Leonel Pérez era el jefe general de producción, a pesar de ser de origen campestre, era un hombre muy respetado por todos, Ingeniero no era, más bien creo que era egresado de una escuela industrial, sin embargo, él infundía algo impresionante que al pasar de los años y con más estudios en el cuerpo, pude identificarlo como lo que llamamos “Liderazgo Visible”, era una condición innata de él, no se lo habían enseñado en



ninguna parte, pero, créanme él hacía que las cosas sucedieran verdaderamente.

El respeto que le teníamos era tan grande, que entre los compañeros, sobre todos los más antiguos y formados laboralmente en la empresa se referían a Leonel como “el hombre”, decían “cuidado viene el hombre”, o “al hombre no le va a gustar eso”, al principio yo encontraba patético que nos refiriéramos así de él, parecíamos putas hablando de nuestro proxeneta.

Pero el tipo era extraordinario, nos reunía a todos de la sección a la que pertenecíamos y decía con voz firme, “jóvenes, tenemos algunas emergencias y necesitamos sacar estos trabajos urgente, por favor, levante la mano quién NO nos puede apoyar el sábado y el domingo”, obvio que ningún weón iba a levantar la mano, había que aperrar y trabajar sin hacer ningún comentario, igual te pagaban las horas extras al doble, así que el billete salía re bueno para fin de mes.

Por las mañanas Don Leo pasaba temprano y me saludaba “buenos días joven”, el simple hecho que él te saludara, era algo significativo para cualquiera de nosotros.

Recuerdo que yo trabajaba en la sección más pequeña de la empresa, estaba realizando un turno de la mañana, salía a las tres de la tarde y me quedaba tiempo hasta las siete treinta para ir a clases, así que tomé la decisión de hablar con “Don Leo”, como le decíamos los menos putos.

Una mañana entré a su oficina, él estaba leyendo algo, no sé qué, pero estaba con el ceño fruncido, le dije buenos días Don Leo, ¿puedo hablar con usted?, sin mirarme me dijo, ¡si, dígame!, le comenté que tenía un tiempo disponible después de mi turno y hasta el horario de clases y que quería aprender a trabajar en un cepillo mecánico que era una máquina grande para mí, pero lo más importante era que estaba clasificada en otra sección, donde los sueldos eran el triple de lo que yo ganaba. Él, con su mano derecha, bajó un poco sus lentes de lectura solo como para mirarme y me preguntó con voz pausada pero no menos intimidante; ¿cuál es su nombre? Carlos, Carlos Silva, le respondí todo nervioso. ¡Ahhhh, yaaaa, usted es Carlos Silva! Demostrando que no me conocía, continuó diciendo ¿usted es el hijo de don chuma! Ya me había enterado que así le decían a mi papá cuando trabaja en aquel lugar, ¡así es señor! Respondí

sin mostrar ofensa alguna, él prosiguió diciendo; sin duda, parece que usted calza como cincuenta y cuatro, queriéndome decir que era patudo, puntudo o confianzudo, y cerró la oración expresando lo siguiente; “no tenemos horas extras disponibles así que lo veo imposible”, yo le respondí de inmediato, no estoy pidiendo horas extras, solo quiero practicar en mi tiempo libre por mi cuenta, no necesita pagarme y él me respondió, bueno, si es así vaya a marcar la tarjeta de salida a las tres y practique en el cepillo y pídale al maestro que ahí trabaja que le ayude, yo también hablaré con él para comentarle que usted practicará en la máquina de al lado.

Dicho y hecho, comencé a usar mis horas libres para practicar en forma gratuita, y la verdad que no me importaba esa condición porque yo estaba seguro que esto me traería pronto beneficios.

Un día hubo una emergencia, no me acuerdo de qué, pero los jefes entre ellos incluido don Leo estaban viendo cómo resolverlo, yo estaba trabajando muy cerca de ellos, en un taladro neumático perforando bujes pequeños de bronce, a la máquina le decían la “come dedos”, ya que si te desprecupabas un segundo, te agarraba un dedo y te lo cortaba de una. El caso es que don Leo me vio y dijo en voz alta a sus acompañantes, el “chuma chico” (o sea yo) ha practicado en estas máquinas y dirigiéndose a mí, me dice, “joven venga un segundo por favor”, me acerqué y me dijo, tenemos una emergencia y necesitamos que trabaje toda la tarde y toda la noche, yo pensé poco y respondí rápido “No hay problema don Leo” cuente con eso, aun sabiendo que tenía clases, pero no me importaba, sabía que era muy bueno que me considerara y que además esto era el antesala de mejores oportunidades laborales.

Y así no más fue la cosa, a los meses me encontraba trabajando en la sección “precisión” en donde pasé a ganar de quince mil quinientos pesos a ochenta y cuatro mil pesos, tremendo ni que salto, cinco veces más.

Leonel Pérez León, fue mi jefe en los primeros años de mi vida laboral, él puso ciegamente su confianza en mí y me impulsó siempre a crecer como persona y también en forma profesional. Sus técnicas innatas de liderazgo han sido dignas de imitar, en ninguna universidad te la enseñan, solo personas como él las

tienen, es como ser bueno para la pelota. En particular no tengo ningún drama en reconocer y en forma orgullosa que parte de sus técnicas ahora son mías, claro que con mi propio estilo, pero las uso igual. Hoy seguimos manteniendo comunicación, ahora ya no es mi jefe, tampoco es el “hombre” como mis compañeros le decían, pero inevitablemente sigue siendo el famoso Leonel Pérez.

En el tiempo que trabajaba en la sección pequeña y recibía los quince mil, todos los fines de mes pasaba en bicicleta por una calle que se llamaba “La Gran Avenida” y compraba un pollo asado en un negocio muy famoso en esos años donde preparaban los pajaritos de una manera espectacular, Ese día del mes, Lilian me esperaba con la Pía y nos comíamos el banquete sin que nadie se diera cuenta en la casa, en especial mi papá para que no comenzara con sus alegatos de que me gastaba la plata en puras wevadas.

Dentro de la convivencia que teníamos en la casa, la relación con mis hermanas se fue deteriorando progresivamente, así que con Lilian tomamos la decisión que se volviera a la casa de sus viejos mientras yo juntaba plata para arrendar, más ahora que me habían subido el sueldo. Este proceso duró cerca de cinco meses de trabajo solo en turno de noche para recibir un bono extra que daban a los que trabajaban en este horario, me recuerdo que yo dormía en la casa de mi papá, pero no hablaba con nadie y menos recibía de lo que ellos cocinaban aun cuando el plato fuera de mis preferidos, así que estuve todo ese tiempo literalmente comiendo pan con tomates que también era la merienda que llevaba al trabajo para la hora de colación, pero ¿saben qué?, lo más curioso es que nunca dejó de gustarme el jamón tomate con pepas, hasta el día de hoy sigue siendo uno de mis sándwich preferidos, tomate bien maduro, cortado en rodajas sobre la misma marraqueta, un poco de sal, una gotas de aceite, unos trozos de ají verde y un buen apretón de ambas tapas del pan y listo, mejor todavía si lo dejas reposar unos minutos.

Al sexto mes ya tenía suficiente plata para arrendar una buena casa y el mes de garantía, por supuesto el plan incluía la compra de algunos muebles necesarios, la diferencia que ahora eran muebles de verdad y con plata que me había ganado

honradamente producto de mi trabajo.

Al año siguiente nos pudimos comprar nuestro primer departamento, la propietaria era la señora Lidia, era el mismo departamento donde yo la conocí, el que estaba en el edificio donde se encontraba la botillería del “rucio”. Ese año, habíamos juntado unos ahorros y con eso postulamos al subsidio habitacional. Llegamos a un acuerdo con la señora Lidia que para ese entonces ya estaba viviendo en la comuna de la Florida en un barrio muy bonito.

Era un lindo departamento, chiquito, de dos habitaciones, que estaba a cien metros de la casa de mi papá. Para nosotros era perfecto y estábamos muy felices por la nueva adquisición.

## El Tablero de Ajedrez

Ya estaba titulado con mención honrosa y estaba destacando poco a poco en mi trabajo, sin embargo sentía que emocionalmente estaba muy inestable, las drogas seguían siendo mis aliadas, principalmente la marihuana que era la regalona de todas, algunos fines de semana la secundaban las famosas anfetaminas de diez miligramos, las de color verde que después desaparecieron del mercado y nunca más las volví a ver, aunque también al alcohol no le hacía ningún asco sin importar el día, sobre todo una fría cervecita después del trabajo.

La búsqueda de mi destino era como yo le decía, pero en realidad era la búsqueda de llenar mis vacíos, me metí en la política, bueno, más que en la política, me convertí en un acérrimo opositor de la dictadura, comencé a participar en eventos sociales contestatarios frente al régimen imperante bajo el mando de Pinochet, el mismo que me había otorgado la Beca. Por esos tiempos me volqué más a la cultura, me hice de amigos que participaban en compañías de teatro de bajo presupuesto, también conocí a los integrantes del grupo musical “Sol y Lluvia” y terminé siendo amigos de ellos, toda vez que podía, iba a sus presentaciones y escuchaba su música a cada momento, hay que reconocer que ellos fueron muy importantes en la revolución opositora que habíamos comenzado los chilenos en esa época.

Todo esto también me llevó a dedicarme a la pintura, siempre con una connotación social. En mi vida privada me transformé en un “artesano”, denominación que se le daba en ese entonces a los hippies más evolucionados o más actuales. Recuerdo que pintaba rostros en sombra de algunos personajes que tenían un potente significado contra la dictadura, por ejemplo: el Ché Guevara, Salvador Allende y Neruda por mencionar algunos, después comencé con la pintura de los murales callejeros que representaban imágenes de libertad, como palomas volando,

hombres y mujeres con pelo al viento representado la libertad y otras cosas por el estilo, mi ropas eran un jean desteñido, botines de reno y chaleco de lana azul marino con cuello redondo tejido a mano y además el infaltable morral de lana, que era mi bolso oficial y que no me lo sacaba ni para ir al baño.

Me encantaba todo lo que hacía, pero de vuelta, cada vez que me metía un poco más, también era un poco más peligroso, participaba en los enfrentamientos contra los carabineros y militares en tiempos de protestas. En esos enfrentamientos cayeron varios conocidos que incluyeron niños, también fui amigo del Ricardo Sánchez, quien participó en el atentado contra Pinochet que se realizó en el Cajón de Maipo. Obviamente nunca más lo vi luego de caer preso por aquel delito, Ricardo fue uno de los tantos que escaparon de la penitenciaría en el gran escape del siglo, al tiempo me enteré que se había ido de Chile y nunca más supe de él. También tuve otro amigo, el Javier, un tipo tranquilo, pero que al igual que otros en estos casos, se le fue embotando su mente. El Javier comenzó panfleteando para el FPMR (Frente Patriótico Manuel Rodríguez) y luego comenzó a involucrarse más y más, después de eso, quiso postular a un curso de guerrilla que se impartía en Cuba, pero habían requisitos para la postulación, particularmente para él, tenía que asesinar a un carabinero, tomar su gorra y el arma como un testimonio del trabajo que él había realizado. Él me contó que antes de hacer este trabajo debieron hacer varios ensayos junto a la persona que lo debía acompañar, esto eran las directrices de los jefes que Javier nunca conoció en persona.

El hecho es que cuando llegó el gran día para Javier y convencido que era lo mejor, afortunadamente nada le resultó como debía ser, comenzó la operación con el pie izquierdo, y utilizo la palabra afortunadamente porque te puedes mandar mil cagadas en la vida y de seguro te vas a recuperar, pero cuando le quitas la vida a otro ser humano no te recuperas jamás, el hecho es que el primer paso para acometer su tarea era abordar un taxi, poner al chofer en el maletero y dirigirse al lugar donde se suponían estaban la pareja de carabineros custodiando una torre de alta tensión. Cuando Javier y el otro socio estaban en la maniobra de poner al chofer en el maletero, se toparon en forma inesperada con una patrulla de

carabineros los que por supuesto advirtieron de inmediato el ilícito y comenzaron en ese instante la persecución con Javier al volante tratando de zafarse, pero la carrera no duró demasiado, ya que a una cuadras del lugar chocaron de frente con otro vehículo. El impacto dejó inconsciente a Javier y también a su colega. Cuando Javier despertó, se encontraba tendido en una cama algo especial, una cama de torturas, se encontraba nada más y nada menos en un cuartel de la CNI, aparentemente no lo torturaron mucho porque firmó ligerito y lo comenzaron a procesar por ochenta y cuatro delitos relacionados con actos subversivos.

Cuando Javier llevaba algunos años en prisión, conoció a Ricardo antes de su fuga y ahí se enteró cómo habían escapado todos los que participaron en aquel día del atentado, recuerden que el cajón del Maipo solo tiene un camino de ingreso y el de salida es el mismo.

Todas las personas que cometieron el atentado fallido, se movilizaban en camionetas doble cabina, entonces, cuando se supo del medio cagazo en contra de Pinochet hubo una tremenda movilización policial, militar y de otros como la CNI. Ellos, y me refiero a los subversivos, pusieron una baliza en el techo de la camioneta y con algunos de los ocupantes de los vehículos con medio cuerpo afuera mientras se desplazaban a toda velocidad, mostrando sus metralletas pedían paso a los otros vehículos que por ahí transitaban, de esta forma todos creyeron que ellos eran perseguidores y no perseguidos y es así como pudieron librarse, fue muy buena la táctica pero no sirvió de mucho porque a los pocos días, igual todos cayeron presos.

¿Qué pasó con Javier?, bueno, cuando asumió Patricio Aylwin como Presidente de la República después de tantos años de dictadura militar, entregó un indulto presidencial a varias personas procesadas por delitos terrorista y Javierito fue uno de los cinco primeros de la lista de los indultados, tremenda suerte para él, pero después el “weas” se transformó en testigo de Jehová, acérrimo hasta el día de hoy, por lo menos eso es lo que entiendo.

Con la llegada de la “democracia” para mí ya no había más causa por la que luchar y defender, llegaron los mismos politiqueros

de antes a chupar la teta de nuevo, y todos los pelotudos que pusimos el culo por ellos, pasamos de inmediato a disfrutar del sereno privilegio del anonimato, hasta Sol y Lluvia tuvo que comenzar a cantar en las calles después de haber llenado estadios en todos sus recitales. Me cansé, me desilusioné, me dejaron chato, aunque todavía me sigo considerando un socialista de corazón y no de política, en realidad la política me repugna.

Volviendo de vuelta a mi vida laboral y ya más estable económicamente, comencé a salir con amigos de trabajo, ustedes ya saben, el boliche, el alcohol, y lo peor de todo, la necesidad imperiosa de demostrar mi “hombría”, me hicieron caminar por oscuros derroteros. Hoy sé que eso se llama baja autoestima y no hombría.

Todo parecía ser muy fácil, una esposa muy tranquila y confiada y un hombre que a esta altura del partido, ya manejaba a la perfección una vida de doble estándar, entonces no había ningún problema aparente que me hiciera ver las cosas de una forma diferente.

Comencé a practicar la infidelidad en forma progresiva, como una necesidad casi patológica de validarme, no sé si como ser humano, como hombre o no sé qué. En paralelo, la droga me acompañaba al mismo ritmo, comencé a fumar en la mañana, en la tarde y en la noche, eso involucraba mi trabajo, usaba gotas que eliminaban el rojo de mis ojos, por lo tanto pasaba desapercibido para quienes estaban atentos a las sospechas de que yo fumaba marihuana.

En el año mil novecientos noventa y con veinte cinco años, fui papá nuevamente, ahora llegaba a nuestra vida de familia nuestro segundo hijo, Carlitos. Yo cuidaba que el concepto de familia se mantuviera como si nada pasara, como un tablero de ajedrez con todas sus piezas ordenadas en forma casi perfecta, esto lo relacionaba mucho con el trabajo, por lo tanto, me preocupaba de aparentar ser un buen jefe de familia.

Algo anecdótico que me gustaría mencionar, es lo que sucedió en el día que llegó Carlitos, quien a diferencia de Pía que nació en el Barros Luco, Carlitos lo hizo en una clínica privada, era obvio, ahora yo podía pagarlo. El hecho es que el médico de Lilian, Jaime Robles, muy buena onda por cierto, me invitó a estar presente en el parto, así que me vistieron



con ropas esterilizadas para ingresar a sacar fotos, era todo un tremendo acontecimiento.

Yo estaba impecablemente vestido, como doctor, así que fuimos a buscar a la paciente, es decir Lilian. Recuerdo que íbamos acompañados del anestesista cuando llegamos al cuarto donde ella estaba, habían dos camas, pero ella se encontraba solitaria en esa habitación, el anestesista, le dijo ¡ya chiquilla, te vamos a poner un poquito de anestesia para que no duela tanto la cosa! Así que ponte en posición fetal y súbete un poco el camisón, terminó diciendo el galeno. Lilian siguió las indicaciones y en ese momento, el tipo saca una jeringa con tremenda aguja. Lo que pasó después no lo recuerdo, porque desperté acostado en la otra cama producto del desmayo que me provocó tan solo el ver la aguja.

El cuerpo médico me tuvo arriba del columpio por un buen rato, menos mal que no sabían nada de mi pasado delictual o si no hubiera sido peor la joda

Imagínense, después de tantas cagadas juntas, entre cortaplumas, sables, pistolas, sangre, tripas y otros sub productos, el "Choro Carlos", el "Crespo", se desmayaba por ver una aguja, ¡qué vergüenza!

De igual forma pude estar en el parto, eso fue tremendo, ver llegar a este mundo a mi Carlitos. Debo reconocer que siempre estuve muy ausente para él, y por mucho tiempo estuvimos alejados, pero como la vida está llena de oportunidades, me dio la oportunidad de acercarme a él e intentar zanjar nuestra distancia, Carlitos hoy tiene veinte cuatro años, es un ser excepcional, me siento orgulloso de ser su padre y estoy muy feliz que él sea uno de mis mejores amigos.

Pasando a otro tema, recuerdo que una vez un tipo me dijo "No hay nada debajo del sol que se pueda esconder, siempre termina por ser iluminado". Ahora, con casi cincuenta años, creo que esto es una verdad del porte de un buque, a veces ni siquiera te das cuenta, pero siempre estás cosechando lo que sembraste, aunque ni siquiera recuerdes cuál fue la siembra.

Esto lo comento porque Lilian comenzó a encontrar evidencias de mi adicción a la marihuana, es decir, unos papelillos un día, otro día un pito, en otra oportunidad un paquetito con

hierba y finalmente la historia del amigo no se aguantó más. El cuento ese de que te lo pasó un amigo para que se lo guardaras, definitivamente ya no servía, alcanzaba escasamente para una o dos veces, pero no más que eso, así que no me quedó otra que confesar mi adición. La reacción de Lilian fue obvia y también categórica, si yo no cambiaba ella me dejaría.

La situación no resistía mucho análisis, tenía que cuidar lo que yo quería o lo que había construido, por tal razón mi decisión fue dejar las drogas de cualquier tipo en forma inmediata, y créanme, así no más fue como sucedió.

Una cosa que era algo extraña, el cigarro lo había dejado hace un año atrás por una conversación que tuve un día con un testigo de jehová que visitó mi casa. En realidad no me convencieron de nada espiritual, más bien me hizo ver o sentir que un pucho de cigarro tenía más fuerza que yo. El hecho se transformó inmediatamente en un desafío personal o en una nueva batalla que por cierto yo quería ganar

Desafíos, batallas, pruebas o cualquier cosa que se le pareciera me atraían como imán, me consideraba hijo del rigor y ya me había titulado de luchador, por lo tanto necesitaba de adrenalina para vivir, era como querer buscar las olas más grandes y poder surfearlas, y luego buscar otra y luego otra y así sucesivamente

Una cosa tenía muy claro, seguía sintiendo mi vida vacía, me faltaba algo que no sabía qué era, finalmente nada me conformaba, no me llenaba con nada, aunque antes los ojos del medio en que vivía parecía ser un hombre que caminaba por el sendero del éxito. Sin embargo yo no lo sentía para nada de esa forma.

Es cierto, mi relación con mi papá se zanjó, en mi trabajo siempre estaba en ascenso, era la cabeza de una familia aparentemente bien constituida, con casa propia y auto, que para esos días era una gran cosa, esto último lo digo por dos razones fundamentales; la primera era que, producto de mi trabajo me podía dar el lujo de tener un vehículo y eso me hacía sentir muy orgulloso ya que en esos tiempos era difícil tener un cacharrito y segundo, porque ya no resistía más andar en la bicicleta. Aprovecho de manifestarles en forma muy respetuosa que literalmente “el culo” me quedó traumatizado, y no era para

menos, tres años enteros haciendo esos tremendos viajes todos los santos días, invierno y verano no lo soportaba más. También debo confesar que a causa de esto, por mucho tiempo no volví a subirme a una bicicleta ni por chiste, pero como la mente es frágil y siempre volvemos a cometer los mismos errores, volví a caer, hace un par de años atrás me las di de bicigrino, es decir quise hacer el camino de Santiago de Compostela en España en bicicleta, algo ya les había comentado de esta historia con Miguel, pero créanme, una cosa les puedo asegurar, “el culo” tiene memoria, de eso yo puedo dar testimonio.

El sentimiento de vacío que les mencionaba anteriormente me hizo muy vulnerable, comencé junto con mi familia a estudiar la Biblia con los testigos de Jehová, ellos nos hacían clases y luego asistíamos a su iglesia o salón como ellos le llaman, poco a poco me fui adentrando a este nuevo mundo y como siempre, lo tomé como un desafío más, lo que aceleró mi involucramiento en esta religión. Comencé a predicar, es decir, andar de casa en casa y de puerta en puerta predicando las buenas nuevas que Dios nos enviaba a través de la organización.

Llegó el día de mi bautismo, eso significaba que frente a todos yo era oficialmente Testigo de Jehová titulado.

Trataba de hacerlo bien, sin embargo no dejé de pasar algunas vergüenzas en el trabajo de pastor.

Un día estábamos muy temprano en una parada de micros hablando con las personas que esperaban locomoción, le introducíamos un tema relacionado con la actualidad y después venía el sermón relacionado con lo que decía Dios a través de la Biblia. Así era más o menos la técnica, pero bueno, el hecho que ese día me acerco a un hombre que está de espaldas esperando micro y le pido hablar con él sobre la voluntad de Dios y eso, pero cuando se da vuelta, me doy cuenta que había sido una de mis victimas en mi vida pasada y obviamente él también me reconoció de inmediato como su victimario.

Se produjo un silencio instantáneo, el ambiente se cortaba con cuchilla de lo denso que estaba, no alcancé a decir nada cuando el tipo me dice textual; ¡no podis ser tan care raja! ¿No te acordai cuando me cagaste sin asco? Shiiiiii ¿y ahora vení a hablarme del Señor? ¡Mejor córrete de aquí y déjame

tranquilo! Obviamente que de inmediato el rostro se me cubrió de vergüenza y sin decir una sola palabra me di la media vuelta y me fui. Afortunadamente mi compañero de predicación estaba engrupiendo a otra alma que escuchaba, y menos mal que no se dio cuenta de lo acontecido.

La talla más fea de todas fue cuando un día domingo terminamos de predicar y un grupo grande de “hermanos” veníamos de regreso a nuestras casas, de repente nos cruzamos con un tipo que era un delincuente conocido y había salido hace muy poco de la cárcel después de varios años preso, yo lo ubicaba muy bien porque él y yo habíamos tenido un drama muy serio cuando yo todavía era un pendejo.

Yo calculo que él tendría diez años más que yo. Una noche tuvimos una discusión dura y escandalosa que terminó cuando yo le puse el cañón de mi treinta y dos corta en su cabeza, sumada a una gran variedad de amenazas que no quiero repetir, ni menos recordar. Solo les diré lo que él me dijo esa noche al terminar la discusión, “después nos vamos a encontrar en las mismas condiciones”, afortunadamente eso no pasó, ya que al par de días posterior a eso, el Koke (como le decían) cayó preso y estuvo en la sombra un montón de años.

Pero volviendo al momento en que regresábamos de la predicación acompañado de los otros testigos, con mi regio traje de vestir y corbata musical, conversando de lo mejor con mis compañeros en la fe, cuando me topo de narices con el Koke, no pude disimular mi nerviosismo por la situación, la que fue imposible pasar por alto o hacerle literalmente la bicicleta.

El Koke se detiene, yo me detengo a un par de metros de él, los demás weas que iban conmigo hicieron lo mismo, pero por inercia, porque no entendían ni sabían nada, yo rogaba que ellos siguieran caminando, pero mis suplicas no fueron escuchadas.

El tipo adelante de todos me dijo; “Te dije que nos íbamos a encontrar” ¿sí o no? me preguntó a reglón seguido, yo le respondí medio entre cortado que sí, mientras pensaba cómo me defendía en caso de un ataque, porque la verdad que en ese momento ni se me pasó por la mente poner la otra mejilla, lo único que pensé en ese instante era que, “solo tenía un

maletín con una Biblia y un par de revistas del Atalaya” y con esto no mataba ni a las moscas, así que rápidamente miraba a mis alrededores a ver si había algo que me pudiera servir de arma para defenderme en caso de emergencia.

Al final no fue necesario ya que el tipo continuó diciendo; “No te preocupí huacho”, respeto hartito lo que estay haciendo ahora, por lo menos saliste de la mierda, y finalmente sentenció; “Ya no tenemos cuentas pendientes”, luego el Koke continuó su camino como si nada hubiese pasado, yo me quedé más transpirado que caballo de bandido y por supuesto calladito y avergonzado, no me quedó otra que hacer lo mismo, o sea seguir caminando. Mis hermanos en la fe me miraban como haciéndome la pregunta de qué pasaba, pero como yo era experto en hacerme el weón, seguí caminando y comencé a retomar el tema de conversación que traíamos al principio sin decir una sola palabra de lo que había sucedido. Por supuesto, en mi interior no dejaba de pensar que si el Koke hubiese reaccionado mal, mi carrera religiosa se terminaba ese mismo día.

Otra situación interesante de contar, fue aquel día cuando un hermano testigo de Jehová me pidió un favor, su nombre era Víctor, era un tipo bonachón y gran amigo, curiosamente era uno de los pocos miembros de la congregación que contaba con un buen trabajo, él era el único profesional universitario del rebaño. Víctor era ingeniero mecánico y ganaba sus buenas Lukas como jefe de operaciones en una fábrica de sistema de perforados para la minería. Es interesante destacar que en aquellos tiempos, estudiar y tener una profesión universitaria no era ninguna prioridad, nos conformábamos con poco y éramos muy limitados para proyectarnos.

El hecho concreto fue que un día cuando Víctor estaba entrando a su casa en la Población Villa Sur se da cuenta en forma inesperada que le estaban robando, tremenda sorpresa para él cuando abre la puerta, en ese instante salen dos sujetos corriendo desde adentro de su casa. Víctor quedó literalmente paralizado, no atinó a hacer absolutamente nada, pero para buena suerte de él, justo en ese momento iban pasando los guardianes de la ley, o sea los señores carabineros, quienes además se percataron de lo que estaba ocurriendo y de forma

rápida y ágil, aprehendieron a los malhechores en tan solo un par de segundos.

Al final, tengo que decir que todo no fue para buena suerte de Víctor como habíamos pensado, más bien fue totalmente lo contrario para él y su familia, ya que esto le trajo consecuencias tremendas, tal cual, como una película de terror.

La cosa es así, los suegros de Víctor eran dos viejitos con un montón de años encima, también ellos eran Testigos de Jehová de larga data y vivían coincidentemente en la población La Victoria, y digo coincidentemente porque los pungas que le intentaron robar a Víctor eran residentes de La Victoria y obviamente toda la parentela, incluido los perros de los anti sociales, que también eran miembros de la misma comunidad.

Para hacer la historia más corta, los parientes del par de weones que robaron la casa de Víctor comenzaron a presionar a los suegros para que Víctor hiciera retiro de todos los cargos por el delito que había sido víctima, le comenzaron a romper los vidrios de la casa, le pateaban la puerta, los amenazaban de muerte y cuando salían, los palabreaban de la forma más grosera y agresiva.

Por supuesto que ellos estaban muy asustados con todo lo que estaba sucediendo sin tener nada que ver con lo sucedido. Tocó la coincidencia que Víctor tenía un cuñado que era Prefecto de la "PDI", pero ni con eso alcanzó para detener la amenazas y el hostigamiento en contra los pobres ancianos, por el contrario, el tema siguió y aun con más fuerza.

El pobre Víctor estaba realmente desesperado y se sentía muy culpable por todo lo que estaba sucediendo, fue tal su angustia que llegó al punto de hablar conmigo y pedirme ayuda. Él conocía mi pasado y quería saber si se me ocurría alguna "otra" idea, yo le dije que talvez lo podía ayudar o que por lo menos podríamos hacer el intento de hablar con algunos de mis antiguos compadres.

Dicho esto, un día, después de la reunión en la iglesia nos hicimos de ánimo y en la camioneta de Víctor nos fuimos ambos con terno y corbata directo a visitar al Polo en la Población La Victoria. Llegamos hasta su casa pero lamentablemente no lo encontramos, además ya habían pasado como ocho o diez

años sin que nos hubiésemos visto, así que tampoco sabía cuál sería su reacción frente a este problema.

Como no encontramos al Polo, en las perdidas nos fuimos a la casa del Flaco Pedro que ya estaba ciego hace un montón de años. Recuerdo que nos paramos en una esquina y desde ahí alcanzo a divisar al Pedro sentado en una banca junto a varios tipos que yo no ni siquiera conocía.

La verdad que en ese momento no dimensioné el peligro, le dije a Víctor que detuviera la camioneta y atiné a bajarme, recuerden que andábamos de terno y corbata y en ese instante me doy cuenta que todos los tipos se abrieron e hicieron una línea frente a mí de una forma muy amenazante, como diciéndome “dispara usted o disparamos nosotros”. Menos mal que el flaco Pedro preguntó en voz alta ¿qué está pasando? Y yo que era el más interesado en ese momento de aclarar las dudas, respondí en forma inmediata con una voz fuerte y clara, pero no menos temerosa “Pato Pedro soy yo el Carlo, el Crespo”. Para fortuna mía el flaco reconoció de inmediato mi voz, pese a todo el tiempo que había transcurrido sin vernos, bueno, en este caso, sin escucharnos.

La cosa es que el Flaco Pedro me dijo: “venga pa’ca huacho” y me dio un fuerte abrazo mientras les decía a sus contertulios entre risas, “tranquilos cabros, este es mi amigo Carlos”, a esa altura de las circunstancias ya me había cagado otra vez en los zapatos, pero ya estaba ahí. Cuando recuperé el habla y pude tragar saliva, le dije que quería hablar con él, entonces lo llevé para donde estaba estacionada la camioneta a unos cuantos metros y le presenté a mi amigo Víctor.

Le conté rápidamente la situación que estaban viviendo los suegros del Víctor, el Flaco nos preguntó quiénes eran los que estaban presos y quiénes eran los que estaban hostigando, la respuesta al unísono fue que no sabíamos, sin embargo, el Víctor dijo que si los veía los podía reconocer.

Ok, dijo el Pedro, súbanme a la camioneta, así que quedamos los tres sentados en la cabina delantera de la camioneta con el Flaco Pedro al medio de nosotros. Al ver esto, uno de sus amigos que estaba en la esquina se urgió y se dirigió rápidamente hacia nosotros antes de que nos desplazáramos, y dice; “Flaco ¿qué

pasa?" preguntando con voz de choro, El flaco Pedro respondió de inmediato, "no pasa na', voy y vuelvo espérenme acá no más".

Comenzamos a desplazarnos por las calles de La Victoria en la camioneta del Víctor, el Pedro le preguntó al Víctor en que calle vivía la suegra, Víctor respondió con el nombre que no recuerdo ahora y el Flaco tomó el control de inmediato de la situación, le dijo a Víctor; sigue dos cuadras para adelante, luego dobla por acá a la derecha, y sigue dos cuadras más, ahora dobla a la izquierda y avanza tres, y así sucesivamente como si él estuviera viendo todo por donde nos desplazábamos, hasta que finalmente llegamos a una esquina y dijo "quédate parado acá un rato", mira bien le dijo al Víctor y dime si veí a alguien conocido. El Víctor dijo que si, que había un tipo que estaba parado en una de las esquinas y que era uno de los que amedrentaban a sus suegros.

Ya está, dijo el Pedro, y comenzó a entregar nuevas instrucciones; estacionate cerca de él, luego me pidió a mí que bajara toda la ventanilla, y que le avisara cuando tuviéramos al tipo cerca de nosotros. "Ok", ya estamos, le respondí, así que el Flaco Pedro medio inclinando la cabeza hacia adelante, como queriendo mirarlo, le dijo al pato malo, "oye, acércate un poco", el tipo se acercó como medio canchero y apoyándose en la ventanilla del vidrio del lado mío, le dijo al Pato ¿qué pasa? con acento marcado de flaite.

¿Quién soy yo? le preguntó el Pedro, "el Juancho" respondió la persona que inmediato preguntó; ¿por qué? El Pedro con un tono ya más agresivo le hizo una nueva pregunta; ¿cómo que por qué? ¿Acaso no sabí quien soy yo?, el tipo en forma casi mágica dejó de hacerse el canchero dejando de manifiesto su nerviosismo, ahora le respondió un poco más urgido, diciéndole que si sabía quién era él, y complementó su respuesta diciendo; "El Flaco Pedro".

A reglón seguido, el Flaco dijo, yapo, ¿entonces pa que te haci el longi?, súbete rapidito a la camioneta en los asientos de atrás. Él tipo sin chistar obedeció de inmediato y una vez sentado en el vehículo, el flaco ordenó al Víctor que avanzara derecho con la camioneta.

La cosa se puso color de hormiga, el Flaco tenía un revólver en la pretina de su pantalón que dejó relucir, mientras Víctor



conducía el vehículo. Había un silencio sepulcral, y nosotros no podíamos evitar dejar de mirarnos como diciéndonos ¡en el medio ni qué problema nos fuimos a meter!

Nos estacionamos a una cuantas calles de donde subimos al señor Juancho, el flaco Pedro sacó su arma para que sus palabras tuvieran mayor credibilidad. En ese momento pensábamos que salpicaría sangre para todos lados. Lo primero que se me pasó por la mente es como limpiaríamos todos los sesos que quedarían desparramados en la camioneta. Otra vez estaba metido en problemas, solo pensaba que todo se me iría a la mierda, me encontraba justo en medio del proceso de darme cuenta cuando el Pedro corto y preciso sentenció al Juancho.

“Mira conchetumare”, vuelvo a escuchar cualquier reclamo por muy pequeño que sea de que anday apretando a los viejos, te tenís que dar por muerto, ¿me entendiste? le preguntó. El Juancho, respondió inmediatamente que sí y se comprometió a que no volvería a pasar con una voz como si estuviera cagado hasta los tobillos.

Efectivamente todo el hostigamiento se terminó, Víctor finalmente desistió de la demanda por el tiempo que le consumía todos los trámites burocráticos, sin embargo, quedamos muy claros en que pudimos habernos metido en un problema de grandes proporciones, y más encima éramos devotos acérrimos del de arriba y su broca, es decir de Dios y su hijo, perdón pero con esta historia se me volvió a pegar la COA, es que es muy pegajosa.

La vida de devoción al Señor no duró mucho tiempo más, el león enjaulado se arrancó y acorraló a un par de hermanas que atinaron, y como les decía anteriormente, no hay nada bajo del sol que no quede finalmente al descubierto, así que la cosas se pusieron negras, me hicieron un juicio interno y me expulsaron de la congregación, la idea era castigarme con la expulsión y que yo me reencaminara para volver al buen camino. Nada de eso ocurrió, al final mandé todo a la mierda y para más encima, me transformé en agnóstico, es decir, no niego que pueda existir un Dios o algo superior, solo que creo que no tenemos la capacidad para comprenderlo, o en realidad soy como dice un amigo cercano, un ateo cagón, por si acaso existe Dios y no vaya a cagar del todo en el juicio final.

Esto inevitablemente tuvo un impacto tremendo en mi vida familiar, era evidente lo que había pasado, no se podía ocultar, así que con Lilian decidimos aunque con algunos tropiezos no menores continuar con nuestro matrimonio, pero el cambio de casa y de barrio era una condicionante de las más importantes para reconstruir, o sea derechamente me la recontra perdonaron.

## La partida

Dejamos nuestro departamento y nos fuimos a vivir a una casa en una hermosa villa de la Florida. Esta era de propiedad de la señora Lidia, que vivía en ese instante a unos cuantos metros de la casa, ella fue fundamental en reforzar el vínculo familiar que se había quebrado por razones obvias. O sea, estaba otra vez en la lona intentando pararme para doblegar esta nueva situación.

Pese a todos los problemas originados seguimos adelante, comencé a portarme bien y nuestra relación comenzó a mejorar progresivamente, sin embargo a los pocos meses de habernos cambiado de casa, el dolor nuevamente llegó a golpear mi puerta, me estoy refiriendo al año noventa y cuatro, en esta ocasión, me anunciaron la partida sin retorno de mi viejo.

Mis hermanas me llamaron un día en la tarde porque mi Taita estaba muy mal, me dijeron que se encontraba con hemorragias estomacales fuertes y que a diferencia de otras oportunidades, había algo que era muy distinto, su lucidez ya no era la misma y esto sin duda era una componente que inevitablemente indicaba lo peor.

Cuando llegué a la casa de mi papá, me pude dar cuenta de inmediato que su mirada no era la misma, él me observaba atentamente como que si intentará tratar de reconocerme, en ese instante pude corroborar que la situación en realidad era distinta a todas las otras veces. Había que trasladarlo de inmediato a la posta central, lo subí en mi auto y me lo llevé, cuando llegamos él no se quería bajar y entre balbuceos me decía que lo dejara tranquilo, que se quería quedar ahí sentado.

Finalmente cuando pudimos internarlo, lo tuvieron que dejar en una cama apostada en un pasillo porque no había habitaciones disponibles en ese preciso instante. Antes de salir del hospital, me fui a despedir de él, yo a diferencia de otras oportunidades intuía que esta era la última vez que lo vería con vida, le dije que

lo amaba con todo mi corazón y que lo iba a extrañar mucho, que me haría mucha falta a pesar que yo ya era un hombre, sin embargo, estoy seguro que él no comprendió nada de lo que dije. Para mí, en ese momento lo más importante fue que yo si lo pude comprender.

Regresé a mi casa como a las once de la noche, estaba cansado, me acosté de inmediato para no quedarme dormido en la mañana y llegar tarde a mi trabajo, como a eso de las tres de la mañana sonó el teléfono de la casa. Cuando desperté, de inmediato intuí cual era la noticia, me comunicaron desde el hospital y a raja de tabla que mi papá, don Carlos Silva Silva, había dejado de existir. Pese a todo los dramas, pese a todos los desencuentros, a todas las grandes peleas que tuve con él, la noticia me caló hasta lo más profundo de mi ser, me sentía como un niño pequeño desprotegido y me puse a llorar en forma desconsolada recordándolo, pensaba en cómo fue su vida de miserable y comprendí por qué él no quería seguir viviendo hasta que me pude consolar con su partida, porque eso era lo que él realmente quería, quería dejar este mundo. Mi papá no merecía más miseria de la que obtuvo.

Como ya les había contado, con el hombre al final hicimos las pases y ambos nos perdonamos antes de que él se fuera de este mundo, pese a tener problemas de alcohol, realizó un gran esfuerzo para ser un buen papá y una buena mamá, no obstante y para ser bien honesto, esto fue como el famoso cuento del Gallego que inventó el vidé de baño. En realidad el tipo quería inventar la tina, pero le salió todo para el culo, lo mismo le pasó a mi papá, sin embargo y sin darse cuenta, todo eso sembró en mí un sentido de voluntad tan grande que dio como resultado el tremendo motor que hoy me moviliza en esta vida, y esto es gracias a mi viejo.

Continuando, ustedes ya saben, los trámites, los parientes, el velatorio y el funeral, todo eso me pareció eterno, lo único que deseaba era que todo terminara luego y cerrar el capítulo tan pronto como se pudiera.

Hoy lo recuerdo solo con buenos pensamientos y no me importa nada más que lo bueno de él, en mi mente y corazón no hay otro tipo de recuerdos.

Por el esfuerzo que hizo de ser mamá y papá, aunque muchas

de esas cosas le salieron muy mal, es que decidí en honor a él, dejar el alcohol en forma total, es decir cero copete, también, decidí regalarle en forma póstuma, un título de ingeniero mecánico, otra de las cosas que eran su obsesión.

De esta forma me matriculé para estudiar de noche y seguir trabajando de día. Todo este proceso fue muy duro y agotador, pero tenía una gran motivación, era un nuevo desafío, y recuerden, los desafíos eran mi objetivo. Finalmente me titulé de Ingeniero Mecánico con mención honrosa, y además estuve dieciséis años sin tomar una sola gota de alcohol, así de categórico, ni año nuevo o cierres de negocios en algún lugar del mundo, pero yo siempre me mantuve impertérrito con cero alcohol en la sangre. Ahora eso ya no cuenta, quería hartos al viejo, pero no era para hacerme monje, por otro lado, les quiero decir que poder conversarme una chela con un buen amigo, es uno de los placeres que hoy disfruto de la vida.

Aprovechando que mencioné en el párrafo anterior “en algún lugar del mundo”, podría decir que otras de las cosas buenas que me ha dado la vida ha sido la oportunidad de conocer diferentes lugares del mundo, diferentes culturas, diferentes geografías, diferentes historias y diferentes amigos. Hace poco hice la cuenta y he tenido la fortuna de visitar más de cuarenta países y muchos de ellos en varias oportunidades, las cosas que más me han impresionado durante estos viajes, ha sido una visita que realicé al gueto judío en Varsovia, también conocer la casa de Federic Chopin, la casa de Franz Kafka, el Castillo del Conde Drácula en Transilvania, las ciudades amuralladas en España, como Toledo y Ávila, lugares tremendamente hermosos como Praga, Viena y Ámsterdam, y otros muy peligrosos y pintorescos a la vez como Ciudad de Guatemala, el estado de Guerrero en México donde los narcos quemaron vivos a más de 40 estudiantes de secundaria. Otra cosa que también me sorprende de una manera potente, es el orden y la planificación urbana de los Estados Unidos, lo protocolar de los británicos, lo cuadrado de los alemanes, la simpleza y simpatía de los cubanos, la brusquedad de los garzones españoles, la buena onda de los argentinos. Sin embargo, nada de lo que pueda mencionar supera a mi Chile querido, sobre todo el sur, algo que me encanta

sobre manera. Estas zonas me provocan un hechizo especial, sus nubes negras, densas y amenazantes, el viento tibio del este, aquel que las abuelas al sentirlo decían “viene la lluvia”, las sopaipillas, los curantos, el pipeño, las lluvias interminables de todos los santos días, el humo brotando por las chimeneas de los techos a causa de los leños ardiendo en cada hogar, el musgo de las paredes por la humedad, en fin, absolutamente todo eso me hace soñar que algún día continuaré mi vida o lo que quede de ella en algún lugar del sur. Aunque no puedo negar que Buenos Aires es el capricho de mi corazón, y no me refiero precisamente a la capital, estoy hablando de Provincia de Buenos Aires, ahí existe un lugar que me fascina en forma exuberante, su nombre es “Olivos”, ahí todo es especial, sus calles, los adoquines que ofician de pavimento, su arquitectura europea del siglo pasado, su gente, sus árboles, sus boliches, el río de la plata y por supuesto el tren.

Cada vez que puedo ir a ese lugar, aprovecho de caminar por sus calles, contemplo sus casas con especial detención, disfruto de sus arboledas, voy a comprar espaguetis artesanales a los almacenes tipo emporios que hoy los grandes supermercados se han devorado en Chile. La gente es cálida y mi acento de chileno les provoca una suerte de ganas de conversar conmigo y compartir sus experiencias de las visitas que han realizado a nuestro país. A una calle se encuentra la estación de trenes que te lleva al centro de la Capital, al pasar por ahí y en forma inevitable sientes el aroma de “andén”.

Toda vez que puedo tomo el tren para trasladarme a la capital, el viaje dura 30 a 40 minutos, que me transportan no solo a destino, si no también mágicamente a mi niñez, por lo que disfruto del viaje de inicio a fin. Con eso estoy declarando que estoy en un fuerte proceso de “Darme Cuenta”, que tengo la capacidad de disfrutar y que en realidad nunca la había perdido, solo que no estaba siendo consciente de esto. Además ahora me pregunto: ¿cuántas cosas más dejé que se durmieran en mi para intentar ser el que no soy?, ¿Para agradar a los que no me importan? ¿Para comprarme cosas que no necesito? Y wevonamente, muchas veces con plata que ni siquiera he tenido.

El escribir esta historia me ha hecho descubrir que muchas cosas en realidad no las había perdido, o no las tenía en mi ser “esencia”, era que solo se encontraban dormidas en mí, y que he

ido despertando de a poco. Al final, no sé cuánto he avanzado en este camino, y ni siquiera me importa cuánto me falta por llegar, únicamente me interesa saber que estoy en el camino que quiero estar, y disfrutar el viaje, ser feliz siendo el que soy.

A propósito de la definición de felicidad, hace poco tiempo estuve con un amigo tratando de definir con exactitud cuál sería el significado de esta famosa palabra o condición, por lo menos yo fui categórico y creo que está relacionada con el sentirse pleno, y pleno para mí es concederse algunos permisos, como por ejemplo; concederme el permiso de ser el que soy, de pensar lo que yo quiera y también el derecho de decirlo si es que quiero, de correr los riesgos que yo decida correr, con la única condición de aceptar pagar yo mismo los precios de las consecuencias, y finalmente a buscar lo que yo creo que necesito del mundo, en lugar de esperar que alguien más me dé el permiso para obtenerlo.

Después de este pequeño interludio con un poco de historia y volada profunda, volveremos al trabajo nuevamente. Al comenzar mi último año de ingeniería y mientras estudiaba, tenía una gran necesidad de compartir con otros lo que estaba aprendiendo, sobre todo con la gente que se había formado en el propio trabajo y que por años habían estado operando máquinas herramientas. Yo particularmente pensaba que todo lo que podíamos construir en las máquinas herramientas a través del desprendimiento de viruta, generaba siempre figuras geométricas, por lo tanto, el entendimiento de la trigonometría plana era fundamental para todo que estábamos haciendo en nuestro trabajo.

Por lo tanto, preparé un curso de trigonometría bien detallado, desarrollé los temas que importaban para la ejecución de nuestro quehacer diario en las diferentes maquinarias y presenté el proyecto a la Gerencia. Ellos, no le dieron mucho crédito a la iniciativa pero al ver el gran interés de los alumnos inscritos en el primer curso les cambió su visión en forma radical, incluso tuve que dictar una segunda versión con el mismo éxito de asistencia y aprobados.

Finalmente dicté dos cursos de trigonometría a más de cincuenta compañeros con muchos años de experiencia laboral

que además recibieron su respectivo diploma por parte de la compañía. Todos se compraron una calculadora científica y terminaron por titularse de aprendices de Pitágoras, bueno, lo suficiente para defenderse en la pega y poder entender lo que estaban construyendo y realizando sus propios cálculos, usando los diferentes teoremas que se encuentran a disposición de todos. De verdad creo que les cambió la vida, fue como comenzar a ver debajo del agua. Fue todo muy entretenido y enriquecedor no solo para ellos, sino también para mí como docente.

La iniciativa fue muy valorada no solo por mis compañeros, también lo fue para la dirección de la compañía y no menos importante, lo fue para los más viejos que no asistieron al curso, creo que de todos ellos me gané un respeto y me comenzaron a ver como un nuevo líder, al que incluso le pusieron nombre; “El Líder del Poder Joven”.

Para ese entonces, yo trabajaba realizando los presupuestos y cálculos de tiempos que eran la base de los costos para que el área de ventas cobrara el precio final a los clientes en sus presupuestos.

En esos tiempos, nombraron como Gerente de Operaciones a Héctor Espinoza, un joven ingeniero que venía de la mina el Teniente, decían que era un profesional brillante, yo hice inmediatamente muy buena onda con él, aun cuando yo era del área de ventas.

Me gustaban mucho las reparaciones y quería involucrarme en ellas, me refiero a la ejecución, incluso me llamaba más la atención que hacer un presupuesto o un cálculo de tiempos de procesos. Dado lo anterior es que decidí llevarme el trabajo diario de presupuesto para mi casa, con el objeto de hacerlos durante las noches, Con esta acción, al otro día, no tenía trabajos pendientes por realizar, así que me iba a la oficina de Héctor y le ponía a disposición mi ayuda para alguna reparación, sobre todo con algún tipo de problemas por resolver.

Él me decía que no tenía problemas con eso, y que no quería tener dramas con el área de ventas a donde yo pertenecía. En ese instante yo le explicaba mi estrategia de hacer los presupuestos en mi casa y por eso es que no tenía pendientes en mis obligaciones. A él parecía agradarle mis ganas de trabajar y por ende, me daba algunas misiones relacionadas con el tema de las reparaciones.



Cuando el gerente de ventas se enteró por “alguien” que yo estaba haciendo otras labores que no eran precisamente de cotizaciones, se fue derecho a reclamarle a Héctor, y la respuesta era simple, Héctor le decía; “Carlos no tiene pendientes porque los hace en su casa”.

Mis fuertes inclinaciones a las reparaciones de equipos, mi empeño, y mi liderazgo visible sobre mis compañeros, hicieron que rápidamente me nombraran jefe del taller más importante de la empresa, el Taller de Maquinaria Pesada. Es ahí donde reparábamos los grandes equipos mineros, mediante los procesos de recuperación por soldadura, alivio de tensiones por calor y terminando con el mecanizado final en grandes máquinas para obtener las medidas originales de fábrica. Este era un trabajo que me encantaba, además con todo lo que ya que me había tocado vivir en lo personal, a esta altura del partido, yo ya era un “experto” en recomponer, construir o reparar, o como quiera llamarle usted.

Un par de años antes de esta época, jugando fútbol, sufrí una lesión importante en mi rodilla izquierda, el diagnóstico fue “Rotura del ligamento interior cruzado” la que nunca me traté como debía ser, la razón fue porque siempre estaba con algo a delante de mí en términos laborales y que nunca quise desaprovechar en pos de mi carrera. Ahora debo reconocer que a causa de esas decisiones estoy sufriendo de una rica artrosis a mi rodilla izquierda, que espera impaciente una prótesis de última generación. El problema era no poder caminar, sin embargo, la fui controlando con la regulación de mi peso corporal para me no haga tanto escándalo en el diario vivir, esto es lo único que gané con el fútbol, o más bien debo ser claro y decir, lo que me provoqué yo mismo por seguir con la weíata del fútbol que no me dio nada más que una artrosis irreparable, sumada a las malas decisiones de no tratármela en la forma y el tiempo correcto.

## Antofagasta y otras cosas

Pronto mis inquietudes me fueron movilizando a querer mirar otras cosas en términos laborales, en especial no tenía muy claro qué, pero quería seguir avanzando. Recuerdo que hablé con un empresario de Antofagasta que había conocido hace algunos años atrás, él quería instalar un taller de reparaciones de equipos mineros en Antofagasta, me invitó a esta ciudad y hablamos sobre la idea que por cierto me sedujo de sobre manera. Por otra parte, Héctor quien había sido mi gran soporte había decidido dejar la compañía, sería el Gerente General de una nueva empresa que se estaba formando en Chile y que representaba todas las compañías de seguros automotrices y su primer desafío era un entrenamiento por algunos meses en España, lo que más lo entusiasmaba, así que partió junto a sus hijos, sin mirar hacia atrás.

Yo por mi parte y no con muchas cosas concretas en mi mano, decidí presentar mi renuncia al Gerente General de aquella época, le expliqué los motivos y mis nuevos proyectos. Al pasar de algunos días y seguro que después de hablar con los dueños, el Gerente General me pidió que fuera a su oficina y me dijo: Carlos ¿por qué no hace lo mismo, pero con nosotros en Antofagasta? Yo le respondí que la idea era muy tentadora pero que yo ya tenía un compromiso que no podía deshacer de una manera arbitraria, así que me comprometí a hablar con el otro caballero para ver cómo sería todo esto y quedé de responderle a la brevedad.

Estoy convencido que las cosas pasan por algo, aunque a veces no lo podamos entender en el momento, el hecho es que fui a hablar con este señor y en ese momento lo encontré titubeante, me dijo que estaba terminando de hacer algunas inversiones en su empresa actual y que tendríamos que dilatar el proyecto. Yo le comenté que Sorena, la empresa donde yo trabajaba también quería hacer lo mismo en Antofagasta. Pienso que en ese instante,

Danilo como se llamaba, se sintió aliviado y sin culpa y me dijo: “puchas, si puede hacerlo con ellos, hágalo no más, por mí no se preocupe”. En ese momento sentí que me la tiró con onda, la bajé de pecho y finalmente pude dominar el balón.

Con esta información me regresé a hablar con el Gerente General de Sorena, y le comenté sobre la situación. Eso lo puso muy contento y de esta forma comenzamos a hacer el Proyecto llamado Centro de Reparaciones y Equipos “Sorena Norte Grande”, ¡tremendo ni que título!

Comencé a viajar más seguido a Antofagasta para visitar la obra y a los clientes de la zona, o sea estábamos sembrando. Ya habían transcurrido un par de meses y nuevamente me llama a su oficina don Patricio Lehuedé quien era el Gerente General. Al ingresar a su oficina me dice en forma intrigante, Carlos por favor siéntese. Una vez realizado el acto político de sentarme, don Patricio a reglón seguido me dice; “quería comentarle que ahora usted tiene nuevo Jefe”, la pregunta mía fue más que obvia, ¿quién?, Héctor Espinoza, me respondió, y continuó diciendo; Héctor decidió volver a Chile, nos reunimos, le propuse el cargo y a él le gustó la idea, además que ustedes dos se llevan bien y estoy seguro que les irá extraordinario

Sin duda, Don Patricio era visionario y veía que muchas cosas se conjugaban para que todo saliera muy bien, y así no más fue, el negocio dio los frutos esperados por todos.

Patricio Lehuede Rau, no podía quedar fuera de esta historia. Podrán sacar las cuentas, lo conozco hace más de treinta años o tal vez más. Durante todo este tiempo y no importando donde nos encontremos, él y yo seguimos manteniendo una muy buena amistad. Para mí lo trascendente de este caballero es que siempre ha sido mi apoyo incondicional en el plano profesional y en muchas otras ocasiones lo ha sido en plano emocional. Es un ser tremendamente sabio y de gran corazón, ha estado cerca de mí en momentos muy difíciles, siempre animándome, aconsejándome y depositando una tremenda confianza en mi persona, lo que sin duda siempre ha sido un fuerte componente para poder salir adelante.

Siguiendo con la historia, recuerdo que a los pocos días nos contactamos con Héctor y nos juntamos a almorzar. En ese encuentro ambos hicimos un pacto de honor al terminar

el almuerzo, él me dijo: “Carlitos, si nos va bien, nos ira bien a los dos”, eso significaba mucho para mí, había que jugársela por completo en este nuevo proyecto, de esta forma sellamos nuestro acuerdo estrechándonos nuestras manos como un signo de compromiso. Este pacto que nos unió fuertemente en ese momento, también fue el que nos separó después al paso de algunos años.

Volviendo al relato, lo primero que había que hacer era mudarse para Antofagasta, así que hablé con mi familia de inmediato y por ese lado no hubo drama, mi esposa y mis dos hijos estaban listos para el viaje. La empresa me prestó el 25% para la compra de una casa y a mitad de año ya estábamos viviendo en la “Perla del Norte”, el nombre turístico de Antofagasta, la capital mundial del cobre y otros apodosos que en verdad no lograban para ese entonces hacer desaparecer ni siquiera un poco lo feo y desolado que era todo ese lugar. Apenas la costanera salvaba un poco la situación, porque el interior la ciudad era un “callamperio” espantoso y deprimente, se podían ver en las calles cada espécimen que ni siquiera tenían cara de sospechosos, más bien tenían cara de culpables, condenados y rematados, solamente y como en todos los lugares del mundo, el sector de los más pudientes era muy lindo y atractivo, sin embargo este sector se encontraba alejado del mundanal ruido, es decir a unos cuantos kilómetros de los picantes y para más cagarla, los weas Antofagastinos, en ese tiempo eran más flojos que la mandíbula de arriba, ¿me pueden creer que cerraban el comercio a las 12:30 y lo abrían a las 17:00?, la media ni que siesta se mandaban estos mortales, pero era su cultura y había que ser respetuoso con eso, como dijo un amigo sociólogo, lo que me pareció muy acertado en el momento que me lo dijo, pero cuando necesité atención dentro de esos horarios, las putiadas que les echaba a los Antofagastinos se las tienen que imaginar.

Llevábamos poco tiempo de radicados, y nos invitaron en una cena en la casa de un conocido, ahí un tipo me dijo; “Antofagasta es la Ciudad que se llora dos veces, la primera cuando llegas y la segunda cuando te vas”, mientras me mandaba el primer bocadillo al paladar, estuve absolutamente de acuerdo y acepté su aseveración, pero más que nada para caer en gracia y no

incomodar, sin embargo para la segunda copa de vino me dije a mí mismo; “este tipo está weón” no puedes ponerte a llorar cuando dejes esta mierda de pueblo.

Pero en fin, cada locati con su tema pensé en ese instante, esta fue mi conclusión en aquel momento y aunque yo no estuviera de acuerdo había que respetar la diferencia de opinión. Al final viví trece años en Antofagasta, y cuando me fui, ¿adivinen qué? ¡Weón, me puse a llorar como los weones!, el tipo de aquella noche, tenía toda la razón del mundo.

A las semanas de haber llegado a Antofagasta, nos enteramos que venía en camino nuestro tercer hijo. Al poco tiempo, por las ecografías, supimos que era niñita. Todo se revolucionó en la casa, ahora había cuatro propuestas de nombre y no llegábamos a ningún acuerdo, por esta razón decidimos hacer un concurso para elegir el nombre que le pondríamos, y todos pusimos en un papel los dos nombres que queríamos y mi papelito salió el ganador, wuajaja.

“Belén Antonella”, ese es el nombre de mi tercera hija, en realidad no se me había ocurrido a mí, este era el nombre de una amiguita que tenía Carlitos cuando él tenía como cinco o seis años, la Belén original vivía frente a nuestra casa en Santiago, era una Argentina con un carácter de los mil demonios y que manejaba a Carlitos de una bola y como ella quería, a mí me gustaba mucho su nombre y también su personalidad.

Finalmente llegó la Belén, mi tercera hija, ha sido una mina terrible desde que nació hasta el día de hoy con sus casi dieciocho años de edad, es la mina más manipuladora y achacadora que he conocido en toda mi vida, todo lo que quiere lo consigue, porque además es obsesiva la muñeca, Me encanta mucho su personalidad, hace algún tiempo pensé que ya estaba vacunado con sus ataques de manipulación, pero en la actualidad, sigo cayendo en sus redes como un santo gil.

Respecto a mi carrera de ingeniero, me quedaba menos que un semestre cuando nos fuimos a radicar a Antofagasta, así que la dirección académica, los profesores y mis compañeros, se la jugaron y me permitieron dar exámenes libres, eso quería decir que viajaba cada cierto tiempo a rendir los exámenes parciales y finales al mismo tiempo. Mis compañeros me enviaban la materia de sus cuadernos, sumada a la ayuda de libros y

otros estudiantes de ingeniería que conocí en Antofagasta pude terminar el semestre sin mayor dificultad. Luego de eso realicé mi tesis y rendí mi examen de grado, logrando el título de Ingeniero Metalmeccánico y además de eso, con mención honrosa el puta madre.

Ya estaba cumplido el desafío en honor a mi viejo, luego de eso, me enfoqué fuerte a la parte laboral, trabajé como un chino todos los días hasta altas horas de la noche, hicimos cosas increíbles con mi Patner Esteban que me había acompañado desde los inicios en Sorena.

Esteban Diaz Alarcón, fiel compañero de mil batallas, hemos trabajado juntos por casi cuarenta años. Por algún tiempo, Esteban fue mi cuñado, pero la verdad es que eso nunca nos importó, mi aprecio a Esteban está basado única y exclusivamente en sus grandes cualidades. Debo reconocer públicamente que gran parte de lo que he logrado profesionalmente en la vida ha sido con la siempre e incondicional ayuda de él. Esteban ha sido siempre el complemento de este guerrero.

A los tres años de trabajar en el norte rompimos todos los record, yo era el jefe de producción, dirigía toda la operación y Héctor veía las ventas, la contabilidad y obviamente la reportabilidad a la casa matriz en Santiago.

No recuerdo si el primer o segundo año viviendo en Antofagasta conocí a una hijuna con la que me puse a tallar al poco tiempo de haberla conocido, y más encima era casada, para más cagarla.

¿El resultado? Como se podrán imaginar, nada bueno por supuesto, mantener una relación “paralela” y “oculta” por más de diez años nunca termina bien, ni siquiera en las películas.

Por un lado, manejaba el tablero de ajedrez tratando de mantener todas las piezas ordenadas de una familia normal y bien construida y por otro el lado me estaba tomando el agua de una fuente ajena.

La adrenalina, la pasión, las carencias, el deseo de validación, y el qué sé yo, me llevaron a tomar estas lindas y atinadas decisiones.

En la pega y por los resultados obtenidos, la dirección general de la empresa decide hacer de Sorena Norte Grande, una empresa diferente a la casa matriz, es decir pasábamos a ser autónomos y Héctor de gerente de planta pasó a ocupar el cargo de Gerente General de Sorena Norte Grande, y es precisamente en esta parte de la historia donde comienza el principio de nuestra separación, la promesa que nos hicimos al principio y que nos unió fuertemente, paradójicamente ahora “nos estaba separando”, al final él tomó la decisión de no compartir las ganancias conmigo, y de esto más detalles no voy a dar. Debo reconocer públicamente que le tuve mucho cariño a Héctor y que fue súper importante en una etapa de mi vida, pero ahora creo que decir una palabra para referirme a él es muy poco y decir dos es explayarse demasiado en el tema, entonces, lo dejaremos solo hasta donde les conté.

En ese tiempo conocí a un gringo extraño, Bernie Loyer es su nombre, él llegó a Chile para trabajar en la minera Escondida, y lo conocí porque llegó a nuestro taller para hacer algunas reparaciones de unos equipos que habían comprado para un nuevo proyecto de la Minera.

Bernie, hombre grande, obviamente con rasgos anglosajones, callado a veces y otras tantas demasiado hablador para mi gusto, era como un latino en cuerpo de gringo, por lo menos eso era lo que pensaba yo.

Quiero definir a Bernie como el mentor más importante de mi vida y tremendo amigo, y no me estoy refiriendo solamente en términos laborales, que definitivamente y por mucho si lo es, sino además, lo ha sido también en lo personal. Bernie es un ser humano tremendo y por eso es muy querido por todas las personas que lo conocen, no importando quién sea, desde un alto ejecutivo hasta el viejito que cuida los autos en la calle.

Bernie tiene tiempo y conversación para todo el mundo, creo que él posee un tremendo corazón que apenas debe caber en su pecho.

Mucho de lo que hoy soy ha sido gracias a su ayuda e influencia y eso nunca lo voy a dejar de reconocer. Para mí y muchas personas que han conocido a Bernie le damos la definición de “ser iluminado”.

Al poco tiempo de habernos conocido a él lo trasladaron a

Santiago para trabajar para un nuevo proyecto que se llamaba “Fase IV” y por ahí le perdí la pista.

Yo por mi parte y por algunos nuevos desafíos que me impuse, vendí el departamento que había comprado hace algunos años atrás en Santiago y el dinero lo ocupé para estudiar un nuevo grado académico, el nombre era “Master en Gestión de Producción y Calidad”, las clases se impartían en Santiago, de esta manera ciertos fines de semana debía viajar para asistir a mis clases.

El lugar donde se impartían las clases se llama “Edificio de las Industrias”, ubicado en Andrés Bello frente a la embajada de EEUU.

Un buen día, en el ascensor del edificio, me encontré nada más ni nada menos con Bernie Loyer, los dos nos quedamos muy extrañados por la tamaña coincidencia, ya que curiosamente, su nueva oficina estaba en el piso siete y yo tenía clases en el piso cuatro.

Hablamos corto y preciso mientras recorríamos el trayecto del ascensor, en realidad solo alcanzamos a definir una hora y fecha para cenar.

Cuando nos juntamos a comer, él me invitó a trabajar en el proyecto “FASE IV” para Minera Escondida, a lo cual accedí de inmediato sin ni siquiera saber el cargo y el salario, pero el resultado era que a los meses ya estaba trabajando para la Minera Escondida.

Obviamente no tenía ninguna experiencia en trabajar para una planta concentradora, menos estar inserto en un equipo de mantenimiento, solo conocía los equipos porque los reparaba, pero nunca los había visto funcionar, menos conocía de estrategias de planificación y mantenimiento para una planta.

Eso por una parte y por otra, el extrañar mis máquinas herramientas y mis fierros me hicieron pensar en regresar a Sorena cuando ya había transcurrido más o menos tres meses de mi partida. Afortunadamente en esa oportunidad alguien me aconsejó; “Aguanta y no mires para atrás, todo será diferente en un tiempo”.

Y fue la pura y santa verdad, ya titulado de master en gestión de producción y calidad empecé a insertarme de una mejor forma en el sistema minero. En un par años pude mostrar mis



habilidades de líder y de mecánico, lo que me llevó a ser el Superintendente de Servicios. Yo era en aquel entonces, el más joven Superintendente de la Mina Escondida.

En ese mismo momento aproveché el ascenso y me matriculé en un MBA de negocios, comenzando a estudiar nuevamente para potenciar mi área de gestión en este nuevo rol. Este post grado lo terminé con éxito y sin mucho escándalo, mi tesis fue la creación de una empresa de reparaciones de equipos mineros la que pude finalmente hacerla realidad unos años más adelante.

Nuestro turno en la mina era 4x3 eso quiere decir que nos íbamos los lunes en la mañana a la mina y regresábamos a nuestras casas los jueves en la tarde, un turno bastante cómodo para mí.

Por esos días, la compañía me pidió viajar a Holanda para asistir a unas pruebas de equipos que estábamos comprando, así que aproveché de hacerme el gracioso en la casa e invité a Lilian para que fuera conmigo. La visita era por una semana, así que aproveché la oportunidad y pedí una semana adicional de vacaciones para recorrer algunos lugares del viejo continente. El viaje finalmente resultó ser muy entretenido, conocimos varios lugares emblemáticos en Holanda, Alemania, España y Francia. Obviamente no faltaron los souvenir que compramos de regalo para los más cercanos, sin embargo, nos trajimos uno que solo habiendo trascendido dos meses del viaje nos dimos cuenta que lo habíamos traído hasta Chile, me refiero que en aquel viaje Lilian quedó embarazada de nuestro cuarto hijo, así como suena, a los cuarenta años nuevamente seríamos padres, con una hija que para ese entonces ya tenía diecinueve años. Por supuesto que esto provocó un desajuste en nuestras vidas, sobre todo porque nuestra relación matrimonial venía en caída libre. El hecho es que la noticia no cayó muy bien y Lilian no me habló como en tres meses como si yo hubiese sido el único responsable.

Cuando nació Francisco Esteban, todo cambió radicalmente, él se transformó en la luz de todos y cada uno de los integrantes de la familia, y cuando digo a todos, lo grafico diciendo que él es "Mi Pancho" para mí, para Lilian y para sus hermanos. Panchito es realmente un ser muy especial.

Hablando de otros temas, recuerdo que Bernie regresó a vivir en Antofagasta y comenzamos construir un velero, si, tal cual como suena, es decir un Bote grande con Velas y todo.

Era una tremenda cosa, medía 17 metros de largo, 4 metros de ancho y pesaba 28 toneladas, era de casco metálico y fue bautizado con el nombre de "Pingüino", este nombre se lo puso su hija Stephanie y dijo que era porque los Pingüinos tenían alas pero no volaban, y este Velero tendría velas pero nunca navegaría.

Una vez terminado el casco comencé a ayudar a Bernie todos los fines de semana en la construcción del Pingüino, fueron 4 años de trabajo de fin de semana, así que en el lugar de construcción nos reuníamos con las familias y hacíamos algunos asados de vez en cuando para que nos vieran las caras.

Ya habían pasado como cuatro años y medio de mi llegada a Escondida y Bernie decide regresar a USA. Entonces teníamos como 6 meses para terminar el velero y en ese tiempo le dimos fuerte al trabajo, incluso navidad y año nuevo lo trabajábamos desde muy temprano hasta altas horas de la noche, bajé como 10 kilos en esos meses, la verdad es que trabajamos muy duro para terminar.

Llegó el día de la partida de Bernie, se notaba triste, lo acompañé al aeropuerto y quedamos en volver a vernos pronto en algún lugar del mundo. Él comenzó a trabajar para una empresa llamada FLSmidth como Director de Ventas o algo por estilo, obviamente Escondida para mí y mis colegas ya no era lo mismo sin Bernie.

Al poco tiempo Bernie me dijo que quería llevarse el Pingüino Estados Unidos que ya en ese entonces, se encontraba listo para zapar, y como siempre, le respondí rápido y pensando poco, "estoy listo", aunque después en el análisis frío, me cayó la teja de que yo no tenía ningún hueso de marino y que me recontra mareaba cada vez que hacíamos pruebas en la costa, pero yo había participado en el diseño y construcción de la transmisión y los sistemas hidráulicos, así que él me necesitaba para la contingencia, entonces debía hacer tripas de corazón y acompañarlo nomás.

El día cero llegó, nos juntamos nuevamente con Bernie en Antofagasta y el capitán Negro, nombre que le pusimos a un amigo que hacía mantenimiento a los Botes en el Club de Yates y quien también sería parte de la tripulación. Pedro ya contaba con una licencia de capitán "Costero" pero no de alta mar, eso quería decir que el weón "Nunca" había navegado lejos de la costa y eso no dejaba de preocuparme. Por otro lado Bernie también había sacado la licencia de Capitán Costero, pero creo que la autoridad marítima de Antofagasta le regaló la licencia por ser un gringo simpático.

Como sea, igual emprendimos la travesía que en total duró dos años y medio, claro que la hicimos por etapa, eso quiere decir que navegábamos 15 días, dejábamos el Pingüino en un club, y regresábamos después de algunos meses a seguir con lo mismo.

Los tramos que hicimos fueron desde Antofagasta a Lima Perú, después Salinas Ecuador, Ciudad de Panamá, Jamaica, Cayo Guillermo Cuba, Fort Lauderdale, USA y Nueva York USA. Cruzar todos estos lugares nos tomó aproximadamente noventa días de navegación de los cuales pensé que moriríamos por lo menos en tres oportunidades, siempre haciéndome la famosa pregunta que me ha perseguido por muchos años "¿qué chucha estoy haciendo acá?". Por supuesto nunca he tenido una respuesta, o tal vez si la he tenido, pero no la he querido verbalizar, hasta ahora; "de weón no más que soy".

Hoy puedo decir con los pies bien puestos sobre tierra firme y la situación vivida ya muy lejana, que fue una tremenda y gran experiencia que muy pocos pueden contar. En resumen para mí fue algo "EXTRAORDINARIO", pero ni weón la volvería a repetir, ¿contradictorio, o no?

Volviendo a la parte laboral ya habían pasado algunos meses de la partida de Bernie y un buen día en una conversación telefónica me preguntó si quería trabajar para FLS en Santiago y mi respuesta una vez más no fue de esperar, "estoy listo", le respondí al instante.

Con los años he podido confirmar que para este gringo cabrón es una de las frases que más le encanta escuchar como respuesta.

Y así no más fue la cosa, renuncié a Escondida, vendimos la casa de Antofagasta, compramos una parcela en Santiago y nos regresamos después de trece años. Así de simple, Run-Run se devuelve del norte a su tierra natal.

Ya instalado en Santiago comencé mi nuevo trabajo como Gerente de Proyectos. Me asignaron de inmediato un Proyecto para una compañía minera Peruana, Cerro Corona era su nombre, por otra parte y en forma particular comencé a asesorar una empresa de reparaciones en Antofagasta. Esto estaba muy relacionado con el segundo MBA que había realizado hace poco, yo ya había hecho algunos estudios para otras empresas del rubro, siempre como casos de estudios para mi Maestría y la verdad que habían resultado bastante bien conforme a mis recomendaciones, eso me había dado un poco de fama en el tema, así que esta empresa decidió constituir un directorio no formal, dado que solo era una empresa de responsabilidad limitada. Ya en el directorio comencé a oficiar de presidente, tenía que asistir a reuniones una vez por mes en Antofagasta y también a asesorar vía telefónica temas técnicos de reparación que ellos requerían. Por lo anterior comencé a recibir un sueldo adicional que no me quedaba nada de mal.

Al poco tiempo le propuse a la empresa un plan de negocios que se basaba principalmente en diversificar su negocio a reparaciones de valor más alto, es decir hacer menos cantidades pero de mayor valor, como por ejemplo la reparación de los famosos chancadores y cajas reductoras entre los nuevos productos.

De esta forma les presenté un plan de expansión donde debían invertir dinero en algunas máquinas. Luego de eso surgió la idea de hacer una empresa diferente a la actual. La idea tomaba más peso dado que ellos eran dueños de algunos terrenos en un barrio industrial de Antofagasta, lo que hacía mucho más factible el proyecto.

Cuando digo ellos, me refiero a que eran tres los dueños de la empresa que yo asesoraba y cuando decidimos hacer una nueva empresa, fue pensando en ser con cuatro socios con el 25% de la propiedad para cada uno de nosotros.

La diferencia estribaba en que ellos tres debían poner el capital de inversión y yo la explotación de la empresa. Como les conté antes, en el MBA que había realizado mi tesis fue la

creación de una empresa de esta índole, así que les presenté un resumen del caso de negocios, la inversión requerida, un flujo de caja proyectado y algunos acuerdos legales, luego de eso, le dimos para adelante fuerte y derecho.

Renuncié a mi nuevo trabajo después de haber transcurrido solo seis meses, es decir la nada misma, me acuerdo que tenía mucho temor, pero también sentía que esta era mi oportunidad que había soñado por muchos años, entonces, no había vuelta atrás, solo había que avanzar.

Me compré un departamento pequeño y fui a Antofagasta a trabajar 4x3, es decir me iba los lunes muy temprano y regresaba los jueves en la noche, me arranché en una oficina de la empresa de mis socios que me arrendaron (nada es gratis en la vida) y comencé a ejecutar el proyecto de una.

La reacción de Bernie evidentemente no fue buena en un principio, pero después se calmó y me ofreció trabajar en USA reparando y fabricando canchadores en una empresa que recién había comprado FLSmidth, la verdad que la oferta fue re tentadora, pero no podía echar pie atrás al proyecto que recién estaba comenzando.

Mientras estábamos en plena construcción del taller, me conseguí algunos trabajos con mis contactos los que me permitieron iniciar mis actividades como empresa mucho antes de la puesta en marcha proyectada en nuestro plan, también y por supuesto recibí la ayuda de "San Bernie" que hizo que me contrataran para ejecutar algunos trabajos en diferentes lugares donde él tenía influencia.

Compramos varias máquinas para realizar nuestro trabajo, contratamos casi a puros conocidos que habían trabajado conmigo en Sorena y así empezamos la operación.

Recuerdo que según mi flujo de caja proyectado para el proyecto, los dos primeros años nos darían resultados negativos y el tercer año recién empataríamos los resultados, de ahí para adelante comenzaríamos a obtener ganancias, sin embargo, me equivoqué rotundamente, el primer año ganamos ciento nueve millones después de impuesto. Esto fue bueno y malo a la vez, fue bueno porque teníamos considerado pérdidas y el negocio prometía más de lo que pensamos en la estimación y fue malo, porque mis socios para el segundo año se imaginaron el doble de ganancias, cosa que no sucedió y obviamente originó algo

de frustración por no haberse cumplido las expectativas que ellos se crearon.

En la parte personal me quedó literalmente la cagada, la minoca que tenía por larga data como amante oculta, comenzó a querer otras cosas, ella ya se había separado y quería que yo hiciera lo mismo, la verdad que nunca lo tuve en mente y para seguir zapateando en esa fonda, prometí lo que no podía cumplir, hasta que finalmente se agotaron los tiempos y tuve que cortar la relación. Esto provocó una reacción lógica de despecho de esta mina, nada más ni nada menos haciendo la llamada del siglo, con esto quiero decir que llamó a mi casa y habló directamente con Lilian quien era mi esposa en ese entonces. Lo demás ustedes podrán imaginarlo, quedó la cagada más una, el resumen de todo lo podrán deducir cuando digo más arriba “quien fuera mi esposa en ese entonces” ¿capichi o no capichi?

En la actualidad, tenemos una muy buena relación con Lilian, pese a que ya tenemos nueve años separados y dos de divorciados, intentamos siempre tener buena onda por nosotros y por nuestros hijos.

Lo bueno de lo malo es que ya tenía mi departamento en Antofagasta, por lo tanto en la calle no me quedé.

Curiosamente todo comenzó a ir muy mal en mi vida, como si fuera una reacción en cadena o un efecto dominó, por ejemplo, en la parte laboral, no recuerdo mucho cómo se dieron las cosas, pero algo se rompió con mis socios y la salida más pulcra para deshacer nuestra sociedad era la venta de la empresa, así de críticas estaban las relaciones, así que nuevamente me encomendé a “San Bernie”, quien me ayudó a resolver el problema logrando que finalmente una compañía importante nos comprara nuestra empresa con los 65 trabajadores incluidos, teníamos dos años y medio de operación en ese instante.

Para mí fue muy triste vender, este era el sueño de mi vida, pero en realidad no me quedaron opciones, por la venta gané una cantidad que cubrió los dos años y medio de riesgo y esfuerzo, pero para mí no era lo más importante. Una de las cosas más negativas que sucedieron, fue que a raíz de toda las tensiones que esto significó, tomé la mala decisión de volver a fumar cosa que había suspendido por más de 18 años.

Respecto a la realización del negocio, se puso una cláusula en el contrato de compra y venta y era que yo debía quedarme a

lo menos cinco años como Gerente de Planta, la verdad que en ese entonces no había visto opciones para trabajar en otro lugar, pero tampoco me desagradaba la idea con la nueva compañía y me quedé trabajando para ellos, obviamente firmando el acuerdo por cinco años que básicamente decía que si me retiraba antes de ese tiempo, debía pagar una multa de doscientos mil dólares.

Al poco tiempo, Bernie se incomodó con alguien del corporativo de su empresa y decidió migrar de trabajo, esta vez era una Mina de Plomo, Zinc y Oro en México, ¿y qué creen que pasó?

Al año y medio, Bernie me preguntó ¿Estás listo? Ya mi respuesta se la podrán imaginar, “Estoy listo” le respondí. Y la verdad es que no estaba listo, necesitaba arreglar mi salida ya que habían multas de por medio si me iba antes de los cinco años. Fui a hablar con el Gerente General de la empresa en Chile que además es un buen amigo de Bernie, le expliqué el caso y me dijo que me podía ir tranquilo, que me olvidara de la multa y más encima me pagaría parte de la indemnización “Grande Jefe”.

Me fui a trabajar a México por casi dos años con turno de 14x7, y con el cargo de Superintendente de Servicios de Mantenimiento Planta, lo que significaba que estaba como responsable de todas las reparaciones tanto externas como internas, además se sumaban todos los trabajos más cabrones de la planta. Durante los siete días de mis descansos viajaba a Chile para poder ver a mis hijos, entonces hacia los arreglos para ir desde el centro de Santiago a Calera de tango muy temprano para llevarlos al colegio en la mañana y algunos días se quedaban conmigo en un departamento pequeñito que yo había arrendado para tales efectos.

El sentimiento de inestabilidad estaba muy presente en mi vida, necesitaba tener algo que fuera mi refugio, mi guarida, algo donde poder poner un clavo para colgar un cuadro como mínimo, así que me animé y me compré un departamento en el que actualmente estoy viviendo, no es algo muy grande pero muy cómodo y me siento muy bien en él, mis niños tienen su habitación siempre disponible y yo la mía que además me encanta junto a mi cocina por supuesto.

Al escurridizo de Bernie lo ascendieron como Director de Proyectos para Sudamérica. Con este tremendo cargo se regresó a vivir a Santiago de Chile y se hizo cargo del proyecto el Morro que estaba en las cercanías de Vallenar y del proyecto Cerro Negro en la Patagonia Argentina. Este último estaba mucho más adelantado dado que ya se había comenzado la construcción hace algunos meses.

Ya me da lata contarles que a reglón seguido me asignaron a Cerro Negro, como Gerente de Desarrollo de Mantenimiento, con esto regresé a vivir en Santiago, trabajaba una semana en las Oficinas de Goldcorp en Santiago, otra semana me la pasaba en Tucson, Arizona, otra semana iba al Proyecto en la Patagonia y otra semana en las oficinas de la compañía en Buenos Aires.

Me incorporé a este nuevo desafío en Febrero del dos mil doce y para noviembre del mismo año tuve que comenzar a realizar turnos de 10x4 ya que fui promovido al cargo de Gerente de Operaciones, funciones que estaban en ese entonces más enfocadas al desarrollo y producción de la mina que de la planta, ya que esta última se encontraba en proceso de construcción.

Ahora era todo un minero y de tres minas más encima, Eureka, Mariana Central y Marina Norte eran los nombres, quien lo iba a imaginar, pienso en cómo es la vida, te lleva por caminos que nunca imaginaste. Pero ya estaba, era otro desafío que inyectó en mí una dosis de juventud y energía para retomar mi ritmo de trabajo que de alguna forma había disminuido en los últimos años, y que por lo demás, coincide con el día del "cagazo familiar", después de eso mi vida indiscutiblemente cambió en forma radical y la parte laboral no estuvo exenta.

Nunca había estado trabajando en el área de mina, siempre en mis trabajos estuve ligado a la plantas de procesos, así que no tenía ninguna idea de dónde estaba parado, y para más cagarla, las tres minas eran subterráneas, así que hasta miedo de entrar me daba, sobre todo con la experiencia de los famosos treinta y tres sobrevivientes de la mina San José, no podía dejar de pensar que un derrumbe era una posibilidad muy cierta, por lo menos me haría famoso y posiblemente me recordarían en una película, claro que sin Antonio Banderas, lo más probable que fuera con Voldemort de Harry Potter.



Los ingenieros y los de área de servicios técnicos de la mina, hablaban en otro idioma, de verdad que no entendía ni una sola wevada de las que decían estos giles y eso me desesperaba.

Lo primero que hice en mi nuevo trabajo, fue desarrollar una estrategia de seguridad para la mina y para eso no necesitaba tener estudios de minero. Por supuesto que fortalecer mis conocimientos técnicos fue perentorio para liderar el área, así que me instalé en la oficina del gerente de Servicios Técnico es decir, al ladito de él, de esa forma y por consecuencia, comencé a escuchar conversaciones técnicas entre ingenieros de mina, topógrafos y planificadores. En estas conversaciones me surgían un montón de preguntas que amablemente me explicaban para entender de qué se estaba hablando, esto lo hice durante ocho meses que me permitieron poder por lo menos entender que se estaba haciendo en el área que tenía a cargo y de esta manera poder opinar sobre los procesos involucrados.

Debo reconocer que aprendí un montón de cosas nuevas, sin embargo, esto también demandó una cantidad importante de mí tiempo lo que me provocó a esa altura del partido un estrés importante que me quitó hasta el sueño, o sea literalmente me dejó con trastornos de sueño.

Trabajar más de tres años en Argentina y dos en México me hicieron pensar fuertemente en regresar a mi Chilito y volver a independizarme con mi propia empresa.

De esta forma decidí crear una empresa de innovación para apoyar las operaciones de empresas mineras que en esos momentos estaban demandando desarrollo tecnológico en sus procesos.

Con todos estos pensamientos en mi cabeza, finalmente tomé la decisión de retirarme de la compañía en mayo del 2015 y de esa fecha hasta ahora todavía no me arrepiento. Comencé un nuevo negocio en Antofagasta acompañado de un empresario ya consolidado donde generamos una sociedad en la empresa de innovación y también de la empresa ya existente de su propiedad, tomando el cargo de director de Operaciones. De esta manera ya comencé mi nueva aventura. Estoy feliz con mi nuevo trabajo y tengo muchas expectativas sobre el futuro de esta nueva etapa laboral.

Me siguen pareciendo increíbles las vueltas de la vida, por muchos años habíamos estado hablando con Ronald, mi amigo y ahora mi socio, sobre la posibilidad de hacer algo juntos, los últimos años nos juntábamos cada tanto a cenar cuando los dos coincidamos de visita en Santiago, siempre hablamos del tema pero no avanzábamos mucho. Hoy los dos estamos convencido que este era el momento, y así lo estamos viviendo.

Como se podrán haber percatado, ha sido una vida muy movida, nada de aburrida, aunque debo reconocer que este viaje ha sido como ir en una montaña rusa, a veces con muchas ganas de bajarme por el vértigo pero en otras, disfrutando mucho el trayecto.

Quiero cerrar los “Cincuenta años de Guerra” con una historia distinta y por qué no contarla, Algunos de los pocos amigos que tengo me llamaron al trabajo en la Patagonia Argentina poco antes de mi renuncia, Lucas para ser más preciso fue el de la llamada, me dijo: el jueves cuando vengas tráete un corderito patagónico para que lo deleitemos con el club de Tobi, yapo le dije, lo llevo, no hay drama.

Pero weón, me dijo, te recuerdo que esto es un club de Tobi, así que todos se ponen al arco, esas son las reglas, ¿me entendiste?, siii, le respondí.

Mientras esa tarde conducía mi camioneta al campamento donde dormía, en el trayecto, pensaba en hacer algo distinto, diferente, que dejara una huella, y me dije, voy a llamar a Luís Lebert, el vocalista y líder del grupo del canto nuevo chileno “Santiago del Nuevo Extremo” no sé por qué pensé en él, pero lo voy a invitar como una sorpresa para mis amigos.

Cuando llegué a mi habitación, comencé a buscar el teléfono de Luís, llegué hasta Facebook en la búsqueda y pude leer algo que Luís había postado hace un par de días. El contexto de la narrativa no lo entendí hasta varios días después de haberme instruido en el tema, el hecho es que sentí una tremenda tristeza en sus palabras a pesar de encontrarme a miles de kilómetros al punto que me sentí tremendamente conmovido. Creo que las personas no necesitan estar juntas físicamente para transmitirse las energías y creo que este fue un claro ejemplo de los que le digo.

Encontré un número en internet y llamé, buenas noches, dije, quisiera hablar con Luís, del otro lado respondieron:

exactamente usted habla con Luís Lebert, ¿en qué lo puedo ayudar?, le dije primero que me disculparé por la patudez de llamarlo, después me identifiqué con algunas indicaciones que él asimiló rápidamente y me dice, sipo compadre, claro que me acuerdo, me dijo, ¿Cómo estoy?, yo bien, le respondí, pero por lo que tú posteaste en Facebook me puedo dar cuenta de tu tristeza. Te das cuenta muy bien, me dijo, porque es así como me siento. Bueno le expliqué lo del corderito Patagónico y que la idea era invitarlo a compartir con nosotros, y si quería invitar al Pedro Villagra mejor todavía,. La respuesta fue rápida y precisa, “compadre cuente con nosotros, de allá somos”.

Finalmente nos mandamos para adentro tremendo y sabroso corderito patagónico en la casa de Miguel junto a mis amigos, Luís Lebert y Pedro Villagra. Además de eso, ellos interpretaron algunas de sus hermosas canciones, que por supuesto cantaron conmigo como artista invitado. Fue una hermosa velada, difícil de olvidar.

## La raya para la suma

Un amigo me preguntó cuál sería la raya para la suma después de escribir este libro. La verdad es que en primera instancia no entendí su pregunta, así que le solicité que me explicará mejor.

Claro, me dijo, ¿cuáles serían tus conclusiones después de haber escrito tu historia?

Buena pregunta respondí y me quedé pensando por largo rato cuál debiera ser la respuesta precisa. No pude evitar en ese instante que se me vinieran a la mente un mar de conclusiones y me esforcé por obtener una respuesta que contuviera todo lo que he pensado, más bien dicho todo lo que he sentido.

Lograr tener una conclusión que abarque todo no fue posible para mí, después de esta experiencia tengo muchas rayas para la suma que quisiera compartir. Así, según el análisis realizado, destaco varios conceptos importantes que me interesa mencionar, como por ejemplo; el encuentro, la voluntad, la domesticación y el amor.

Antes de comenzar a detallarlas sería bueno destacar otra raya para la suma que sin duda alguna es la satisfacción de tan solo escribir. Creo que el éxito de esto no depende de cuántas personas al final lo lean, mi satisfacción primera está en haber escrito el libro independiente del resultado, es decir, reafirmo que lo más importante ha sido vivir este maravilloso proceso.

Cuando digo maravilloso es porque me ha dado el privilegio de darme cuenta de lo hermosa que es la vida tal cual es, con lo que ya sabemos, alegrías y tristezas, con salud y enfermedad, con abundancias y carencias, con amor y odio. En realidad sin importar con lo que sea, esto es la vida, esto es vivir, y por eso no puedo dejar de agradecer por todo lo que he recibido de regalo. Dentro de lo más imponente, están mis cuatro hijos, que sin importar lo que estudiaron, ya se titularon de extraordinarios seres humanos. Los amo con todo mi corazón y me siento muy orgulloso de ser su padre.

Por cierto, es importante recalcar que estos cincuenta años han sido un mar de aprendizajes y cada día que pasa voy tomando más conciencia de eso. Por mencionar un ejemplo, les cuento que aprendí a entender que no he perdido nada y que no estoy solo, no que nunca voy a perder nada porque nada me pertenece, todo me fue prestado y me he aferrado de tal forma como si fuese mío. Este aprendizaje me ha quitado un gran estrés, tal como les decía en algunas páginas atrás, no podría decir cuánto he avanzado en este camino, pero siento que la dirección es la correcta, y continuar por esta senda sigue siendo uno de mis grandes desafíos.

Cuando me refiero a los conceptos antes mencionados, debo comentarles que el famoso “encuentro”, ha sido el que ha tenido un mayor impacto en mí. Pienso que nada distinto hubiese acontecido en mi vida sin el encuentro, y cuando digo mi vida, también quiero decir su vida. Al final de estas líneas, si se pone a pensar de cómo ha sido su propia historia, ni siquiera importando cuán distinta haya sido a la mía, podrá visualizar que la magia del “encuentro” ha estado siempre presente en su camino, y aun más, esos encuentros que yo menciono han sido tan importantes y poderosos que lo han movilizadado a tomar los caminos que lo trajeron hasta donde se encuentra ahora mismo, en este preciso instante.

Pareciera ser una palabra muy simple, pero definitivamente no lo es, “Nacimos para encontrarnos”, escuché que decía alguien por ahí.

Para entender un poco más esto, les cuento que he logrado comprender que estoy formado por dos partes, una que es mí ser “esencia” y otra que es mí ser “consecuencia”, y ambos complementarios.

Explicándolo en pocas palabras, mi yo esencia es todo lo que no puedo dejar en un naufragio, es decir, son mis valores y lo que he podido construir con ellos, me refiero a todas mis creencias, mis sueños y también mis sentimientos.

Por el otro lado tengo a mi yo consecuencia, acá está todo lo que he creído que me pertenece y que en realidad solo me llegó por mera casualidad o por un accidente de la vida. Me refiero a mi familia, mi pareja, mis hijos, trabajo, casa, auto, amigos, incluso hasta mi cuerpo y por qué no decirlo también hasta mi propia vida.

Sin embargo “nada de todo esto lamentablemente es mío”. Y aprovecho de pasar el dato, pero que solo quede entre nosotros: nada de lo que mencioné tampoco es suyo, solo nos los han dado en comodato o préstamo mientras transitamos por este camino que se llama vida. Interesante concepto, que es mi concepto, y no necesariamente tiene que ser el de usted.

En este camino, fueron apareciendo diferentes personas, algunas que me dejaron consecuencias “aparentemente” nefastas y otras que por el contrario, me iluminaron el camino cuando me encontraba en la oscuridad absoluta. Quiero destacar que cuando digo “aparentemente nefastas”, en realidad no creo que sea tan así, más bien creo nunca lo ha sido y nunca lo será, aun cuando debo reconocer que en el momento que se cruzaron, no pude dejar de creer que era todo muy malo. Sin embargo, después de haber pasado por eso, me he ido dando cuenta que gracias a esa situación y persona, luego sucedió otra cosa que fue muy buena para mí, y en esos momentos he concluido que; “si no hubiese ocurrido lo que parecía malo, lo bueno que siguió después de eso tampoco hubiese ocurrido”. Ahora tengo la absoluta conciencia que “siempre” después de la tormenta volvemos a ver el sol. Tenga seguridad que esta es una regla que yo no inventé, pero que está acá.

Ahora quiero referirme a todas esas personas que se cruzaron en mi vida y también en la suya, y que de alguna u otra forma nos dejaron una luz que nos ha permitido encontrar este camino en el que transitamos actualmente y que además nos permita llegar hasta el lugar donde nos encontramos en este instante. Estos, para mí, son los verdaderos héroes anónimos de la vida.

Ya que estoy en la profunda, les cuento que me emociona mucho el tema del famoso encuentro, aunque me vea un hombre fornido y varonil, deben saber que detrás de esta masa de roca hay un corazón sensible y llorón, ¿y por qué no decirlo?, claro que soy llorón, y re llorón, me emociono con poco, hasta con las películas de monitos, pero creo que esto se debe a la “andropausia”, una enfermedad que me pegué en unos de mis viajes a México y es trasmitida por el mismo

mosquito portador del dengue y el chikungunya. Otra vez debo reconocer que esto lamentablemente no es cierto, la verdad es que creo que son los famosos cincuenta. La andropausia es la menopausia masculina, pero ya les dije al principio del libro, que nada puedo hacer, solo me queda disfrutarlo a concho como lo estoy haciendo ahora, créanme.

Por lo mismo, hoy quiero decir, ¡a la mierda la voluntad!, la misma que me acompañó por muchos años, la que me impulsó a doblarle la mano al destino, de la que me sentí tremendamente orgulloso porque había creado en mi un tremendo motor que me permitió lograr lo que hoy soy. Pero ¿saben qué?, ya no quiero ser el mejor, ya no quiero ser el número uno, ya no quiero competir con nadie. Solo quiero ser el que soy, solo quiero disfrutar de la vida tanto como pueda, no quiero más guerra, no quiero más batallas, a mis cincuenta estoy muy cansado de todo esto.

Me he pasado muchos años preguntándome por qué suceden las cosas, sobre todo en periodos que he sentido una profunda tristeza por diferentes razones, ¿por qué he tenido que sufrir por otra persona?, ¿por qué me ha sucedido lo mismo por un trabajo?, ¿por qué he tenido que sufrir por dinero?, a consecuencia de todas estas preguntas retóricas es que hace algunos años comencé una búsqueda incansable que más que respuestas como resultado, fue una búsqueda de tranquilidad espiritual, una que me permitiera dejar que las cosas fluyeran y solo sucedieran, sin tener que provocarme un trastorno casi patológico como venía siendo durante casi toda mi vida.

En algunos pasajes de este trayecto, muchas veces llegué a pensar que era mejor estar triste que feliz. Me pasa que cuando estoy triste me hago mucho más sensible, más consciente y más conectado conmigo mismo, es una sensación muy extraña. En algunas oportunidades me ha pasado como querer evitar estar bien emocionalmente sabiendo que en ese instante me olvido de la realidad.

Mi camino de esa búsqueda de “algo” que no sabía qué, comenzó casi a los veinticinco años, experimenté de todo, me he pasado desde de Jehová hasta la cultura Zen durante estos últimos veinticuatro años.

Mi primera “revolución” espiritual fue cuando tomé la decisión de dejar de creer en Dios, por lo menos en aquel Dios

que nos habían enseñado cuando éramos niños. Aunque me mantengo muy respetuoso de cualquier tipo de fe, dejé de creer en aquel cuento bíblico que nos enseñaron desde que tenemos conciencia. Es precisamente aquí donde para mi comienza el origen de la domesticación a la que fuimos sometidos, y que se basa literalmente en la introducción del miedo y la culpa en nuestros cerebros.

Siempre me negué, de una u otra forma, a la enseñanza de que existe un Dios castigador y autoritario, aunque no puedo asegurar que no existe algo superior a nosotros. A veces me imagino que podría ser como una gran energía que se distribuye en cada uno de nosotros y que acompaña nuestro vehículo, que es nuestro cuerpo con el que nos desplazamos en este corto viaje de la vida. Después de eso, cuando dejamos este mundo, la energía vuelve a su origen para luego repetir lo mismo para los que vienen, y así sucesivamente.

He pensado que Dios es infinitamente más grande de lo que nosotros, los seres humanos, podemos imaginar. No puede ser un padre castigador, no nos puede tener “tan jodidos” en esta vida haciendo méritos para estar mejor en otra.

Según la Biblia, el diablo se encarga de los malos en el infierno o purgatorio, es decir, todos los que hicieron cosas malas en vida se irán al infierno a pagar por los pecados cometidos. Si esto es verdad y si realmente sucede de esta forma, entonces de inmediato me salta la primera pregunta ¿para quién mierda trabaja el diablo?, es muy muy extraño, ¿cierto?, definitivamente no puedo creer en esto.

Todas estas cosas son parte de las enseñanzas que estamos recibiendo desde muy niños y esto inevitablemente nos ha generado “distorsiones mentales” que se quedan fuertemente arraigadas en nuestra cabeza y hacen finalmente que vivamos un paraíso o un infierno terrenal, es decir, aquí y ahora ya, no en otro lugar. Esto para mi es la famosa domesticación que nos condiciona y que nos ha robado la inocencia que traíamos por naturaleza.

Respecto al amor, debo reconocer que gran parte de mi vida me consideré carente de él, algo así como una víctima. Al perder a mi madre tan chico, perdía la única fuente de amor



verdadero que tenía. Tal vez por esta razón me casé muy joven tratando de encontrar lo que había perdido años antes. Después, erradamente, busqué el amor en otros lugares que no correspondían. Ahora pienso que todo eso no era verdad, que era una de mis tantas mentiras. Me puedo dar cuenta que solo estaba dormido, inconsciente de esto, probablemente era el miedo que me invadía, ¿a qué?, no lo sé, tal vez a todo, al presente, al futuro, a lo que tenía, a lo que no tenía, de verdad no lo tengo claro.

Hoy creo que el amor es la antítesis del miedo, porque si tengo miedo entonces la vida no existe. “El amor es valentía”, definición que pude comprender gracias a la incondicional ayuda de mi gran maestro, “el dolor”.

Como les decía anteriormente, hoy me siento lleno de amor, y lo único que quiero es compartir este amor con todo y con todos. Estoy trabajando fuerte para tomar conciencia y abandonar mis miedos y para dar rienda sueltas a las energías que me tocaron en la repartija cuando llegué a este baile. Sé que esta es la única forma en que podré vaciar mi taza y volver a llenarla para luego volver a vaciarla, porque eso es la vida, eso es vivir. No sé cuántos años de vida me quedan y ahora ni siquiera me importa, solo me gustaría ser autentico, madurar, respetar, amarme a mismo, ser simple, humilde, pleno. Solo tengo una condición para hacer todo esto, y es “ser el que soy”.

## Mi legado

Recuerdo que hace algún tiempo puede leer una carta que una persona le escribió a uno de sus hijos. Esa carta contenía una serie de consejos producto de los aprendizajes que la vida le había entregado. Hoy quiero aprovechar esta tremenda oportunidad y hacer exactamente lo mismo, un mensaje para Francisco:

“Francisco, hay algo tremendamente especial entre nosotros, eres mi cuarto hijo, no te amo ni un poco más ni un poco menos que a tus otros hermanos, los amo a todos con la misma intensidad, sin embargo, por alguna razón me veo reflejado en ti, y el verte me recuerda el niño que yo era, tal cual eres tú. Me encanta tu compañía, eres y has sido mi partner y mi soporte en momentos oscuros de mi vida y ni siquiera te diste cuenta, porque todavía gozas de la inocencia que los grandes hemos perdido.

Comencé el relato de este libro casi a la misma edad que ahora tú tienes, diez añitos. Quise relatar en este libro una historia para compartir algunas experiencias y los aprendizajes que estas me dejaron. No es una historia peor o mejor que otras historias, pero gracias a ella he podido comprender aspectos de la vida que hoy quiero compartir contigo.

Francisco Esteban, llegaste a un mundo perfecto tal cual es, aunque muchas veces no te parezca que lo sea, un mundo de hermosos lugares y principalmente de grandes seres humanos que te ayudarán a crecer a pesar que a veces pienses que te están haciendo daño. Sin embargo te están enseñando algo que vale la pena aprender.

Me gustaría decirte que intentes vivir de manera intensa cada instante de tu vida, una a la vez. No te quedes en el pasado, que

eso solo te condicionará el presente y sálvate de planes para el futuro porque la vida te llevara donde te quiera llevar. Intenta hacer esto siempre en forma responsable.

Conéctate con todos y cada una de las cosas y personas que se te cruzan en la vida. En este mismo instante intenta mantenerte presente junto a su energía, aun cuando creas que es nocivo para tu salud. Céeme que esto te ayudará a tomar decisiones más certeras en el futuro.

Intenta no suponer, experimenta lo real, si no sabes pregunta, eso no te hará más grande ni más chico,. Solo de esta forma podrás darte cuenta que no sufrirás muchas veces por cosas que ni siquiera existieron, y que solo fueron creadas en tu mente.

Mantente siempre atento a lo que está sucediendo, sé un observador no un juzgador, no pierdas el tiempo en cosas innecesarias que te desgastarán de una forma que ni te imaginas.

Intenta expresar de forma sincera tus pensamientos y sentimientos en vez de manipular, explicar, justificar o juzgar.

Entrégate por entero a la vida, defiende tu identidad, resístete a la domesticación, cuida tu inocencia como tu mayor tesoro, entrégate al desagrado y al dolor tal como al placer, no intentes nunca limitar tu consciencia.

No aceptes más “debes” o “debieras” que los que tú mismo te impongas, responsabilízate de tus acciones, sentimientos y pensamientos. Acéptate cómo eres, sin ningún sentimiento de culpa.

Francisco Esteban, “Sé solo lo que tú eres... Sin importar lo que seas”.

## Palabras para un Final

Estoy muy contento de haber compartido con ustedes esta historia. En realidad “mi historia”, como les había dicho antes, fue como fue. Espero sinceramente que todos estos aprendizajes de vida puedan ayudar a otras personas, en especial a jóvenes que necesitan del apoyo tal como yo lo necesité para encontrar el camino que les permita ser realmente los que son, nada más, nada menos.

También sepan ustedes que para el cierre de esta edición y cuando ustedes hayan terminado de leer estas líneas, quien escribe, es decir yo mismo, paso de inmediato a recibir de parte de ustedes, el título de “Escritor”.

Nos encontramos en el próximo libro.

Carlos Silva



